



MADUREZ ESPIRITUAL

*Principios de crecimiento
espiritual para cada creyente*

J. OSWALD SANDERS

MADUREZ ESPIRITUAL

“Inspiración madura e instrucción para el crecimiento espiritual”.

—D. James Kennedy
Coral Ridge Presbyterian Church

Para cada cristiano el mandato bíblico es claro: Progresar de la infancia espiritual hacia la madurez. El autor explica que el reconocimiento de nuestra falta de sabiduría nos ayudará a ser más sabios.

“El Nuevo Testamento conoce tres tipos de cristianos: El espiritualmente maduro, el espiritualmente inmaduro y el espiritualmente decadente. Es trágicamente posible que al creyente le falte más madurez o que no la tenga del todo”.

Oswald Sanders

Si su deseo es caminar más cerca de Cristo, este libro le ayudará a encontrar dirección. El autor aplica principios bíblicos y llama a los creyentes a perseverar en el proceso profundamente satisfactorio y glorificador de Dios de desarrollo espiritual.

Madurez espiritual tiene preguntas de estudio al final para el análisis personal o en grupo.

J. OSWALD SANDERS (1902-1992) escribió más de cuarenta libros sobre vida cristiana. Residente de Nueva Zelanda, Sanders fue un disertante internacionalmente conocido y durante muchos años fue el director general de la *Overseas Missionary Fellowship*. Del mismo autor Editorial Portavoz ha publicado: *Cómo enfrentar la soledad*, *Sea un líder*, *El cielo*, *Disfrutemos de intimidad con Dios*, *Liderazgo espiritual*, *Satanás no es un mito*, *¿Están perdidos?* y *Descubra el plan de Dios para su vida*.

Vida cristiana / Ayuda pastoral

ISBN 978-0-8254-1613-2




PORTAVOZ

MADUREZ ESPIRITUAL

*Principios de crecimiento
espiritual para cada creyente*

J. OSWALD SANDERS



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

ex libris eltropical

Título del original: *Spiritual Maturity*, © 1994 por J. Oswald Sanders y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, Illinois 60610-3284. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Madurez espiritual*, © 2007 por J. Oswald Sanders y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1613-2

1 2 3 4 5 / 11 10 09 08 07

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

PRIMERA PARTE

1. La predominante providencia de Dios 7
“*Todas las cosas les ayudan a bien*”
2. La visión de postración de Dios 15
“*Te ruego que me muestres tu gloria*”
3. La perseverancia no desalentadora de Dios 23
“*El Dios de Jacob*”
4. Las disciplinas discriminatorias de Dios 32
“*El que ara para sembrar, zarará todo el día?*”
5. La fuerza perfeccionada de Dios 40
“*Mi poder se perfecciona en la debilidad*”
6. El antagonismo moral de Dios 47
“*Seis cosas aborrece Jehová... El corazón que maquina pensamientos inicuos*”
7. Las satisfactorias compensaciones de Dios 57
“*He aquí, yo veo cuatro varones... y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses*”

SEGUNDA PARTE

8. La suprema visión de Cristo 67
“*Vi... a uno semejante al Hijo del Hombre*”
9. El valor trascendente de Cristo 75
“*El Cordero que fue inmolado es digno*”
10. La obra no terminada de Cristo 84
“*Viviendo siempre para interceder por ellos*”

11. El ideal del carácter de Cristo	92
<i>“Bienaventurados los pobres en espíritu”</i>	
12. Los términos del discipulado de Cristo	100
<i>“Viene a mí... Viene en pos de mí”</i>	
13. Una carta personal de Cristo	107
<i>“Escribe al ángel de la iglesia en Efeso...”</i>	
14. Una vida de reinado a través de Cristo	114
<i>“Pues... reinarán en vida por uno solo, Jesucristo”</i>	
TERCERA PARTE	
15. El Espíritu: El aliento de Dios	125
<i>“Vino del cielo un estruendo como de un viento [aliento]”</i>	
16. El poder transformador del Espíritu.	131
<i>“Por tanto,... somos transformados... por el Espíritu del Señor”</i>	
17. El fuego purificador del Espíritu	137
<i>“Entonces cayó fuego de Jehová”</i>	
18. La poderosa dinámica del Espíritu	146
<i>“Les hicieron cesar con poder y violencia”</i>	
19. La pasión misionera del Espíritu	153
<i>“Recibiréis... el Espíritu Santo; y me seréis testigos... hasta lo último de la tierra”</i>	
20. El Espíritu y el hablar en lenguas (1)	163
<i>“Y comenzaron a hablar en otras lenguas”</i>	
21. El Espíritu y el hablar en lenguas (2)	169
<i>“¿Hablan todos lenguas?”</i>	
EPÍLOGO	176
PREGUNTAS DE ESTUDIO	178

PRIMERA PARTE

LA PREDOMINANTE PROVIDENCIA DE DIOS

LA PREDOMINANTE PROVIDENCIA DE DIOS

*“Y sabemos que a los que aman a Dios,
todas las cosas les ayudan a bien, esto es,
a los que conforme a su propósito son llamados”.*

Romanos 8:28

Lectura: Romanos 8:26-30

Esta oración, interpretada en su contexto, puede brindar un consuelo y una alegría increíbles al cristiano en momentos de prueba. En el caso de Pablo fue un asunto de convicción profunda: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”. Aquí no hay espacio para preguntas. Él tenía una confianza firme en la providencia predominante de su Señor. Creía que “Dios hace que todo se resuelva del mejor modo” (Scholefield). Para él, esta convicción hacía que las quejas fueran impensables, ya que todo episodio de la vida era planificado o permitido por Dios; posibilitó el logro de su consuelo de perfección: “Dad gracias en todo”; transformó los suspiros en cantos. Fue un abrazo práctico de esta verdad lo que permitió a él y a su compañero cantar a medianoche aun cuando fueron encarcelados en una prisión con las espaldas sangrantes y los planes parecían malograrse. Para Pablo, poco importaba si las condiciones físicas eran propicias siempre que supiera que amaba a Dios y que era llamado para su propósito. Todo, por cierto —ya fuera al parecer adverso o ventajoso— cambiaría para bien. La pregunta importante es: ¿Compartimos la seguridad gozosa de Pablo?

El apóstol apoya su enunciación en términos tan categóricos que es imposible permanecer neutral a la luz de su increíble declaración. Si de alguna manera se calificara o expresara en una forma menos dogmática, sería más fácil de aceptar. Al enfrentar

angustias devastadoras o percances, suena bastante suelto de lengua y divorciado de la triste realidad de la experiencia el hecho de decir que todas las cosas les ayudan a bien. ¡Pero realmente es así! ¿Debe verse esta afirmación con un escepticismo secreto, o se la puede abrazar con realismo gozoso? Interpretada en su contexto, con un valor pleno otorgado a cada palabra, no hay versículo en todas las Escrituras que proporcione tal equilibrio y serenidad en medio de la tragedia, las pruebas o la desilusión.

La clave para la interpretación de la frase central: "...todas las cosas les ayudan a bien...", es que no debe estar aislada de su contexto ni divorciada de sus dos cláusulas condicionales: "...a los que aman a Dios..." y "...a los que conforme a su propósito son llamados". Estas dos cláusulas determinan y limitan su aplicación. El simple hecho es que todas las cosas no ayudan a bien sin una obra de calificación para todos. Ni tampoco el versículo sostiene que así sea. Se presuponen dos cosas. Primero, debe haber una *relación* correcta con Dios. El beneficiario bajo la promesa es un miembro de la familia de Dios, que goza y manifiesta el afecto familiar. Tal persona está persuadida de que el que no salvó a su propio Hijo, nunca permitiría ni ordenaría nada que no fuera para su bien final. El amor confía aun cuando no puede discernir. Luego hay una *sociedad*. Él es uno de "los llamados" de acuerdo con el propósito eterno de Dios, y sus planes han dado lugar al plan de Dios. Para él es inconcebible que el diseño perfecto de Dios se vea obstaculizado por algo realmente adverso para su vida. Dios está entremezclando todas las cosas para su bien. Con su Dios: "Los accidentes no son accidentales y la adversidad no es adversa". La conclusión es que el propósito de Señor se le revela a los que Él ha llamado y a los que lo aman a cambio. La promesa no tiene nada para el hombre rebelde contra Dios y por compasión con sus propósitos. Es para el corazón frío que este versículo se convierte en un impedimento. Brilla con comodidad cuando el corazón está cálido de amor a Dios. Pero para estar habilitado a tener el consuelo del versículo, debemos recaer dentro de la categoría establecida por Pablo.

Surge la pregunta inevitable: ¿La tragedia puede ser buena? ¿Es bueno tener mala salud? ¿Es bueno el desconsuelo? ¿Es buena la frustración? ¿Por qué permite Dios que estas cosas nos golpeen? En la época de Pablo había cuatro reacciones características ante la adversidad. La actitud del epicúreo era: "Hoy comamos y bebamos, porque mañana moriremos". El cínico desafiaba al destino a que hiciera lo peor. El estoico apretaba los dientes y se fortalecía para aceptar la voluntad

divina. Epícteto escribió: "Tened valor para mirar hacia Dios y decir: 'Tratad conmigo como lo harás de ahora en adelante. Soy uno contigo. Soy tuyo. No me acobardo ante nada mientras que tú pienses que eso es bueno. Condúceme a donde tú quieras; coloca sobre mí el atavío que queráis. ¿Queréis que ocupe un cargo o que lo evite, que me quede o que huya, que sea rico o pobre? Porque por esto te defenderé ante todos los hombres.'"

Pero en el texto, Pablo resumió la actitud cristiana, no el reto o la indiferencia, ni siquiera la aceptación resignada. El cristiano abraza gozoso la adversidad o la congoja, sabiendo que todas las cosas, propicias o adversas, están obrando juntas para el mayor bien.

De este versículo, surgen cuatro verdades llenas de consuelo y aliento.

EL PLAN DE DIOS ES BENÉFICO

"...todas las cosas les ayudan *a bien*".

El punto crucial del problema implícito en la aplicación práctica de este versículo reside en nuestra interpretación de las dos palabras "a bien". El "bien" prometido por Dios con su amor a largo plazo no siempre puede parecer bueno y aceptable para nosotros. De hecho, sus providencias a veces parecen desastrosas cuando se las observa desde un punto de vista materialista y temporal. El bien prometido por Dios es *espiritual* más que temporal, y puede transcurrir un lapso antes de que discernamos su beneficio verdadero.

Transcurrieron años hasta que las extrañas providencias de la vida de Job tuvieron su reivindicación. Sus aflicciones se generaron en la mente maliciosa de Satanás, pero Job no las atribuyó al azar, ni incluso a la intervención satánica. Él expresó su filosofía en las nobles palabras: "Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito". Cuando fue ridiculizado por su esposa, él mantuvo su confianza en Dios. "¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?" Su posición de fe fue abundantemente reivindicada por episodios subsiguientes. Emergió de sus pruebas enriquecido y no empobrecido. A través de la cooperación de Job, Dios tomó los actos malignos de Satanás y los hizo funcionar para el bien sin condonar de ninguna manera el mal.

"Solemos interpretar el bien en términos de comodidad animal", escribe Vernon Grounds.

Si estamos exentos de enfermedades, si nuestros cuerpos nunca son acuchillados por el dolor, si siempre contamos con dinero en

nuestros bolsillos o con una reserva en el banco, si vivimos en casas modernas y disfrutamos de los últimos lujos, si podemos vestir bien y tomar largas vacaciones en la playa ...eso lo consideramos bueno. Lamentablemente, nos encontramos vejados por una civilización materialista, y a pesar de la fe cristiana, identificamos la comodidad con la bondad. Del mismo modo, solemos comparar el éxito con la bondad..., o bien nuevamente solemos comparar el placer con lo bueno..., y sin embargo, dichas ecuaciones están a un millón de kilómetros de la enseñanza básica de Pablo. Y porque todas estas cosas están en ecuaciones falsas, tenemos problemas con Romanos 8:28. Nuestra falta de comprensión sobre la concepción de Pablo acerca del bien, hace que lo que debería ser un suave cojín para nuestros corazones sea un problema duro para nuestras cabezas.

Lo que ordene mi Dios está bien;
 Él piensa por mí.
 La copa que mi médico me da
 No puede ser una poción venenosa,
 Sino debida medicina,
 Puesto que Dios es verdadero.
 Y sobre esa verdad inmutable construyo
 Y todo mi corazón se llena de esperanza.

Pocas tragedias han resaltado más esta verdad que el incendio en Serampore, India, el 12 de marzo de 1812. En unos pocos instantes, la obra de traducción de años de sacrificio de William Carey y sus colegas se hizo humo. La pérdida en papel para las Biblias fue inmensa. Los tipos de metal tamil y chino recién forjados fueron una pérdida total. Porciones de manuscritos, gramáticas y diccionarios recopilados laboriosamente murieron. William Carey escribió: “Nada se salvó, excepto las prensas. Este es un golpe duro, ya que detendrá nuestra impresión de las Escrituras por un largo período. El arduo trabajo de doce meses no reparará lo dañado; sin mencionar la pérdida de propiedad, etc., que apenas superaremos”.

La pérdida de los manuscritos se refería a porciones incluidas de casi todas sus versiones de las Escrituras indias, todo su Nuevo Testamento kanarés, dos viejos libros del Antiguo Testamento en sánscrito, muchas páginas de su diccionario bengalí, toda su gramática telugú y gran parte de su punjabi, y todo vestigio de su avanzado diccionario de sánscrito, la obra maestra de su vida como lingüista.

Pero luego sigue su afirmación de fe en palabras afines a las de nuestro texto. “Sin duda, Dios traerá el bien de este mal y hará que promueva nuestros intereses”. Antes de que se enfriaran las cenizas, el colega de Carey, Marshman, escribió que la calamidad fue “otra hoja en las maneras de la Providencia, llamando al ejercicio de la fe en Él, cuya Palabra, firme como las columnas del cielo, ha decretado que todas las cosas sean a bien para los que aman a Dios. Por ende, sed fuertes en el Señor. Él nunca abandonará la obra de sus propias manos”.

En medio de esta adversidad desoladora, la comprensión de esta verdad por los siervos de Dios mantuvo en paz sus corazones. “Me calmó dentro de una admisión tranquila, permitiéndome mirar hacia arriba y dar la bienvenida a la voluntad de Dios”, dijo Marshman. Carey contó cómo había sido silenciado por el versículo: “Estad quietos, y conceded que yo soy Dios”. Ward, el tercero del famoso trío, se encontró mientras el incendio todavía ardía, no sumiso, sino jubiloso.

Pero ¿cómo pudo esto posiblemente obrar para bien? No tomó mucho tiempo para que apareciera la estrategia de Dios: “La catástrofe abrió los oídos del cristianismo británico. En el ardor del fuego, vieron la grandeza de la empresa; los hechos brillaron. Y así, la destrucción demostró ser como un faro y multiplicó a los celosos amigos de la misión”. Tanta fama les trajo que pudieron revertir la naturaleza de sus riesgos. “El fuego le ha dado a su emprendimiento una celebridad que ninguna otra cosa podría lograr”, escribió Fuller con advertencia fiel. “Ahora, el público está expresando sus alabanzas. Se han ofrecido ochocientas guineas para la tarea del doctor Carey. Si inhalamos este incienso, ¿Dios no retendrá su bendición y entonces, dónde estamos?”

Entonces, ¿cuál es la naturaleza del bien que Pablo tenía en vista? La respuesta se halla en el contexto. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen *hechos conforme a la imagen de su Hijo...*” (Ro. 8:29). La concepción de Pablo era que todo lo que lo hiciera más parecido a Cristo era bueno, independientemente de su reacción sobre su comodidad, salud, éxito o placer. La semejanza a Cristo no siempre tiene éxito en medio de las comodidades materiales. Muchos de los cristianos más parecidos a Cristo han sido plagados con mala salud. El éxito en los negocios, en muchas vidas ha sido el anuncio de la muerte de la santidad. Buscar el placer, con frecuencia derrota sus propios fines.

EL PLAN DE DIOS ES ACTIVO

“...todas las cosas les ayudan a bien”.

El corazón que ama a Dios lo discierne obrando muy ocupado incluso en los sucesos más dolorosos y desagradables de la vida. Todas las cosas les ayudan a bien porque Dios está obrando en ellas, transmutando ponzoña en bendición y tragedia en triunfo. Su funcionamiento no siempre es claramente discernible. De hecho, no es poco frecuente que Él no esté haciendo nada. Carlyle, meditando sobre los enigmas de la vida, en la angustia de su corazón, dijo: “Lo peor de Dios es que Él no hace nada”. Pero con frecuencia Dios está más activo cuando todo parece estar más tranquilo. La obra de Dios en la naturaleza es invisible pero de todos modos, efectiva. Bajo su control invisible las estrellas retienen sus cursos predestinados y el inquietante océano se mantiene dentro de sus límites designados. Nunca debemos, en impaciencia por la aparente inactividad de Dios, tomar las cosas en nuestras manos e intentar ser nuestra propia Providencia.

Los sucesos cotidianos, ya sean trágicos o gozosos, son la materia prima a partir de la cual Dios está tejiendo el diseño de la vida. “A esta danza de circunstancia plástica, la maquinaria solo le dio un doblez al alma”. Si se introduce a Dios en los acontecimientos de la vida, el orden surge del caos. “Él es demasiado bueno como para hacer algo cruel, demasiado sabio para cometer jamás un error”. Ninguna circunstancia concebible podría prosperar mejor que el plan de Dios ni favorecer al mayor de los bienes.

EL PLAN DE DIOS ES COMPLETO

“...todas las cosas les ayudan a bien”.

“Todas las cosas” significa exactamente lo que dice. Todo en toda esfera está bajo el control benéfico de Dios. El alcance de esta enunciación es lo que nos quita el aliento. El desconsuelo, la enfermedad, la desilusión, las esperanzas marchitas, los desórdenes nerviosos, los niños que dan problemas, la falta de frutos en el servicio a pesar de los esfuerzos serios para cumplir con las condiciones de dar frutos... por cierto, estas cosas no ayudan a bien. Pablo calmadamente afirma que así son las cosas. Podemos estar dispuestos a admitir que la vida en su totalidad está sometida a la providencia predominante de Dios, pero con frecuencia dudamos en creer que cada detalle de la vida es el objeto de su preocupación amorosa. Sin embargo, nuestro Señor afirmó que esto era así; incluso, el gorrión no cayó al suelo sin el conocimiento de su Padre. Las circunstancias de la vida del cristiano están ordenadas por Dios. No existe tal cosa como la casualidad. El amor se rehúsa a creer que Dios no está interesado en cada detalle de la vida. Todo está

permitido y diseñado por Él con propósitos sabios. Él no cesará su supervisión ni por un momento.

Toda experiencia adversa cuando se la recibe correctamente puede tener su cuota de bien. El dolor corporal y la debilidad nos hacen sentir nuestra fragilidad. La perplejidad revela nuestra falta de sabiduría. Los problemas financieros señalan cuán limitados son nuestros recursos. Los errores y fracasos humillan nuestro orgullo. Todas estas cosas pueden incluirse en el término “bien”.

EL PLAN DE DIOS ES ARMONIOSO

“...todas las cosas les ayudan a bien”.

Obran con un patrón preconcebido. Los hechos de la vida no se relacionan. La receta de un médico se compone de una cantidad de drogas. Tomadas en forma aislada, algunas de ellas serían venenosas y solo harían daño, pero combinadas bajo la dirección de un profesional capaz y experimentado logran solo el bien. Barclay dice: “Sabemos que Dios entreteteje todas las cosas para bien de los que lo aman”. Las experiencias de la vida, cuando se las toma aisladamente, pueden no parecer buenas, pero cuando se las combina, el resultado es solamente bueno.

En circunstancias adversas, la incredulidad pregunta: “¿Cómo puede esto estar obrando para bien?” La respuesta es: “Espere hasta que el Gran Médico haya terminado de escribir la receta”. ¿Quién no puede mirar hacia atrás en la vida para ver qué cosas consideradas desastrosas demostraron finalmente ser bendiciones disfrazadas? El artista combina colores que para el ojo no avezado parecen estar muy lejos de su objetivo, pero espere hasta que haya terminado su mezcla.

La vida ha sido comparada con un tapiz elaborado tejido en el telar. Para la belleza del modelo es imperativo que los colores no sean todos iguales. Algunos deben ser brillantes y hermosos, otros, oscuros y sombríos. Es cuando se los trabaja juntos que contribuyen a la belleza del modelo.

No es hasta que cada telar esté silencioso
Y las lanzaderas dejen de volar
Que Dios revelará el patrón
Y explicará el motivo;
Las hebras oscuras son tan necesarias
En la mano hábil del Tejedor
Como las hebras de oro y plata
Para el modelo que Él ha planificado.

En momentos de pruebas severas siempre está la tentación, al tiempo que se asiente a la verdad en general de sentir que nuestras circunstancias actuales son una excepción. Si esto fuera así, el texto es nulo y vacío, y la verdad de la providencia predominante de Dios en los asuntos de los hombres no tiene significado. Mientras que tragedia tras tragedia abrumaba a José —echado de su hogar, vendido como esclavo, encarcelado injustamente— le resultaba difícil ver estos acontecimientos desfavorables obrando en conjunto para su bien. Pero en retrospectiva dijo a sus hermanos: “Vosotros pensasteis mal contra mí, *mas Dios lo encaminó a bien*” (Gn. 50:20).

En los acontecimientos de la vida: “Dios tiene en vista un fin que es digno de Él, y ordenará nuestra aprobación total cuando dejemos de saber en parte”. Incluso, si somos convocados para enfrentar la ira del hombre o del diablo, podemos descansar con confianza en la seguridad de que eso finalmente alabará a Dios, y que lo que no pueda hacerse será refrenado.

Cualquier cosa que ordene mi Dios es correcta;
 Mi luz, mi vida es Él,
 Que no puede querer otra cosa para mí que el bien,
 Confío plenamente en Él;
 Porque bien sé
 En gozo o en pesar
 Que pronto veremos, claro como la luz del sol
 Cuán fiel fue nuestro guardián aquí.

2

LA VISIÓN DE POSTRACIÓN DE DIOS

“Te ruego que me muestres tu gloria”.

Éxodo 33:18

Lectura: Éxodo 33:11-23

Esta oración de Moisés se ha repetido una y mil veces a lo largo de los siglos. Sucesivas generaciones de cristianos han orado por una visión de Dios, con frecuencia sin darse cuenta de las posibles implicaciones de una petición como esa. Frecuentemente no han podido reconocer la respuesta cuando era otorgada. John Newton, tratante de esclavos convertido, ansiaba apasionadamente la visión transformadora, pero la respuesta a sus oraciones urgentes llegó de una manera que lo asombró y casi lo abrumó. Él ha registrado esta experiencia.

Le pedí al Señor que pudiera crecer
 En la fe y el amor y en toda gracia,
 Poder conocer más de su salvación
 Y buscar más seriamente su rostro.

Él fue quien me enseñó a orar,
 Y Él, confío, ha respondido a la oración;
 Pero ha sido de tal modo
 Que casi me condujo a la desesperación.

Pensé que en alguna hora favorecida
 De inmediato Él respondería mi solicitud
 Y por medio de su poder limitativo del amor
 Apaciguar mis pecados y darme descanso.

En lugar de ello, Él me hizo sentir
 Los males ocultos de mi corazón,

Y ordenar que los poderes enojados del infierno
Asaltaran mi alma en todas partes.

No más, con su propia mano Él pareció
Tener la intención de agravar mi congoja.
Cruzar todos los designios justos que yo había
bosquejado,
Demoler mis pensamientos y rebajarme.

“Señor, ¿por qué esto? —clamé temblando.
¿Perseguirás a este gusano hasta la muerte?”
“Esa es la manera —respondió el Señor.
Respondo a la oración de gracia y fe.

Empleo estas pruebas internas
Desde el yo y el pecado para liberarte,
Y cruzo tus bosquejos de gozo terrenal
Para que puedas encontrarlo todo en mí”.

Cuando oramos para tener una visión de Dios, ¿qué estamos esperando? ¿Una visión brillante en el cielo? ¿Una luz cegadora de gloria tal como la que abrumó a Saulo de Tarso? ¿Un sentido emocionante e irresistible de exaltación espiritual? Un estudio de las visiones de Dios registradas en las Escrituras da una imagen bastante diferente. En ningún caso la visión resultó de inmediato en exaltación y éxtasis. Con coherencia absoluta, se produce en aquellos a los que les llegó una degradación propia profunda. En todos los casos, la experiencia fue llena de temor reverente, no de éxtasis. Y cuanto más intensa era la visión, más completa era la postración ante Dios.

Si esto es cierto, antes de pedirle a Dios una visión de sí mismo, deberíamos estar preparados para el resultado determinado. En la blancura deslumbrante de la nieve, la ropa blanca más limpia parece sucia. Ante la pureza sin mancha y la santidad de Dios, todo lo mundano se ve manchado e impuro. A la luz de la presencia de Dios, Josué, el sumo sacerdote santo apareció “vestido de vestiduras viles” y por ende, no calificaba para el cargo (Zac. 3:3). No tenemos base para esperar que seamos una excepción a esta regla.

Si preguntamos en qué forma vendrá la visión, no nos quedamos con la duda: “...es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”

(2 Co. 4:6). En la tela de las Sagradas Escrituras, con pinceladas de maestro y en colores vívidos, el Espíritu Santo ha pintado el rostro de Jesucristo, la imagen del Dios invisible. Y es el mismo Espíritu el que iluminará la tela para el que ansíe ver su gloria. Él no tiene mayor deleite que tomar las cosas de Cristo según están registradas en su Palabra y en ellas revelar la gloria de Dios.

Si bien Job, posiblemente contemporáneo de Abraham, vivió en las tinieblas espirituales, tenía un concepto increíble de Dios y un estilo de vida elevado. Su carácter no tenía culpa a sus propios ojos. Conciente de la integridad interior, exclamó: “Yo soy limpio y sin defecto; soy inocente y no hay maldad en mí” (33:9). Esta no era una jerga devota, sino la expresión sincera de su integridad interior. Y no solo su carácter era sin mancha a sus ojos; era singularmente digno a los ojos de Dios. Dirigiéndose a Satanás, Dios preguntó: “¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?” (1:8). Pocas personas han gozado hasta tal punto de la aprobación de sus propias conciencias y de los elogios de su Dios.

Job fue uno de los pocos hombres a quien Dios ha llamado “perfecto”, lo cual afirma su falta de culpa y su integridad. ¿Cómo le fue a este hombre perfecto cuando en la crisis de sus pruebas cada vez mayores le llegó la visión de Dios? Él lo registra en unas pocas palabras fecundas: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (42:5-6). Cuando *se enfrenta con la visión de Dios, el hombre perfecto se reduce a un aborrecimiento propio.*

La visión de Dios se le otorgó a Jacob cuando atravesaba solo el Jaboc: “...y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba”. Al nombrar al lugar Peniel, Jacob dijo con evidente respeto: “Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma” (Gn. 32:24, 30). ¿De qué manera afectó a Jacob la visión? Se sintió obligado a expresarlo en términos de su propio nombre, la vergüenza de su carácter: “Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob”. Suplantador, engañador, estafador. Antes de poder calificar para la bendición que Dios le invertiría, debía confesar su verdadera naturaleza. Hasta el día de su muerte, llevó las marcas de este encuentro. *Enfrentado por la visión de Dios, el hombre que había sido exitoso en engañar a todos los demás se ve obligado a reconocer su propia vergüenza secreta.*

Moisés podía alardear de una enseñanza masiva. Gozaba del prestigio de haber sido llamado el hijo de la hija del faraón. Su ardiente

patriotismo lo condujo en impaciencia carnal a intentar la liberación de Israel. No iba a esperar a que Dios revelara su plan de campaña y, en consecuencia, tuvo que ocultarse de la ira del rey. En el desierto, su impetuosidad se convirtió en pasión y fue detenido por la visión divina: “Y se le anunció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza, y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía... Y dijo: No te acerques; quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es... Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios” (Éx. 3:2-6). *En el hombre a quien se le confiaría la liberación del pueblo elegido de Dios, la visión resultó en temor reverente y rostro apartado.*

Elías se ha descrito como el personaje más grande y más romántico que Israel jamás produjo. Él es proyectado abruptamente en el escenario de la historia en el drama del Carmelo. ¡Y qué hombre fue! Tan grande era su poder con Dios que podía cerrar los cielos a voluntad. Tan poco le temía al hombre, que se atrevió a desafiar al rey y, de hecho, a toda la nación. Con Enoc disfrutó la distinción de ingresar al cielo sin pasar por los portales de la muerte. ¿Cómo sobrevive la visión este hombre de Dios intrépido y severo? “Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes... Y tras el viento un terremoto... Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego, un silbo apacible y delicado. Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto...” (1 R. 19:11-13). *No podía permanecer desafiante y petulante ante una demostración majestuosa del poder de Dios, pero fue quebrantado y subyugado por su voz de agradable quietud y ocultó su rostro.*

Isaías el vidente, a quien le llegó el presagio más claro de la verdad del evangelio, no tenía ningún sentido de inferioridad. La profecía excelsa se combinaba con denuncias severísimas en sus mensajes a la nación. Se sentía perfectamente competente para pronunciar calamidades sobre sus contemporáneos (3:9, 11; 5:8, 11, 20) hasta que tuvo la visión de Dios. “...vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines: ...Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo” (Is. 6:1-5). ¿Sobre quiénes pronuncia las calamidades luego de esta visión radiante? “Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey, Jehová

de los ejércitos”. *Los labios que fueron los intermediarios del mensaje Divino eran inmundos e impuros a la luz de la santidad de Dios.*

La visión de Dios le llegó a *Ezequiel* cuando se identificó con su pueblo en su pesar y cautiverio en Babilonia: “...que estando yo entre los cautivos junto al río Quebar, los cielos se abrieron, y vi visiones de Dios” (1:1), visiones de la majestuosidad y omnipresencia de Dios, de su incesante actividad y de la gloria de su trono envuelto en un arco iris. “Y sobre la expansión que había sobre sus cabezas se veía la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él... y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor... Esta fue la visión de la semejanza de la gloria de Jehová. Y cuando yo la vi, me postré sobre mi rostro” (1:26-28). *El vidente sin miedo y fiel no puede soportar la luz terrible del trono en el que se sienta el Dios de la gloria.*

Entre los hombres santos de las Escrituras, *Daniel* está en primera línea. Se había desempeñado con distinción en el cargo de Primer Ministro durante los reinados de cinco déspotas orientales sucesivos. Que su cabeza permaneciera sobre sus hombros, era un tributo notable a su sabiduría e integridad. Sus enemigos no podían encontrar ningún defecto en él, salvo que oraba demasiado. De Daniel solamente se registra que se le envió un mensajero angélico para decirle cuán amado era por Dios. ¿Sale ileso de la visión beatífica? Oiga su confesión: “Y solo yo, Daniel, vi aquella visión... Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno. Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra” (10:7-9). *Uno de los santos más intachables al enfrentarse con la gloria divina se postra frente a la corrupción, ¡no de sus defectos, sino de sus virtudes!*

En medio de una experiencia desgarradora de revelación propia, un joven escribió: “Si realmente pensara que lo que consideraba que era mi principal virtud, mi sinceridad mental, había sido un engaño tan completo como este, no hubiera podido seguir adelante. Y quiero seguir adelante. Sin embargo, la lección es simple. No puedo confiar en mí ni un segundo. Cuando soy muy devoto, probablemente esté albergando el orgullo más vicioso. Creo que es mejor estar en la boca del túnel de la maldad personal y decir: Es infinito...”

Luego de una noche infructuosa de pesquería, le llegó a *Pedro* la visión y la obediencia al mandato de Cristo, los cuales derivaron en una pesca que rompió las redes. Enfrentado con este milagro, Pedro se dio cuenta de que Cristo debía ser omnisciente en dirigirlos a las aguas menos profundas llenas de peces o bien omnipotente en dirigir los peces hacia ellos. Cuando observó la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo, le sobrevino su propia corrupción y falta de valor: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”, clamó, cayendo a los pies de Jesús. (Lc. 5:8). En realidad, fue esto último lo que quería, pero *cuando el hombre que Dios usaría para abrir el reino a los judíos y a los gentiles vio la visión del Altísimo, no pudo pensar en otra alternativa que alejarse de su presencia.*

Saulo de Tarso, lleno de celo errado por Dios y lascivia por la sangre de los odiados cristianos, iba camino a Damasco. Estaba orgulloso por el hecho de que era un hebreo de los hebreos, el más estricto de los fariseos, y estaba muy satisfecho con su ardor en el servicio de Dios. “...repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús...” (Hch. 9:3-5). *La gloria de Dios brillando en el rostro del Cristo ascendido cegó y postró al hombre que probablemente había llegado más cerca que nadie a la justificación por obras.*

Juan el amado fue, sin duda, el santo más dulce y maduro de su época. Fue objeto del amor especial de Cristo, no por favoritismo sino porque él, más que ninguno de los otros discípulos, se lo apropió para sí. Él solo fue fiel en el salón del juicio. La tradición carga con abundantes testimonios respecto del encanto de su personalidad y de la pureza de su devoción a Cristo. En la madurez de sus años de anciano, se le otorga la suprema visión de Cristo: “...a uno semejante al Hijo del Hombre... Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana... sus ojos como llama de fuego... y su voz como estruendo de muchas aguas... y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza” (Ap. 1:13-17). Por cierto, si alguien está calificado para ver la visión de Dios sin postrarse será este hombre quien repetidamente colocó su cabeza en el pecho de la deidad encarnada. Pero no fue así. “Cuando le vi”, escribió Juan, “caí como muerto a sus pies”. *El santo más dulce y más afable de la tierra cae como sin vida ante la presencia de la trascendente majestad y santidad de Dios.*

Un modelo persistente aparece en todas estas visiones. Primero la visión, luego el aborrecimiento propio, la humillación propia, el rostro

desviado, la sensación de impureza, la ceguera, la postración, la gracia convertida en corrupción, la expulsión propia, caer como muerto. ¿Seguimos deseando orar por una visión de Dios?

Pero todavía hay otro costado de la imagen: A Dios no le da placer ver a sus hijos postrarse en el polvo. Si Él los degrada y humilla, es solo para poder exaltarlos en su debido momento. La humillación no es un fin en sí mismo, meramente prepara el camino para la bendición. La lección abierta de estas visiones, por cierto, es que Dios no puede confiarle a un hombre ninguna bendición profunda, ningún ministerio espiritual importante, hasta que se haya producido un colapso completo del yo.

El colapso de Job de creerse muy justo fue rápidamente seguido por la investidura del doble de lo que había perdido, y por el vuelco de su cautiverio a través de la intercesión de sus amigos. La visión de Jacob derivó en un cambio de carácter que le dio un nuevo poder con Dios y el hombre. La reprimenda de la energía y apatía carnales de Moisés, con su consiguiente pérdida de confianza propia, lo preparó para la enorme tarea de liberar al pueblo de Dios. Luego de la depresión de Elías, Dios lo alentó y le volvió a asignar un mayor servicio. No solo se limpiaron los labios inmundos de Isaías y se le quitó su iniquidad, sino que recibió una comisión más grande. Para Daniel, el sentido de la corrupción dio lugar al gozo en el privilegio de ser el vehículo de la revelación divina. La profunda convicción de Pedro de falta de valor fue un elemento sumamente importante en su preparación para convertirse en el poderoso predicador pentecostal. La visión marcó a Pablo como un vehículo elegido para llevar el nombre de Dios ante reyes y gentiles. El que levantó a Juan del suelo le confió la escritura de Apocalipsis, el libro que durante dos milenios ha sido la morada de una iglesia perseguida. Cada visión fue el prelude para una santidad personal incrementada y una mayor esfera de servicio.

Es cierto, la visión de Dios inevitablemente conduce a la revelación propia, pero siempre con un fin benéfico en vista. Dios no desea meramente a humillarnos. No hay necesidad de temer ser llevado a un extremo de nosotros mismos puesto que “el fin del yo es el inicio de Dios”. De hecho, podemos darle la bienvenida a la visión divina si nuestro deseo más profundo es avanzar en la santidad y ser de mayor uso para Él.

Podemos tener la visión de Dios cuando verdaderamente lo deseemos, cada vez que anhelemos lo que esta involucra. Y cuando ha

sido otorgada, no hay necesidad de permanecer rebajado en el polvo aborreciéndonos. Si nos arrepentimos de corazón de todo lo que es impropio según se revela a la luz de la presencia de Dios, también oiremos las palabras que le llegaron a Isaías: "...y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado... Anda, y di a este pueblo..."

3

LA PERSEVERANCIA NO DESALENTADORA DE DIOS

"El Dios de Jacob".

Salmo 46:7

"Gusano de Jacob".

Isaías 41:14

Lectura: Génesis 32:1-32

Ningún nombre de Dios es más sorprendente que este: "El Dios de Jacob". No hay dos personajes que se contradigan más. Ninguna frase ejemplifica más impresionantemente la perseverancia no desalentadora de Dios.

La doctrina de la perseverancia de los santos siempre ha sido dominante en la teología calvinista, pero su verdad complementaria no siempre recibió un énfasis equivalente. Si no fuera por esto, ninguno de nosotros estaríamos hoy día en la raza cristiana. Pablo tenía una confianza magnífica en la perseverancia divina: "...estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo..." (Fil. 1:6). Él dirige nuestros ojos de insignificancia y la pequeñez del hombre al poder y la majestuosidad de Dios. Él nos eleva de nuestro propio círculo ajustado al gran vuelo de un propósito divino al que no podemos fallar.

Nuestro Dios no conoce ninguna tarea sin terminar. Él completa lo que comienza. Si bien Israel lo frustró y contrarió en todo momento, Él persistió en sus geniales disciplinas hasta que se concretaron sus propósitos, y en la nación hebrea todos los pueblos de la tierra fueron bendecidos. Cuando un enfoque fallaba, Él adoptaba otro.

Si una generación se negaba a responder, Él pacientemente comenzaba de nuevo con la siguiente. Una y otra vez las generaciones sucesivas de Israel se volcaron a la idolatría hasta que el castigo de su cautiverio final en Babilonia les enseñó para siempre su insensatez y futilidad. Nunca más, desde ese momento, la nación judía adoró a ídolos.

La perseverancia de nuestro Señor era una de las características singulares de su vida. Se profetizó sobre Él: “No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia...” (Is. 42:4). Ni tampoco sus amados discípulos en los que había puesto sus esperanzas le fallaron. Hasta el final, las debilidades de sus discípulos y sus ambiciones egoístas hicieron caso omiso de su amor por Él; a la hora de su mayor necesidad, todos lo olvidaron y huyeron. No era un adversario, sino uno de sus más íntimos, el que lo vendió a manos de sus peores enemigos. Sin embargo, fue a través de estos mismos hombres que Él logró su propósito. Abrigó la confianza firme de que su Padre que había comenzado con la buena obra, la consumaría. Ningún propósito de Dios jamás sería incumplido. Nosotros también podemos comunicar esta persuasión. Podemos confiar en nuestro Dios para dar los toques finales a su propia obra.

El registro de la Biblia y la experiencia cristiana están repletos de evidencias de la tenacidad y paciencia incansables del amor de Dios. Francis Thompson huyó de Dios a lo largo de los años hasta que se convirtió en un vagabundo, durmiendo entre los sin techo sobre el embarcadero del Támesis en Londres; fue allí que el amor de Dios le llegó y lo dominó. En su magnífico poema, “El sabueso del cielo”, él interpreta esta experiencia.

Yo huí de Él, durante las noches y durante los días;
 Yo huí de Él en los arcos de los años;
 Yo huí de Él, en los caminos laberínticos
 De mi propia mente; y en medio de las lágrimas
 Me oculté de Él, y con gran risa
 Tuve la perspectiva corriendo por las laderas
 Y disparado, precipitado
 Con la congoja titánica de los temores abismales
 De esos pies fuertes, que siguieron, siguieron detrás.

EL DIOS DE JACOB

No puede encontrarse una ilustración más luminosa de esta verdad en las Escrituras que la búsqueda de Dios con respecto a Jacob y su

apogeo en el título incongruente, “El Dios de Jacob”. ¿El Dios de Abraham, padre de los fieles? ¡Sí! ¿El Dios de Moisés, quien habló con Dios cara a cara como un hombre con su amigo? ¡Sí! ¿El Dios de Daniel, el amado? ¡Sí! ¿El Dios de Jacob, el deshonesto, el codicioso, el engañador, el timador? ¡Mil veces no! Dios comprometería su propio carácter al unir su nombre con el de Jacob. Y sin embargo, Él ha dicho: “Jacob, a quien yo escogí... Porque yo, Jehová, soy tu Dios... No temas, gusano de Jacob”. ¿Qué es más débil, qué vale menos que un gusano? Y sin embargo, Jacob el gusano, Jacob el inservible, sometido a la incansable búsqueda del amor de Dios, se convierte en príncipe, teniendo poder con Dios y con los hombres.

LA SOBERANÍA DE SU ELECCIÓN

Si buscáramos a un hombre que condujera una nación a través del cual lograríamos un propósito elevado y santo y en quien todas las naciones serían bendecidas, Jacob hubiera sido nuestra última opción. Esaú el magnánimo, Esaú el de gran corazón, hubiera estado mucho más arriba en la lista. ¿Quién otro que no fuera Dios hubiera elegido a un personaje tan detestable como Jacob? Hay poco de atractivo en este hombre codicioso, avaro, estafador, tan cruel que se aprovechó de la adversidad de su hermano para escamotear no solo su herencia terrenal, sino su autoridad espiritual. Porque Esaú se hubiera convertido en la cabeza espiritual del clan ante la muerte de su padre.

Para hacerle justicia a Jacob, deberíamos advertir que sus padres demostraron poca nobleza de carácter: “Y amó Isaac a Esaú, porque comía de su caza”. Un padre indisciplinado, dominado por su apetito; Rebeca amaba a Jacob con un amor indulgente y destructivo. Ella lo instigó, ayudó e indujo en su engaño, una madre sin escrúpulos, dominada por una ambición no santa por su hijo preferido. Esaú detestaba lo espiritual y ligeramente renunció a sus prerrogativas espirituales. Jacob mismo era astuto y cruel, preparado para explotar incluso a su hermano mellizo. Así era la familia que Dios eligió para demostrar su gracia.

La herencia era la muerte de Jacob, pero Dios no se ve limitado por la herencia. Cuando sus discípulos le preguntaron a Jesús respecto del hombre ciego: “Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres?”, Jesús respondió: “No es que pecó éste, ni sus padres, sino *para que las obras de Dios se manifiesten en Él*” (Jn. 9:2, 3). Esta es la clave de la selección de Jacob hecha por Dios. Eligió un gusano para que Él pudiera transformarlo en un príncipe.

El carácter perverso de Jacob proporciona un trasfondo sorprendente para la demostración de la gracia incomparable de Dios y para la revelación de su actitud hacia el más débil de sus hijos. Si Dios solo eligiera a los fuertes, a los nobles, a los brillantes para el logro de su propósito, la vasta mayoría de los cristianos quedarían descalificados. Pablo, en su conocida declaración, podría estar justificando a Dios por su selección de Jacob.

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 Co. 1:26-29).

Por lo general, no se reconoce que Jacob no era un joven, sino un hombre probablemente de setenta años cuando escatimó el derecho de primogenitura de Esaú; o que tal vez tenía más de ochenta años cuando le hizo trampa con su bendición. Es cierto, vivió hasta los ciento cuarenta y siete años, pero era un hombre de mediana edad antes de que ocurrieran estos episodios ignominiosos. No era un joven inexperto, sino un hombre maduro cuyo patrón de vida ya estaba establecido, un hombre que evidentemente había persistido en su maldad durante la mitad de su vida. Los psicólogos dirían que su carácter nunca podría cambiar radicalmente tan tarde, pero Dios no está limitado por las leyes de la psicología. Él no se desespera con nosotros cuando nos desesperamos. Su paciencia nunca tiene fin. Sus recursos nunca se agotan.

LAS PROFUNDIDADES DE SU DISCERNIMIENTO

Hay un optimismo en Dios que discierne las posibilidades ocultas en el carácter menos prometedor. Él tiene un ojo avizor para los elementos escondidos de nobleza y promesa en una vida desagradable. Él es el Dios del temperamento difícil, el Dios de la personalidad retorcida, el Dios del inadaptado. Solo Dios vio al príncipe en Jacob. Él tiene una solución para cada problema de personalidad y temperamento. Cuando entregamos nuestras vidas en sus manos para un tratamiento drástico y radical, Él pone en juego todos sus recursos de amor y gracia.

“A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí” (Mal. 1:3; Ro. 9:13), es una de las enunciaciones de las Escrituras que generan más perplejidad,

ya que parece atribuirse al capricho de Dios. Deben tenerse presentes dos hechos. Primero, aunque el lenguaje nos parezca duro, la palabra “aborrecí” no siempre conlleva el significado que le damos hoy. En segundo lugar, la frase como la usan tanto Malaquías como Pablo, se refería básicamente a las naciones: A los israelitas y los edomitas, descendientes de Jacob y Esaú. La elección de Jacob por parte de Dios no fue sobre la base del mérito o del carácter, porque la elección se hizo mientras todavía eran bebés no natos (Gn. 25:23). Pablo está afirmando que Dios, “en el ejercicio de su soberanía que ha decretado esa fe —no por herencia ni mérito— es el príncipe eterno de la condición de hijo”. En su aplicación nacional, “amar” y “aborrecer” no se basan en la elección según nosotros entendemos esos sentimientos subjetivos. Dios no es arbitrario en su elección y no se lo puede acusar de favoritismo. Los términos emocionales indican más una función y un destino nacional. Judá, no Edom, fue elegida para la revelación progresiva de la historia.

Pero también hay una aplicación secundaria e individual de esta enunciación. La selección que hizo Dios de Jacob y el rechazo de Esaú fueron el resultado, no del capricho sino del discernimiento. Tras toda la crueldad y duplicidad de Jacob reside un deseo y una capacidad por lo espiritual. Una y otra vez usó la violencia en contra de ello, pero siguió persistiendo. Esaú fue generoso y de gran corazón, pero detrás de su exterior atractivo se ocultaba un aborrecimiento por lo espiritual. Era un espécimen espléndido, que prefería la gratificación de los deseos sensuales al ejercicio de un ministerio espiritual.

A pesar de todas las debilidades y defectos manifiestos, el deseo de Jacob por lo espiritual le proporcionó a Dios una base para su búsqueda continua y sus tratamientos subsiguientes. Para el cristiano oprimido por el sentido de su defecto, hay un enorme aliento en este hecho. Pertenece a la naturaleza humana advertir lo peor en el carácter de nuestros prójimos, pero Dios siempre está buscando lo mejor. Él discierne claramente las ansias espirituales más profundas de nuestros corazones y obra hacia su concreción. Todos sus castigos tienen ese fin en consideración. Dios se le apareció cinco veces a Jacob. En cada ocasión, él corrigió un desacierto de su hijo intransigente y en cada ocasión le dio una nueva oportunidad.

LA PERSISTENCIA DE SU BÚSQUEDA

El nombre “Jacob” significa sustituto. Detrás de la palabra reside la idea de un perseguidor resuelto e incansable que, al tomar a un

enemigo, lo echa por tierra: ¡La biografía de Jacob en una sola palabra! Jacob halló la horma de su zapato y finalmente capituló en cuanto a la búsqueda resuelta e incansable del Dios amante que lo arrojó en Jaboc. Si Dios no hubiera sido alentador en su búsqueda, Jacob nunca se hubiera convertido en príncipe con Dios. Hubiera permanecido como un tramposo desagradable y no amado. Pero en su amor genial, Dios lo siguió incansablemente desde su primer encuentro en Bet-el hasta su conquista final treinta años después en el mismo lugar. La búsqueda divina estuvo marcada por cuatro crisis.

La primera crisis de Bet-el sucedió cuando Jacob escamoteó la bendición de Esaú. Luego de haber satisfecho los dolores de su hambre, Esaú comenzó a darse cuenta de lo que implicaba la acción despreciable de su hermano mellizo. Al descubrir que había huido, el enfurecido Esaú salió a perseguirlo. Mientras tanto, Jacob tuvo su primer encuentro con Dios. Con la cabeza apoyada en una roca, Jacob soñó que vio “una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella” Luego habló Dios, dando promesas de prosperidad y protección absolutas si bien totalmente inmerecidas, con la seguridad adicional de que todas las familias de la tierra serían bendecidas con su simiente. Lleno de temor, clamó: “¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios... E hizo Jacob voto”, ¡y luego se olvidó! (Gn. 28:17,20). Pero Dios no olvidó.

Luego vino *la crisis de Peniel*. Para ese entonces, Jacob tenía más de cien años. Había dedicado veinte de ellos a servir a su inescrupuloso tío Labán. Es instructivo advertir las disciplinas que Dios impuso a Jacob para lograr su propósito. Lo unió a un hombre más cruel que él, más avaro y más engañoso. Todos esos años Jacob se la pasó timando y siendo timado por su tío. El sustituto estaba siendo sustituido, y el engañador, engañado también. Pero fue esta disciplina abrumadora la que finalmente condujo a su transformación. ¿Podría ser esta la razón en algunas vidas para circunstancias hogareñas o condiciones laborales incompatibles? ¿Podría ser por esto que algún misionero haya trabajado con un compañero difícil? Siempre deberíamos elegir condiciones agradables y personas con las que congeniamos para trabajar y vivir, pero Dios está más ocupado con nuestro crecimiento espiritual que con nuestra comodidad temporal.

Es tranquilizador ver que Dios estuvo con Jacob durante toda esta experiencia y que lo bendijo. No permitió que Labán lo lastimara (Gn.

31:7, 24, 29). Ni nuestro Labán jamás nos lastimará. Debe decirse para mérito de Jacob que él no se escapó de sus pruebas hasta que llegó el tiempo de Dios. Somos rápidos para enfadarnos con nuestras circunstancias adversas y tratar de evadirlas, pero siempre será para nuestra pérdida espiritual si hacemos un cortocircuito en las disciplinas divinas. Dios las quitará cuando hayan alcanzado su propósito designado. Nuestros caracteres son perfeccionados y enriquecidos por la gente difícil y por las cosas difíciles de la vida.

Mientras se encaminaba a su casa, Jacob se enteró de que Esaú estaba en camino para encontrarse con él. De inmediato, lo asaltó un temor causado por una conciencia llena de culpa. En lugar de llamar a Dios y solicitar su protección prometida (Gn.28:15), Jacob recurrió a sus ardides carnales y envió presentes cuidadosamente preparados y bien espaciados para apaciguar a su hermano. Pero la incansable búsqueda de Dios continuó: “Así quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba”.

Fue Dios quién inició la lucha, no Jacob, pero Jacob tuvo notables poderes de resistencia. Al parecer, pensó que podía salirse con la suya como lo había hecho previamente, pero la presión persistente continuó. Es algo serio resistirse a un Dios que tiene la intención de bendecir. Cuando descubrió que Jacob no se rendiría, Dios lo lisió. Luego de eso, llevó para siempre las marcas de ese terrible encuentro. Cuando ya no tenía fuerzas para resistir, Jacob puso sus manos alrededor del Luchador y no lo dejó ir hasta que recibió la bendición. ¡Como si este no hubiera sido el momento que Dios estuvo esperando durante toda una vida!

Ven, Viajero desconocido

A quien todavía me aferro pero no puedo ver;
Mi compañía anterior ya se ha ido,
Y me he quedado a solas contigo.
Contigo toda la noche quiero estar,
Y luchar hasta que raye el alba.

—C. Wesley

Antes de poder investir la bendición, debía haber un colapso de la fuerte vida propia de Jacob. Tenía que afrontar el pecado y la vergüenza de su propio carácter. “¿Cuál es tu nombre?”, le preguntó Dios. “Y el respondió: Jacob”, el sustituto, timador, engañador, confiesa el ahora contrito penitente, y esa confesión fue la esencia destilada de una vida de fracaso. La honestidad siempre es precursora de la bendición, y

Jacob ahora era honesto con Dios. Para él, Peniel, “el rostro de Dios”, significaba una confesión de total pecaminosidad y una conciencia de una completa debilidad. “He visto a Dios rostro a rostro y mi vida es preservada”, dijo con respeto y temor. Fue también en Peniel, que recibió otra promesa de bendición: “No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel”, un príncipe de Dios, “porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido” (Gn. 32:28). Había vencido al capitular. Dios había triunfado en quebrar su dureza. “Venció al ángel, y prevaleció; lloró y le rogó” (Os. 12:4).

Ahora que Dios le había quitado su antiguo nombre de vergüenza, uno podría esperar que Jacob viviera de acuerdo con su nuevo nombre; ¡pero no! Era tan sospechoso y tan engañoso como siempre lo había sido. Estas cualidades innatas de su carácter persistieron. De hecho, lo llevaron a la *vergonzosa y sordida crisis de Siquem*. Impulsado por el temor a Esaú, no terminó el viaje a su hogar, sino que preparó su tienda cerca de *Siquem*. Como su pariente Lot, quien fue culpable de un acto similar de insensatez en Sodoma, pagó caro por su falta de creencia. La tragedia sumió a toda su familia porque él planificaría cómo salirse de los problemas en lugar de confiar en el Dios que se le había aparecido dos veces. La historia subsiguiente es de violación, asesinato y temor. Resulta algo costoso olvidar un juramento o dejar de entregarse.

Treinta años habían transcurrido desde que Dios lo atrajo por primera vez. Sin duda alguna, Él hubiera estado justificando a un personaje tan testarudo y rebelde; pero Dios no es hombre. Su amor no cambia a cada rato. En lugar de abandonarlo, por gracia lo visitó de nuevo: “Levántate y sube a Bet-el, y quédate allí; y haz allí un altar al Dios que te apareció...” (Gn. 35:1). Esta fue *la segunda crisis de Bet-el*.

Esta vez los discípulos de Dios por más de treinta años habían hecho su trabajo. Jacob no se demoró. De inmediato reunió a su familia y se apresuró a ir a Bet-el. “Apareció Dios a Jacob *otra vez...* y le bendijo”. Dios no se desalienta por completo en su propósito de bendecir a su pueblo. Una vez más, Jacob oyó las palabras: “Tu nombre es Jacob; no se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel será tu nombre; y llamó su nombre Israel” (Gn. 35:9, 10). Esta vez Jacob hizo uso de los privilegios de su nuevo nombre y no reincidió en sus anteriores trampas y engaños. Las disciplinas de Dios habían sido efectivas y Jacob, el gusano, encuentra su camino en la galería de hombres de Dios y de fe en Hebreos 11. “Donde abundó el pecado, la gracia abundó mucho más”.

No existe diferencia fundamental entre un hombre y otro. Solo es diferente la incidencia de la tentación. A la luz de los ataques de las tentaciones comunes como los celos, el orgullo, la ambición, el dinero o el sexo, la gran mayoría de las personas comúnmente experimentan el fracaso, caen por debajo de sus propios ideales. El mismo pecado anterior revive, reúne fuerza y los domina. La misma falla o el mismo defecto trágicos de carácter los persigue durante toda la vida como un sabueso. Se desarrolla una parálisis de esperanza a través de una sucesión de derrotas.

El diablo predica un mensaje de desesperanza; pero en la vida característica de Jacob, Dios está predicando el evangelio de la recuperación. Las leyes de la herencia no son las leyes más elevadas. El Dios de Jacob es fundamentalmente el Dios de la segunda oportunidad para los cristianos que han fracasado y que persisten. La segunda oportunidad no previene las consecuencias de los fracasos del pasado, sino que incluso el fracaso puede ser un peldaño para nuevas victorias. Para el hijo de Dios, el fracaso puede tener un importante valor educativo. Dios no desperdicia ninguna falla.

La lección que se desprende de la vida de Jacob es que *ninguna falla debe ser definitiva*. Hay esperanza con el Dios de Jacob para cualquier disposición o cualquier temperamento. Ninguna derrota del pasado coloca una victoria fuera del alcance. Cuando Dios ha salvado y ha aprehendido a un hombre, Él lo persigue con perseverancia sin desaliento para bendecirlo. No excluye de su servicio real a los hombres y mujeres penitentes que han fallado. Si Dios hubiera descartado a Pedro por su falla, no hubiera habido un gran predicador pentecostal. Dios invertirá posiciones con el diablo creando un ministerio más vasto a partir de nuestras propias derrotas.

4

LAS DISCIPLINAS DISCRIMINATORIAS DE DIOS

“El que ara para sembrar, ¿arará todo el día?”
Isaías 28:24

Lectura: Isaías 28:23-29

Dejadlo arar, Él tiene como propósito cosechar”. Esta reacción de Samuel Rutherford a los castigos que le llegaron reveló un discernimiento verdadero en los discípulos divinos y una actitud calculada para beneficiar a la mayoría de ellos. Las disciplinas de la vida pueden ser dolorosas pero nunca dejan de tener propósito. “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da *fruto apacible de justicia* a los que en ella han sido ejercitados” (He. 12:11). Si deseamos la cosecha, debemos darle la bienvenida a la disciplina.

El párrafo bajo consideración sucede en una de las más grandes profecías de Isaías. “Se distingue por esa versatilidad de estilo magnífica que ubica a su autor a la cabeza de los profetas hebreos. El análisis agudo del carácter, los contrastes realistas entre el pecado y el juicio, las réplicas y los epigramas inteligentes, expeditos de burla y un tropel de juicio. Pero el tema final, una corriente plácida de argumento desbaratada por una parábola dulce” (G. A. Smith). Esta “parábola dulce” usa los métodos del granjero como característicos del trato de Dios con las naciones y, en una aplicación secundaria, con la iglesia y sus miembros individuales.

Isaías resalta esas cualidades en Dios que le dio un toque tan seguro en sus tratos con los hombres. “Porque su Dios le instruye, y le enseña lo recto” (v. 26). “Jehová de los ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y engrandecer la sabiduría” (v. 29). Él no es

meramente alguien que experimenta en las vidas. Él no es impulsado por el capricho o por el prejuicio. Toda actividad es ordenada por la mayor sabiduría y ejecutada con el amor más profundo. A través de todo esto, hay un discernimiento exquisito y una discriminación. Los medios adoptados son siempre los más adecuados para lograr el fin futuro. Correctamente recibida, se garantiza una cosecha abundante.

La habilidad del granjero, su cuidadoso criterio en los tres principales procesos de la labranza —arar, sembrar, cosechar— no es más que un reflejo de la habilidad y la sabiduría del Dios que lo instruyó. Si el granjero demuestra un discernimiento profundo y ejerce dicha supervisión cuidadosa de sus cosechas, sostiene Isaías, ¿el Dios que lo aconsejó será menos discriminador en la tarea mucho más delicada de producir una cosecha a partir de nuestras vidas?

LA DISCRIMINACIÓN DE SUS DISCIPLINAS

Si bien el “agricultor celestial” permite que el arado y las rastras de la angustia o del sufrimiento perturben las vidas de sus hijos, estos siempre están guiados y controlados por una mano supremamente hábil. Los tres procesos principales de la tarea del granjero los emplea Isaías para ilustrar la sabiduría que ejerce Dios en su entrenamiento de carácter y temple del espíritu.

Al ver las operaciones sucesivas de arar, sembrar y cosechar tan sugerentes como las disciplinas de la vida, surgen tres verdades de esta parábola:

Dios está discerniendo sobre su duración. “El que ara para sembrar, ¿arará todo el día? ¿Romperá y quebrará los terrones de la tierra?” (v. 24). Por supuesto que no, “Porque su Dios le instruye, y le enseña lo recto” (v. 26). Arar es solo un medio para llegar a un fin. Cuando este se logra, su arado cesa. En la historia de Israel se puede ver el discernimiento del Dios de este pueblo. Durante cuatrocientos treinta y siete años el arado de la tiranía egipcia maduró a través de la tierra dura de la nación hebrea, un desierto no prometedor en el que Dios vio posibilidades de una rica cosecha; pero no podía haber cosecha sin arado. Tan pronto como la disciplina del látigo del capataz egipcio hubo logrado su propósito, fue eliminada. Él no permitió que su pueblo se angustiara bajo la opresión de sus amos ni un día más que el necesario para lograr el propósito benéfico divino. Tan pronto como estuvieron preparados para recibir la liberación, Él los condujo al descanso, la abundancia y la victoria de Canaán. Pero solo la severidad de la disciplina los independizó de Egipto.

El granjero hábil discrimina entre un suelo y otro. El suelo liviano y arenoso requiere solo un arado breve y ligero. La arcilla dura y agria requiere un tratamiento totalmente diferente para producir una cosecha. Debe dejársela desnuda al sol y drenarla. El arado debe hundirse profundamente en el subsuelo, tan profundamente como se pueda. El suelo debe ser rastrillado y rastrillado hasta que se rompan los terrones y haya una fina capa labrada donde la semilla germine y crezca. El granjero está discerniendo sobre la duración de su arado. No solo debe desarraigar y arar continuamente su tierra. Trata cada suelo de acuerdo con su necesidad. ¿No es esta la explicación de la diferente incidencia del sufrimiento, la angustia y las pruebas? Se puede confiar en el “agricultor celestial”, en la adaptación, en los tiempos y en la duración de las disciplinas que permite su amor. Estamos a salvo en sus manos.

La disciplina es siempre preparatoria de la bendición y no puede traer otra cosa que bendiciones cuando se la recibe adecuadamente. Es aquí donde reside nuestra responsabilidad. La comida no digerida es veneno, no una bendición. Las disciplinas que no se reciben correctamente, amargan en lugar de endulzar el carácter. Preguntar quejumbrosamente “¿Por qué?” cuando el castigo recae sobre nosotros es, en efecto, acusar al omnisciente Dios lleno de amor, de ser caprichoso. Él no desgarró el corazón meramente para demostrar su poder y soberanía, sino para prepararnos para ser más fructíferos. Poda cada rama que no da frutos para aumentar su rendimiento. La disciplina tiene un propósito. ¿Cómo reaccionamos al arado de Dios? ¿Nos suaviza, nos sojuzga, nos castiga? ¿O endurece y entesa nuestra resistencia a su voluntad? ¿Nos endulza o nos amarga?

Nuestra reacción ante los problemas familiares y las dificultades financieras, ante el sufrimiento y la desilusión, ante las ambiciones frustradas y ante las expectativas coartadas es sumamente importante. Si nos entregamos, sintiendo que la resistencia no es beneficiosa, eso es mejor que seguir siendo rebeldes. Si nos conformamos, aun sin gozo, con el trato de Dios, estaremos en un terreno más elevado. Pero cuando abrazamos las providencias sin explicación de Dios con una canción que le glorifique, somos más bendecidos. Cuando Samuel Rutherford yacía en la prisión de Aberdeen, solía escribir en la parte superior de sus cartas: “Palacio de Dios, Aberdeen”.

Madame Guyon, una mujer francesa muy culta, fue encarcelada por su fe desde 1695 hasta 1705. En lugar de apenarse por su suerte, gozosamente aceptó la voluntad de Dios como su verdugo. “Mientras

era prisionera en Vincennes —escribió—, pasé mi tiempo en gran paz. Canté canciones de gozo y la persona que me servía las aprendió de memoria tan pronto como las componía. Juntas cantábamos tus alabanzas, Ah, mi Dios. Las piedras de los muros de mi prisión brillaban como rubíes ante mis ojos. Mi corazón estaba lleno de ese gozo que tú les das a los que te aman en medio de sus mayores cruces”. Fue allí donde ella escribió uno de sus himnos preferidos.

Soy un pajarito

Encerrado de los campos del aire
Sin embargo, en mi jaula me siento y canto

A Él quien me ubicó allí,
Una complacida prisionera quiero ser
Porque, mi Dios, te complace.

No tengo otra cosa que hacer,
Canto todo el día.

Y Él, a quien más amo complacer,
Escucha mi canción.

Él atrapó y ató mi ala vagabunda,
Pero aún se inclina para oírme cantar.

Mi jaula me confina,

No puedo volar afuera
Pero si bien mi ala está muy atada,
Mi corazón está en libertad.

Las paredes de mi prisión no pueden controlar
El vuelo, la libertad del alma.

Ah, es bueno remontar

Estos pernos y estas barras

A Él cuyo propósito adoro,

Cuya providencia amo,

Y en su poderosa voluntad encuentro

El gozo, la libertad de la mente.

Job experimentó el despedazamiento de su arado durante toda su vida, pero su reacción silenció al adversario que diseñó sacar partido en contra de Dios por su fracaso. Satanás no tuvo respuesta para la noble afirmación de Job: “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”. La confianza de Dios en Job fue abundantemente reivindicada. Estos pequeños problemas (que en realidad son transitorios)

nos están ganando una recompensa permanente y gloriosa, fuera de toda proporción a nuestro dolor. Porque estamos todo el tiempo buscando no las cosas visibles, sino las invisibles. Las cosas visibles son transitorias. Son las cosas invisibles las que realmente permanecen (cp. 1 Co. 4:17-18). Cuando alejamos la mirada de lo inmediato y la fijamos en lo final, es que podemos interpretar correctamente las experiencias disciplinarias de la vida.

Él es cuidadoso en su elección. “Cuando ha igualado su superficie, ¿no derrama el eneldo, siembra el comino, pone el trigo en hileras, y la cebada en el lugar señalado, y la avena en su borde apropiado? Porque su Dios le instruye, y le enseña lo recto” (vv. 24-26). El granjero prudente ejerce la más fina discriminación tanto en la evaluación de sus semillas como en la selección de su situación. No es azaroso en sus métodos. A las semillas más valiosas se les da la posición más favorable. Las menos valiosas pueden rellenar rincones de residuos. El eneldo y el comino son semillas pequeñas usadas como condimentos y por lo tanto, son comparativamente menos importantes cuando se las compara con el trigo y la cebada, que son esenciales. El granjero siempre está calculando qué le pagará mejor y cómo podrá obtener la mayor utilidad de su tierra.

Lo mismo sucede con Dios. Nunca desperdicia su disciplina. Él sabe cuál producirá la mejor cosecha. Cada una es cuidadosamente seleccionada por su sabiduría infinita. Él considera nuestras vidas como los terrenos de semillas de la eternidad y presta atención no solo a la semilla, sino también al suelo. La incidencia y los tiempos de sus tratos correctivos son meticulosamente correctos. Él, que instruye correctamente y que enseña al granjero, no ejerce menos sabiduría en su cultura del corazón humano. Su selección es infalible, ya se trate de retardo o de negación, de retener o de retirarse, de la prosperidad o la adversidad, del gozo o del sufrimiento. Siempre tiene a la vista una cosecha.

¿Somos menos que el granjero al evaluar los valores relativos y al decidir prioridades? Es en esto que reside el éxito, tanto temporal como espiritual. Cosechamos lo que sembramos. Si el suelo de nuestras vidas es sembrado con lo trivial y lo carnal, producirán eso. Si, por otra parte, plantamos lo principal y lo espiritual, habrá una cosecha abundante de santidad y gozo.

Él es considerado en su moderación. “...que el eneldo no se trilla con trillo, ni sobre el comino se pasa rueda de carreta; sino que con un palo

se sacude el eneldo, y el comino con una vara. El grano se trilla; pero no lo trillará para siempre, ni lo comprime con la rueda de su carreta, ni lo quebranta con los dientes de su trillo. También esto salió de Jehová de los ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y engrandecer la sabiduría” (Is. 28:27-29).

El granjero tiene en cuenta la naturaleza de la semilla así como también su valor y adapta de acuerdo con lo anterior su técnica de trillado. Tratar del mismo modo a cada semilla irreparablemente dañaría algunas o dejaría a otras no separadas de la vaina. Debe aplicar exactamente la correcta duración del tiempo para lograr el fin a cumplir. Golpear suavemente con una vara es suficiente para el eneldo, pero el trigo requiere el *tribulum*, un elemento de trillado pesado. La inteligencia y experiencia del granjero evita que este se exceda en su método de trillado. Tan pronto como la semilla se separa de la vaina, cesa el proceso.

Dios ejerce una prudencia y moderación similares en los métodos que Él adopta para producir la cosecha en las vidas de sus hijos. Usa el pesado *tribulum* (de donde se deriva nuestra palabra “tribulación”) cuando una vara liviana puede cumplir su propósito. Su objetivo no es aplastar ni destruir el grano, sino purificarlo y preservarlo. Si Él envía tribulación es porque ningún otro medio produciría el resultado. No emplea más fuerza ni más tiempo del necesario. La falta de frutos es el fin de toda disciplina. La espiritualidad le da la bienvenida a la tribulación si esta producirá una cosecha más rica para Dios. “Nos gloriamos en las tribulaciones”, dijo Pablo. Y él, por cierto, sabía de qué estaba hablando. Nadie tuvo una naturaleza más sensible que la de él, pero pocas veces un hombre experimentó más la vara del castigo.

EL PROPÓSITO DE LAS DISCIPLINAS DE DIOS

Hay una infinita variedad en los tratos de Dios tanto en su carácter como en su incidencia. Él no trata a dos personas de igual manera. Él reconoce la singularidad de la personalidad y esto se refleja en su método disciplinario.

Los tratos de Dios tienen un propósito triple:

Personal: Cultivar el alma. Lo que somos es mucho más importante que lo que hagamos. Dios está supremamente preocupado por el desarrollo de un carácter semejante al de Cristo. Él tiene el propósito de que todo cristiano esté “conformado a la imagen de su Hijo”. Incluso, Cristo pudo llegar a la madurez en la experiencia humana, necesaria para su cargo como Sumo Sacerdote, solo a través del sufrimiento. No

hay sustituto. Cuando no se aplica la disciplina, o no se la sigue, no hay cosecha de santidad personal y semejanza a Cristo.

Está registrado que cuando en su gracia el Señor prodigó bondad entre su pueblo, la respuesta no fue de gratitud sino de rebelión.

“Lo hizo subir sobre las alturas de la tierra,
E hizo que chupase miel de la peña,
Y aceite del duro pedernal;
Mantequilla de vacas y leche de ovejas,
Con grosura de corderos...
Con lo mejor del trigo...
Pero engordó Jesurún, y tiró coces...” (Dt. 32:13-15).

El carácter con frecuencia se desarrolla de una forma dispareja. “Efraín fue torta no volteada”, dijo Oseas; una torta bien hecha de un lado y cruda del otro. Dios no está contento con una santificación parcial, con cristianos que están superdesarrollados en algunos aspectos, pero deficientes en otros. Es para corregir esta desigualdad que Él aplica los fuegos de las pruebas a las partes no desarrolladas de nuestros caracteres.

Relativo: Para proveer de comida a los demás. “El grano se trilla” es la traducción de la Reina-Valera 1960 y esto es cierto sin ninguna duda, pero no se trilla en el proceso de desgranarlo puesto que perdería su valor. El granjero no tiene por qué aplastar el grano con el *tribulum*. El grano con la cáscara no sirve para el consumo humano y el objetivo del trillado es el de separarlo de la misma a fin de que esté listo para su consumo. Una vez desgranado, pasa por el proceso de trillado y molido.

¡El grano se trilla! Que no se encoja mi alma
del arranque y la mezcla
de la ruptura y la molienda:
El corazón de Dios se quiebra, Él lo hace entero.
El trigo no descascarado y arrojado a un lado
No puede proveer a la necesidad penosa del
hombre.

Nuestro Señor fue “molido por nuestros pecados” con la finalidad de que Él pudiera convertirse para nosotros en el pan de la vida para mantenernos. “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor” (Mt. 10:24, 25). Entonces, no deberíamos preguntarnos por qué la molienda es el precio de un ministerio espiritual.

Final: Prepararse para el cielo. Esta vida no es más que un jardín de párvulos del cielo; Dios nos haría dominar la lección espiritual elemental de que donde no hay cruz, no puede haber corona. Donde no se toma el yugo, el resto no se goza. Pero somos lentos para aprender y la lección con frecuencia ha debido ser aprendida una y otra vez.

“Dejamos de preguntarnos tanto por el cuidado que Dios hace del carácter humano —escribió Alexander Whyte—, y por el costo que Él le asigna, cuando pensamos que es la única obra de sus manos que durará para siempre. Por cierto, es adecuado que lo efímero ministre lo eterno, y el tiempo a la eternidad, y todo lo demás en este mundo que durará o sobrevivirá a él; todo lo demás que poseemos o perseguimos se desvanecerá y perecerá, solo sobrevivirá nuestro carácter moral. Las riquezas, la honra, las posesiones, los placeres de todo tipo; la muerte con un golpe de su mano desolada un día nos dejará desnudos en una mortaja y un féretro de todas las cosas que estamos tan enloquecidos por poseer”.

5

LA FUERZA PERFECCIONADA DE DIOS

“Mi poder se perfecciona en la debilidad”.

2 Corintios 12:9

Lectura: 1 Corintios 1:25–2:5; 2 Corintios 12:7–10

Existe una gran diferencia entre los pensamientos de Dios y los del hombre respecto a la debilidad y a la falta de adecuación. Nosotros nos inclinamos a considerarlas una excusa justificable para no hacer la tarea difícil. Dios hace avanzar estas mismas cualidades como motivos para abordarlas. Sostenemos que somos demasiado débiles. Dios afirma que ese es el motivo por el cual nos eligió. En lugar de los sabios, los poderosos y los nobles en las primeras líneas del ejército de Dios, encontramos a los estúpidos, a los débiles, a los aborrecidos, a los nulos. ¿Y por qué? Para que ningún ser humano pudiera alardear en la presencia de Dios, y para que su fuerza se hiciera perfecta en nuestra debilidad. “Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es” (1 Co. 1:26–28).

EL PRINCIPIO IMPLÍCITO

Hay un importante principio espiritual involucrado, que debe ser dominado por todos lo que deseen ser lo mejor para Dios. Para el cumplimiento de sus propósitos, Él no está confinado a los

grandemente dotados y excepcionalmente inteligentes; de hecho, puede usarlos solo si abandonan la confianza en sus capacidades puramente naturales. A lo largo de toda la historia, Dios ha escogido y usado a personas nulas debido a que su inusual dependencia de Él daba lugar para la demostración singular de su poder. Cuando están contentos con ser nadie, Él puede serlo todo. Dios elige y usa a los ricamente dotados solo cuando éstos renuncian a la dependencia de sus propias capacidades y recursos.

Pablo no dice en el párrafo anterior que Dios hizo lo mejor que pudo con el pobre material que estaba a su disposición. Él los eligió deliberadamente, pasando por alto a los sabios, a los poderosos y a los nobles si ellos se negaban a renunciar a sus dones e idoneidades y dependían de estas para lograr fines espirituales. Por cierto, este es un pensamiento desafiante y revolucionario: Dios no nos usará a pesar de nuestras debilidades y falta de adecuación, sino en realidad debido a ellas. Él se niega a utilizar nuestros dones más espectaculares y nuestra idoneidad singular hasta que nos separemos de la confianza en ellos. La debilidad humana proporciona el mejor telón de fondo para demostrar el poder divino.

Un énfasis exagerado sobre los talentos y la idoneidad le ha cerrado la puerta a los campos de la misión a más de un potencial misionero adecuado. “Ofrecerán sus servicios a cualquier sociedad que garantice el empleo pleno de sus habilidades —escribe L. T. Lyall—. Esto es necesario para probar a sus familias y amigos de que toda la prolongada carrera agotadora que conduzca a la idoneidad no se va a desechar del todo. ¡Por cierto, Dios les debe haber permitido tener esta capacitación a fin de usarla! Abraham no tenía esas condiciones, ni tampoco Pablo, ni ninguno de los sobresalientes misioneros entre su época y la nuestra. La mayoría de ellos dejó que sus talentos cayeran al suelo y murieran, pero se volvieron misioneros fructíferos. El Señor exige un discipulado incondicional. Un cristiano está bajo órdenes. Él no debe pedir ver el sendero antes de salirse de él. Nosotros debemos obedecer a nuestro Señor omnisciente y dejar que nos despliegue donde Él ve que nuestra idoneidad puede ser más estratégicamente empleada. La actitud actual de exigir seguridad de que la idoneidad de uno encontrará una salida adecuada, puede ser una evidencia de falta de entrega plena al señorío de Cristo. Si creemos que Dios nos ha dado una virtud especial en nuestra capacitación, ¿no podemos confiar en Él si parece que deja de lado por un tiempo los dones, o incluso lo hace para siempre?”

“Mi poder se perfecciona en la debilidad”, fue el mensaje de Dios a Pablo. “...cuando soy débil, entonces soy fuerte”, fue el testimonio del apóstol (2 Co. 12:9, 10). De los héroes de Dios se registra que “...sacaron fuerzas de debilidad...” (He. 11:34).

William Wilberforce, el gran reformista cristiano que fue responsable de la liberación de los esclavos en el Imperio Británico, era una criatura tan pequeña y frágil que parecía que hasta un viento fuerte lo tumbaría. Pero una vez Boswell lo oyó hablar en público defendiendo su gran causa, y después de esto Boswell dijo: “Vi lo que me pareció un camarón en una mesa, pero al escucharlo creció hasta que el camarón se convirtió en ballena”.

“Es un descubrimiento increíble —escribe J. S. Stewart—, que siempre es sobre la debilidad y la humillación humanas, no sobre la fortaleza y la confianza, que Dios escoge construir su reino; y que Él puede usarnos no meramente a pesar de nuestra mediocridad, desamparo y enfermedades descalificadoras, sino precisamente debido a ellas... *Nada puede vencer a una iglesia o a un alma que toma, no su fuerza sino su debilidad, y se la ofrece a Dios para que sea su arma.* Fue el camino de Francis Xavier, de William Carey y de Pablo, el apóstol: ‘Señor, esta es mi debilidad humana. Te la dedico para tu gloria’. Esta es la estrategia ante la cual no hay réplica. Esta es la victoria que vence al mundo”.

EL PRINCIPIO ILUSTRADO

Nuestro problema no es que seamos demasiado débiles, sino que somos demasiado fuertes para Dios. El rey Uzías “...fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso. Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina...” (2 Cr. 26:15, 16). Jacob se convirtió en príncipe y recibió poder de Dios solo cuando se marchitó el vigor de su fuerza con el toque de su antagonista divino. Paradójico como parece, “...los cojos arrebatarán el botín” (Is. 33:23). A nuestros obstáculos, Dios les llama ayudas; y nuestra mayor adversidad es lo que le proporciona su mayor oportunidad.

Dwight L. Moody careció de educación formal. Sus cartas, muchas de las cuales se han preservado, están llenas de errores gramaticales. Su apariencia física no era impresionante. Su voz era muy aguda y sus tonos, nasales; pero estos impedimentos no evitaron que Dios lo usara para sacudir a dos continentes. Un reportero fue enviado por su periódico a cubrir la campaña de Moody en Gran Bretaña, en la que la aristocracia y el vulgo se entregaban a Dios, para descubrir el secreto de

su poder. Luego de una considerable observación, escribió: “No puedo ver nada en Moody de donde devenga su maravillosa obra”. Cuando Moody leyó el informe, se rió: “Vaya, ese es el secreto del movimiento. No hay nada en él que pueda explicarlo salvo el poder de Dios. La obra es de Dios, no mía”.

Es un gozo secreto encontrar
La tarea asignada más allá de nuestros poderes,
Porque si se debe obrar el bien,
Es claro que la alabanza es hacia Él, no hacia
nosotros.

Pero Dios no se confina en los Moody y los Carey del mundo. Piense cómo Él usó a Pablo, el apóstol. Podía clasificarse entre los sabios, los poderosos, los nobles. Lo tenía todo: Poder intelectual, ardor emocional, lógica irresistible, celo insaciable. Pero él no depositó la confianza en ninguno de ellos. “Así que, hermanos... no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y *estuve con vosotros con debilidad*, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder...” (1 Co. 2:1-4). Él lo tenía todo, pero renunció a la dependencia de sus dones y capacitación soberbios para poner toda su confianza en su adecuado Dios.

Moisés, también, ilustra el principio. Siendo un joven príncipe erudito, era sumamente arrogante e intentó por sí solo la liberación de sus congéneres oprimidos; pero todavía no estaba equipado para el propósito de Dios. Fue desterrado de Egipto para emprender un curso de cuarenta años en la universidad del desierto. Tan profundamente dominó la lección difícil de la debilidad humana que evitó el llamado de Dios cuando le llegó. Adujo siete razones por las cuales no debía hacer la voluntad divina, todas ellas basadas en su propia debilidad e incapacidad.

Su inventario de descalificaciones abarcan falta de capacidad (Éxodo 3:11), falta de mensaje (3:13), falta de autoridad (4:1), falta de elocuencia (4:10), falta de adaptación especial (4:13), falta de éxitos previos (5:23) y falta de aceptación previa (6:12). Sería difícil evocar una lista más completa de incapacidades. Pero en lugar de complacer a Dios, su aparente humildad y renuencia agitó su enojo. “Entonces Jehová se enojó contra Moisés...” (4:14). En realidad, las excusas que

este presentó para demostrar su incapacidad constituían los mismos motivos para que Dios lo escogiera para la tarea. Ahora, vaciado de confianza propia y de dependencia propia, Moisés se apoyaría en su Dios.

Para cada una de las discapacidades, Dios tenía una respuesta satisfactoria y una provisión apropiada. El factor olvidado fue que el llamado divino siempre garantiza el equipo de Dios para la tarea. Su debilidad se convirtió en el arma del Señor cuando Moisés regresó a los recursos sin límite de Dios. Nuestro “¿quién es capaz para estas cosas?” puede ser meramente la desesperación de la falta de creencia. La gozosa respuesta de la fe es: “Nuestra suficiencia proviene de Dios”.

La historia de la victoria de Gedeón ante los trescientos ilustra el principio desde un ángulo diferente. En su respuesta al llamado divino, Gedeón es un ejemplo perfecto de la falta de adecuación conciente: “Ah, señor mío, ¿con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre” (Jue. 6:15). Pero alentado por la promesa de victoria hecha por Dios y por señales confirmatorias, respondió al llamado. Los 32.000 seguidores que estaban a su lado parecían lastimosamente inadecuados para encontrarse con 135.000 madianitas, pero eran “demasiados” para Dios (7:2). La prueba de valor eliminó a 22.000, pero los restantes 10.000, de ellos dijo Dios: “...Aún es mucho el pueblo...” (7:4). Estos fueron nuevamente seleccionados por una prueba de bebida, que fue sobrevivida solo por 300 hombres ansiosos y disciplinados. Los hombres de Gedeón ahora estaban en una proporción de 450 enemigos por cada uno. En lugar de armarlos con las armas más potentes, Dios ordena que sus armas sean jarros frágiles, antorchas encendidas y las fuertes trompetas. ¿Ha sido alguna vez más absurda una estrategia militar? Sin embargo, los hombres escogidos por Él y obedientes, ganaron. “Entonces todo el ejército echó a correr dando gritos y huyendo” ante ellos. Las cifras y los equipos totalmente inadecuados fueron más que compensados por la omnipotencia de Dios. La total debilidad del grupo de Gedeón se convirtió en su arma para la victoria. ¿Y el motivo de quitarle al inadecuado Gedeón recursos humanos? “...no sea que se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado” (7:2), una razón parecida a la de Pablo: “...a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 Co. 1:29).

“Esta es la estrategia de Dios... que el mundo sepa que el cristianismo —todos los triunfos de la fe en las vidas individuales, la marcha hacia

adelante y la misión de la iglesia— no es el resultado de la intervención del hombre, ni de ninguna virtud humana, valentía, o capacidad (puesto que a la luz de los hombres involucrados, tal explicación sería absurda). Por ende, la única explicación posible debe ser sobrenatural y Divina”.

EL PRINCIPIO REIVINDICADO

Francis de L. Booth Tucker, un brillante funcionario joven en la administración pública de la India, cubría un puesto importante. Un ascenso rápido estaba lejos de su situación, pero él había cumplido con los reclamos de Cristo y se había rendido a ellos. Al volverse insatisfecho con su vida centrada en sí mismo, ansiaba poder hacer más, moral y espiritualmente, por las personas necesitadas que lo rodeaban. Oyó sobre el recientemente organizado Ejército de Salvación y su tremendo efecto sobre las clases no privilegiadas de Inglaterra. Renunció a su puesto y trató de probar suerte con el nuevo movimiento. Se fue a Inglaterra, y luego de un período de capacitación regresó a la India como misionero del Ejército de Salvación. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos de enorme sacrificio, parecía incapaz de cerrar la brecha entre él y el necesitado pueblo indio. Estaba fracasando en lograr aquello por lo que había abandonado sus perspectivas mundanas. Luego de mucha oración, resolvió adoptar la vestimenta nativa, tomar un tazón de mendigo como hacían sus hombres sagrados y vivir con lo que la gente pobre le daba.

Con un compañero comenzó su nueva aventura, viajando descalzo sobre los caminos ardientes de mediados del verano. Los nativos que nunca habían calzado zapatos estaban habituados al calor, pero a poco andar Booth Tucker y su compañero descubrieron que sus pies eran una masa de ampollas que hacía que cada paso fuera una agonía. Al llegar a una aldea en el calor de la tarde, esperaban al menos un sorbo de agua y algo para comer, pero se les negó el ingreso. Profundamente desesperanzados, se recostaron bajo un árbol y se durmieron. Mientras dormían, algunos de los hombres se reunieron alrededor de ellos. Uno, impresionado al ver las ampollas de sus pies, dijo: “Cuánto debe importarle a estos hombres nuestro sufrimiento para traernos su mensaje. Deben ser buenos hombres y los hemos tratado mal”. Cuando los misioneros se despertaron, fueron invitados a la aldea, les vendaron los pies y les dieron comida y bebida en abundancia. Luego siguió la oportunidad codiciada de presentar el mensaje del Evangelio a estos miembros de una tribu criminal. Así comenzó un movimiento que

atrajo a 25.000 al reino. No fue su indudable brillantez sino su evidente debilidad lo que abrió los corazones de las personas. Cuando estuvo débil, entonces se hizo fuerte. Su debilidad se convirtió en el arma de Dios. La fuerza del Todopoderoso fue perfeccionada en su debilidad.

6

EL ANTAGONISMO MORAL DE DIOS

*“Seis cosas aborrece Jehová... El corazón que maquin
pensamientos inicuos...”*

Proverbios 6:16, 18

Lectura: Isaías 14:12-15; Ezequiel 18:11-19

La Biblia no dice cómo entró el pecado al universo, pero nos cuenta cómo ingresó a nuestro mundo y que se originó antes de que su presencia se sintiera aquí. Es característico de la revelación de Las Escrituras que si bien no nos dice todo lo que quisiéramos saber, nos cuenta todo lo que necesitamos conocer para permitirnos cumplir con las exigencias de la vida y para vivir victoriosamente sobre el pecado y las circunstancias. Para hacer esto, no es necesario que conozcamos el origen primitivo, pero es esencial que conozcamos la naturaleza y el carácter del pecado que ha acosado al mundo desde que fue recibido por nuestros primeros padres.

En Génesis, la tentación original hacia el pecado la presentó el diablo, quien había caído de su encumbrada posición. Dos pasajes del Antiguo Testamento arrojan luz sobre la naturaleza de su pecado (Ez. 28:11-19; Is. 14:12-15), pasajes que básicamente se refieren al rey de Tiro y al rey de Babilonia, pero el significado de esos versículos bíblicos evidentemente no pueden agotarlos meros hombres. El pasaje de Ezequiel dice: “...Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura...Tú, querubín grande, protector... Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad... y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios... *Se enalteció tu corazón* [se llenó de orgullo] a causa de tu hermosura... yo te arrojaré por tierra...”

Cuán similar a las palabras de nuestro Señor: “...Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lc. 10:18).

O nuevamente el pasaje de Isaías: “¿Cómo caíste del cielo, oh Lucero...! Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré... sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol...”

Los personajes históricos a quienes básicamente hacen referencia estos pasajes no podrían agotar el pleno significado de estas enunciaciones extraordinarios, que, sin lugar a duda, tienen un significado más profundo. Este método de revelación de la verdad se emplea en muchas otras partes de Las Escrituras, por ejemplo en los Salmos mesiánicos, donde el salmista, aunque aparentemente se está refiriendo a sí mismo, hizo declaraciones que en su totalidad podrían referirse solo al Mesías (Sal. 2, 22 y 110). Esto encuentra una confirmación en cualquier otra parte de la Biblia. Así que tenemos una base para inferir que estos pasajes tienen una aplicación secundaria a Satanás, quién ocupó el encumbrado cargo de guardián y protector del trono de Dios. Él fue la estrella del día, la cual sustentaba una posición de gloria no superada cerca del Sol de la Justicia.

¿Qué ocasionó su caída? El pecado fundamental del orgullo, el pecado de buscar establecer un trono propio. En lugar de proteger el trono de Dios, cosa que debía hacer, lo golpeó e intentó destronar al Todopoderoso. El orgullo lo condujo a la exaltación propia que se expresó a sí misma en obstinación. La esencia de su pecado era que él quería ser independiente de Dios. El orgullo es la autosuficiencia de un espíritu egoísta que desea solo una independencia desenfrenada. “...levantaré *mi trono*,... y seré semejante al Altísimo”. Este es el pecado fundamental que intenta destronar el *yo* a expensas de Dios.

Si bien Satanás fue derribado, en su caída le quitó al hombre el cetro de la soberanía del mundo, y ahora él reina como dios de este mundo. En Edén plantó las simientes del mismo pecado trágico. Prometió: “Cuando coman de ese árbol llegarán a ser como Dios” (Gn. 3:5). Compare esto con: “...seré semejante al Altísimo”. Satanás cayó por orgullo. Adán y Eva cayeron por orgullo e implicaron a toda la raza humana en su ruina. Usted y yo caímos por orgullo, el pecado fundamental que reside en la raíz de todo otro pecado, el deseo de ser amos de nuestras propias vidas y de ser independientes de Dios. Desde que esto es así, con razón el orgullo encabeza la lista en cada catálogo de pecados compilado por la iglesia.

EL ANTAGONISMO DE DIOS CON RESPECTO AL ORGULLO

Ningún pecado es más odioso y abominable para Dios. Los pecados de la carne son repugnantes y tienen sus consecuencias sociales, pero nuevamente, ninguno de ellos provoca que Dios hable con tanta vehemencia como Él lo hace sobre el orgullo.

“Al que... no sufrirá al de ojos altaneros...” (Sal. 101:5).

“...Mas al altivo mira de lejos” (Sal. 138:6).

“Seis cosas aborrece Jehová;

Y aun siete abomina su alma:

Los ojos altivos...” (Pr. 6:16-17).

“...La soberbia y la arrogancia... aborrezco” (Pr. 8:13).

“Abominación es a Jehová todo altivo de corazón...”

(Pr. 16:5).

“...orgullo de corazón..., son pecado” (Pr. 21:4).

“La altivez del hombre será abatida...” (Is. 2:17).

“...Dios resiste a los soberbios...” (Stg. 4:6).

No se necesitan más palabras para expresar el odio, la repulsión, el antagonismo de Dios respecto al orgullo y a la arrogancia, la altanería y la altivez. Es una abominación para Él. ¿Podemos condonar que Dios aborrezca? ¿Podemos pensar qué es una abominación para Él? Dios se opone al orgullo y lo mantiene a distancia. No hay punto de encuentro entre un corazón orgulloso y Dios, pero Él no detestará un espíritu quebrantado y contrito.

LA ESENCIA DE LA SOBERBIA

La palabra “soberbios” en Santiago 4:6 significa literalmente “alguien que se considera por encima de otras personas”. Es una ofensa tanto para Dios como para el hombre. Los griegos la odiaban. Teofilacto llamaba a la soberbia “la ciudadela y la cumbre de todos los males”.

El orgullo es una *deificación del yo*. Piensa más altamente de sí mismo que lo que debería pensar. Se arroga el honor que le pertenece a Dios únicamente. Hizo que el rabino Simeón Ben Jochai dijera con una humildad apropiada: “Si hubiera solo dos hombres justos en el mundo, yo y mi hijo somos esos dos. Si hubiera solo uno, ese soy yo”. Fue el pecado de Nabucodonosor el que lo rebajó al nivel de las bestias. El sirviente del último emperador alemán dijo: “No puedo negar que mi amo era vanidoso. Tenía que ser la figura central en todo: Si iba a un bautismo, quería ser el bebé. Si iba a una boda, quería ser la novia. Si iba a un funeral, quería ser el cadáver”.

La soberbia se caracteriza por la independencia *de* Dios. Estaba en el corazón del pecado de Adán. En lugar de depender de Dios, deseó ser como Él y trajo ruina a toda la raza. El orgullo no desea ser contemplado ni por Dios ni por el hombre. Es perfectamente autosuficiente, en enorme contraste con el Hijo de Dios que dijo: “No puedo yo hacer nada por mí mismo...” (Jn. 5:30). Él se glorió en su dependencia de su Padre. El orgullo se gloria en ser hecho por uno mismo.

Implica un cierto *enojo hacia los demás*. “...Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres,... ni aun como este publicano...” (Lc. 18:11). Relega a cualquier otro mortal a un papel menor en su vida. Usa a otras personas como telón de fondo para demostrar su propio brillo. El hombre soberbio considera que los demás están por debajo de él, el *hoi polloi*, la muchedumbre común. En lugar de desahogar el enojo sobre todo su orgullo, lo hace sobre otros a los que considera menos dignos que él mismo.

El orgullo es *fundamentalmente* competitivo por naturaleza. C. S. Lewis señala que nadie es soberbio porque es rico, o inteligente, o buen mozo. Él es orgulloso porque es más rico, o más inteligente, o más buen mozo que otra persona. Implica una comparación que siempre está a favor del que la hace.

LA MANIFESTACIÓN DEL ORGULLO

El orgullo se adapta a todo temperamento, se acomoda a toda situación. Es notablemente fluido. Puede ser humilde o altanero a voluntad. Hay una forma adecuada para cada carácter. Hacemos bien en preguntarnos cuáles son nuestras formas particulares de soberbia. ¿De rostro, raza, lugar, gracia? ¿De intelecto, logros, éxitos, habilidades?

Hay un orgullo *intelectual*, porque “El conocimiento envanece...” Esta fue la peculiar tentación de los brillantes corintios que se enorgullecían de su superioridad mental. Siete de los ocho pasajes en los que se usa “envanece” aparecen en la epístola corintia. Esta forma de orgullo suele manifestarse en una superioridad burlona sobre aquellos que tienen dones intelectuales limitados, o a los que se les ha negado la oportunidad de una educación avanzada. Florece con lujo en el alumno a quien se le está abriendo todo un mundo de conocimientos y que todavía no ha aprendido que el *verdadero* aprendizaje engendra humildad, no engrimiento. Esto fue diferente con Charles Dickens. Las personas que lo conocían por primera vez nunca hubieran sospechado que él era el literato más distinguido de su época.

En Occidente estamos cosechando lo que hemos plantado en

nuestro *orgullo racial* que aborrece a los de diferente color de piel o cultura. Los que tienen esta odiosa actitud todavía no han aprendido que las diferencias de raza y de cultura no necesariamente implican inferioridad de algún tipo. De hecho, cuanto mayor sea el contacto que tengamos con personas de otras razas, menos terreno descubrimos para la superioridad de la que nos jactamos.

Hay un *orgullo social* que se muestra muy pagado de sí mismo sobre un accidente de nacimiento por el cual no puede tener ningún crédito. Detesta a la muchedumbre común que no se mueve en círculos tan selectos de la sociedad. Aún debe aprenderse la lección de que la nobleza de carácter no es de posesión exclusiva de cualquier clase o grupo. Charles Lamb cierta vez se dirigió a una de estas personas con delirios de grandeza con el siguiente comentario: “Disculpe, señor, pero ¿usted alguien en particular?”

Pero más abominable para Dios que cualquiera de estos es el *orgullo espiritual*, el orgullo de gracia. Es muy posible estar orgulloso de los dones espirituales que Dios nos ha confiado y pavonearse ostentadamente, olvidando que no tenemos nada que no hayamos recibido, que la gracia es un don, un favor inmerecido. En realidad podemos estar llenos de orgullo por la elocuencia y el brillo de nuestro sermón sobre la humildad. Pero la lente más perfecta es la que nos permite olvidar que el vidrio está allí. El doctor John McNeill contó acerca de una dama que se acercó a él al cierre de un sermón sobre la humildad. “Sí, doctor McNeill —dijo ella—, ¡la humildad es mi fuerte!”

El orgullo se manifiesta en la afirmación inmoderada del yo. El hombre sumido en el orgullo adora en el templo del yo. Como Narciso mirando en la fuente, está enamorado de sí mismo. Viendo la imagen de su propia belleza, Narciso lo confundió con una ninfa del agua y se enamoró de ella. Tan enamorado estaba que no pudo obtener el objeto de su pasión y se suicidó. Él fue el ejemplo perfecto de la insensatez de ser un amante de uno mismo.

El hombre intacto, orgulloso, tiene sed y bebe ansiosamente de los halagos y las alabanzas porque gratifican su amor propio. Está entusiasmado cuando se los otorgan, y deprimido cuando no. No hay nadie en el mundo sobre quien se deleite hablando más que de sí mismo. Llevará el rumbo de toda conversación hasta que se centre en él. En el palacio de Wurtzung hay un salón de vidrio conocido como el Salón de los Mil Espejos. Uno entra y hay mil manos extendidas para saludarlo. Usted sonríe y mil sonrisas saludan la suya; usted llora, y mil ojos lloran con usted. Pero todas ellas son sus manos y sonrisas y

lágrimas. Así es el hombre soberbio, enfrascado en sí mismo, rodeado de su yo, encarcelado por su yo. El Maestro sobresale en increíble contraste a todo esto. En la tarea delicada de anunciar su mesianismo a su propio pueblo, logró hacerlo sin usar el pronombre “yo”. Leyendo Isaías 61:1 y 2 Él dijo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lc. 4:21). El único que tiene la prerrogativa de decir “yo”, en su humildad evitó usarlo.

El orgullo contamina todo lo que toca. Hay gérmenes que transforman alimentos nutritivos en veneno virulento. El orgullo transforma las virtudes en defectos y las bendiciones, en maldiciones. Belleza más orgullo derivan en vanidad. El celo más el orgullo resultan en tiranía y crueldad. La sabiduría humana combinada con el orgullo trae infidelidad. En el discurso, el orgullo se manifiesta en críticas, puesto que la crítica siempre parte del punto de ventaja de la superioridad conciente. El orgullo siempre encontrará causa de crítica en todos y en todo. Se elogia a sí mismo y subestima al prójimo.

Las Escrituras están repletas de ejemplos de la insensatez y la tragedia que produce el orgullo. Fue el orgullo de su reinado y el poder lo que hizo que el rey David contara a Israel, un pecado que derivó en juicio divino (1 Cr. 21:1). Poseído por el orgullo, Ezequías mostró a sus enemigos ambiciosos “la casa de sus tesoros, plata, oro y especias... y todo lo que había en sus tesoros...” (2 R. 20:13), y lo perdió todo. El orgullo de Nabucodonosor se alimentó de sus propios logros. “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?” Pero su espíritu soberbio se enfrentó con una caída gigante. “Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti, y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y a como los bueyes te apacentarán...” Cuando recobró la cordura, el centro de su adoración pasó de él a Dios. “Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo...” (Dn. 4:37). El orgullo es una especie de falta de cordura moral y espiritual.

El corazón de Uzías fue invadido por la soberbia, debido a su supuesto poder y éxito militar. “Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso... la lepra le brotó en la frente...” (2 Cr. 26:16, 19). El orgullo lo llevó a invadir las prerrogativas divinas y cuando murió, dijeron: “Es un leproso”. Herodes recibió con entusiasmo las alabanzas que el

pueblo de Tiro concedió a su discurso ceremonial: “¡Voz de Dios, y no de hombre! Al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios” (Hch.12:22, 23). La soberbia de Pedro lo hizo sentirse tan superior en cuanto a la valentía moral respecto a la de sus compañeros discípulos, que alardeó: “Aunque todos se escandalicen, yo no”. No transcurrió mucho tiempo antes de que su orgullo jactancioso sufriera un gran golpe cuando él “comenzó a maldecir, y a jurar”.

LAS PRUEBAS DEL ORGULLO

La sutileza del orgullo se ve en el hecho de que sus víctimas generalmente son bastante olvidadizas en cuanto a su esclavitud, aunque en todas partes se puede oír el ruido de las cadenas. En una ocasión, un hombre le dijo a su amigo:

—Bueno, puedo agradecerle a Dios que cualesquiera que sean mis otros defectos, no soy orgulloso.

—Puedo entender muy bien eso —dijo el otro—, porque, por cierto, no tienes mucho de qué enorgullecerte.

—De hecho, ¿no tengo? —fue la respuesta indignada—. ¡Tengo tanto de qué enorgullecerme como lo tienes tú!

Si somos sinceros con nosotros mismos, no resultará difícil descubrir el alcance que tiene el orgullo en nuestras vidas. Hay pruebas infalibles por las cuales podemos descubrir su detestable presencia.

La prueba de la precedencia. ¿Cómo reaccionamos cuando se elige a otra persona para el cargo que ambicionábamos?, ¿cuando se asciende a otra persona, cuando se nos ignora?, ¿cuando otro es honrado y nosotros pasados por alto?, ¿cuando otro nos eclipsa? ¿Se estimula la envidia y la inquina, o realmente podemos regocijarnos por el progreso de la otra persona o por su mejor capacidad? ¿Nos encanta, como a Diótrefes, ocupar el mejor lugar? Es cierto que el instrumento más difícil de dominar en la orquesta es el segundo violín. Fue esta prueba la que le llegó a Juan el Bautista cuando las multitudes lo abandonaron para seguir a Jesús, pero él la pasó triunfante. “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”. “...mi gozo está cumplido”.

La prueba de la sinceridad. Diremos todo tipo de cosas malas sobre nosotros, pero ¿cómo nos sentimos cuando los demás coinciden con lo que hemos dicho? Muchas de nuestras frases de depreciación personal no son sinceras y nos damos cuenta de ellas cuando los demás afirman lo mismo de nosotros. Más de un hombre renuncia a un cargo solo porque sería presionado un poco más.

La prueba de la crítica. ¿Cuál es nuestra reacción ante la crítica? ¿En

seguida nos justificamos? ¿Nos genera hostilidad y resentimiento? ¿De inmediato comenzamos a criticar a nuestro crítico? Tales respuestas a la crítica son la prueba más cabal de que estamos asidos por el orgullo. No podemos soportar que la gente hable de nosotros, salvo si lo hacen con aprobación. La humildad tomará la crítica independientemente de dónde provenga y le sacará provecho porque sabe que donde hay humo, hay fuego, y generalmente existe, en la crítica más severa, algún elemento de verdad del cual puede sacarse provecho.

La prueba de la inferioridad. La gente que tiene un complejo de inferioridad no está necesariamente libre de orgullo. De hecho, ese mismo complejo puede ser la demostración más clara de un orgullo herido de un tipo diferente, pero de todos modos, de un orgullo. Se hiere nuestro orgullo porque pensamos que las personas nos consideran inferiores, mientras que en lo profundo de nuestros corazones, sin importar cuánto protestemos en contra, no nos sentimos tan inferiores como ellos parecerían pensar que somos.

LA CURA DEL ORGULLO

Se debe tratar al orgullo radicalmente. William Law escribió: “El orgullo debe morir en usted o nada del cielo puede vivir en usted... No considere el orgullo solo como un temperamento impropio, ni la humildad como solo una virtud decente... Uno es puro infierno y la otra, todo cielo”.

Los pasos que existen para la cura son:

La percepción: La humildad, antítesis del orgullo, ha sido definida por Bernard como la virtud por la cual el hombre toma conciencia de su poco valor propio. Nunca conquistaremos un pecado del cual no somos conscientes ni por el cual nos lamentamos. Debemos aborrecer lo que Dios aborrece. El conocimiento propio no es algo fácil de lograr, puesto que todos tenemos predisposición para estar a nuestro favor. Vemos la paja en el ojo ajeno con gran claridad pero, con una extraña incoherencia, no vemos la viga en el nuestro. Debemos pedirle genuinamente a Dios que nos exponga a nosotros mismos. Cuando nos veamos como realmente somos, nos hundiremos en una humillación propia. ¿No es cierto que no estaríamos muy cómodos si los demás conocieran todos nuestros pensamientos secretos, vieran todas las imágenes que cuelgan de las paredes de nuestra imaginación, percibieran todos nuestros motivos ocultos, observaran todos nuestros hechos encubiertos, oyeran todas nuestras palabras susurradas?

¿Nos humillamos porque Dios nos conoce como las personas que verdaderamente somos? Si nos damos cuenta de nuestros hechos tal como son, se demolerán todos los motivos para el orgullo. ¿Sé mucho? Lo que sé es infinitésimo comparado con lo que resta por saber. ¿Soy inteligente? Mi inteligencia es un don por el que no puedo darme crédito. ¿Soy rico? Fue Dios el que me dio el poder de generar riqueza.

La medida disciplinaria. Como prevención contra el orgullo detestable en sus hijos, Dios amorosamente los disciplina. Pablo tuvo esta experiencia: “Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne..., para que no me enaltezca sobremanera...” (2 Co. 12:7). ¿Reconocemos en alguna limitación de mutilación, en alguna enfermedad dolorosa, en alguna ambición frustrada, que el bondadoso ministerio de Dios nos libera de algo peor: Del enaltecimiento del orgullo?

La mortificación. Un granjero prudente quita las malas hierbas cuando son jóvenes para que no dispersen sus semillas y se multipliquen. Así que observemos el pensamiento orgulloso, confesémoslo y dejémoslo a un lado. Atesore el pensamiento orgulloso y descubrirá que ha acunado una víbora en su pecho. El orgullo es de la carne y el Espíritu nos ayudará a darle muerte. “...si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Ro. 8:13).

La comparación. Nos comparamos unos con otros y salimos bastante bien parados de la comparación. Pero comparémonos con el perfecto Cristo y si somos sinceros, nos sentiremos abrumados con la charrería y la mezquindad, o incluso la vileza de nuestros caracteres. Mientras los discípulos, en su orgullo, reñían para asegurarse el primer lugar, el Señor de la gloria se vistió con la bata del esclavo y lavó sus pies sucios. Es asombroso que Satanás haya tentado a Cristo con el mismo pecado que le había ocasionado su propia caída, en la que él sucumbió. Pero Cristo triunfó.

La contemplación. El secreto final es la contemplación de Cristo. Nuestros mejores esfuerzos de descubrimiento y disciplina propios, serán poco adecuados para extirpar este cáncer. Se requiere un cambio radical y sobrenatural de corazón, y esto es lo que se nos promete: “...mirando... la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen...” (2 Co. 3:18). El orgullo se consume y se marchita a la luz de su humildad. Y nuevamente es “...por el Espíritu

del Señor” que se produce la transformación. El Espíritu Santo siempre cooperará hasta el límite con quien llegue a detestar su orgullo y ambicione la humildad de Cristo.

7

LAS SATISFACTORIAS COMPENSACIONES DE DIOS

“...He aquí, yo veo cuatro varones... y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses”.

Daniel 3:25

Lectura: Daniel 3:1-30

En la época de nuestra niñez, esta historia parecía ser muy remota y, si bien puede que no hayamos dudado de su veracidad, parecía tener muy poca relevancia en los años en los que vivíamos. Pero solo recientemente, un misionero de la *China Inland Mission* que acababa de regresar de una visita a Birmania contó una historia comparable a la de Tito, un ex alumno suyo en China. Cuando no quiso negar su fe, los oficiales comunistas en el sudoeste de ese país lo colocaron sobre un fuego, luego lo instaron a retractarse, mas sin éxito alguno. El horroroso proceso se repitió hasta que un carruaje con cinco ocupantes lo llevó hasta la presencia de su Señor, arrastrado en el cuerpo pero impávido en la fe. Así que esta historia es absolutamente actual, muy relevante para los que incluso hoy día pueden ocupar el lugar de Tito.

Imagine las circunstancias exactas que enfrentaron estos tres jóvenes. Impresionados por su calibre, Nabucodonosor les había demostrado sus favores, para el gran descontento de los cortesanos babilonios. Sus celos fueron insoportables. ¿Nos gusta ver que se les da a los extranjeros cargos en nuestro país? ¿No tenemos nuestros propios celos nacionales? Los cortesanos resolvieron que de alguna manera iban a quitar de delante de ellos a estos tres intrusos. El edicto de que todos debían adorar la imagen dorada de Nabucodonosor,

erigida para celebrar sus victorias y aumentar su gloria, proporcionaba una buena oportunidad.

Los tres jóvenes no tenían ninguna duda de qué debían hacer. ¿Acaso Jehová no había ordenado: “No te harás imagen...” y “No tendrás dioses ajenos delante de mí”? Cuando se negaron a inclinarse ante la imagen creada, entonces “Nabucodonosor se llenó de ira...” (v. 19). Si no se inclinaban a su voluntad, los quemaría en su horno. “...ordenó que el horno se calentase siete veces más de lo acostumbrado”. Ese es el trasfondo de la historia.

LOS RECURSOS DE LA FE

La magnificencia de su fe se ve en la firme renuncia de estos jóvenes a ser desleales a su Dios, con un horno calentado siete veces más como la única alternativa. La suya fue, de hecho, una fe valiente. Fue expresado en estas sublimes palabras: “No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Dn. 3:17-18).

Advierta los recursos de fe en su confesión.

La fe en la capacidad de Dios para liberarlos fue su primer recurso: “...nuestro Dios... puede librarnos...” Todos conocemos que Dios tiene la capacidad de hacerlo todo en términos generales, pero se requiere del ejercicio de la fe para creer que Él puede hacer algo en particular que es motivo de nuestra preocupación, ¡especialmente si ya sentimos el calor del horno feroz! ¿Podría algo haber sido más imposible que la liberación? ¿Es mi Dios capaz de liberarme en mi horno de prueba particular? ¿Estoy dispuesto a avanzar en la fe y a confiar en Él?

La confianza en la voluntad de Dios de liberarlos: “...y de tu mano... nos librará”. Este es el segundo recurso de la fe. Muchos que le conceden a Dios la capacidad de hacerlo todo, no confían tanto en su voluntad para intervenir en su caso. Conocer a Dios es estar seguro de su absoluta voluntad de intervenir de la manera en que Él considera que es para nuestros mayores intereses. El Señor liberó a los tres hombres, pero de una forma en que nunca se imaginaron. De hecho, parecía que de ninguna manera iban a ser liberados.

Tres veces es él bendito a quien le es dada
La sabiduría que puede decir
Que Dios está en el campo cuando Él
Es sumamente invisible.

Cuando el leproso le pidió a Jesús que lo sanara, dijo: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”, confiado en su capacidad, pero indeciso de su voluntad. Jesús de inmediato corrigió el concepto errado con las palabras: “*Quiero, sé limpio*”.

Pero la fe de estos tres jóvenes no fue un final para este segundo recurso. Venerando las palabras “pero si no”, tenían un tercer recurso que los hacía invencibles y a prueba de fuego.

Aceptación de la soberanía de Dios. “Y si no, sepas, oh rey...ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado”. Si contamos con este tercer recurso de la fe, sí podemos dominar esta lección, y nos encaminamos hacia la madurez espiritual. Incluso si Dios no los hubiera liberado, su fe no hubiera tambaleado. Los jóvenes sabían que sería así porque Él tenía algo mejor para ellos. Estos reconocieron que podría no ser el propósito de Dios ejercer su capacidad de esta manera, y estaban contentos de dejar el tema en sus manos. Comprendían el principio que Jesús dijo en la parábola: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?”

Su actitud era: “Incluso si Dios no hace lo que esperamos, nuestra fe no tambaleará, nuestra confianza en Él y en su amor permanecerá firme. Conocemos tan bien a nuestro Dios que estamos preparados para aceptar su voluntad soberana aunque no podamos comprenderla”. En el hecho en sí, había una causa aparente para que vacilara su fe, porque la lealtad valiente de estos jóvenes era recompensada con ser arrojados al horno. El observador podría estar justificado al pensar que Dios no estaba preocupado, pero su fe se elevó incluso en esta prueba. Para ellos, la lealtad a su Dios era más importante que la vida misma. Confiaron en Él cuando no pudieron rastrear sus propósitos y Dios los recompensó en la balanza de su magnífica confianza. Él tenía planes secretos de gracia y bendición en los que ellos no habían soñado.

LAS IMPLICACIONES DE LA FE

Thomas Carlyle dijo una vez: “La pregunta final que cada uno de nosotros está obligado a contestar es: ‘¿Serás un héroe o un cobarde?’” Esta pregunta constantemente nos enfrenta de una forma o de otra.

La fe es siempre confrontada con una opción. Podemos elegir el camino elevado o el camino bajo. La elección para estos jóvenes no era fácil, ni tampoco lo será para nosotros. Con frecuencia, es una experiencia agonizante. ¡Piense en elegir entre adorar la imagen del rey o ser incinerado en el infierno del rey! Nabucodonosor no exigía que negaran su fe, solo que se inclinaran ante su imagen. En la época

de la primera iglesia, el mero ofrecimiento de una pizca de incienso al Emperador hubiera salvado a muchos mártires de ser arrojados a los leones. La fe siempre elige lo más elevado y lo mejor, aunque sea lo más costoso.

La fe siempre implica un riesgo. Si no hay riesgo involucrado, no es necesaria la fe. Si podemos ver el camino que está delante, estamos caminando por la vista. ¿Qué hizo que Abraham fuera el padre de los fieles? La clave de toda su vida de fe se ve en sus comienzos. “Salió sin saber a dónde iba”. Estaba dispuesto a arriesgarlo todo por Dios. Nosotros ejercemos la fe únicamente cuando el camino que está delante no es claro, cuando estamos ubicados de una forma en la que no tenemos alternativa si Dios nos desilusiona. No todos gozan en correr esos riesgos. Muchos que son valientes como leones al correr riesgos físicos son extrañamente miedosos cuando se trata de dar un paso en la fe. Nos gusta lo seguro, tener nuestros planes armados, tener una alternativa preparada. Siempre hay un riesgo en el sendero de la fe.

La fe siempre encuentra oposición. El sendero de la fe no está lleno de atractivos, está marcado por la sangre. Abraham pasó de una prueba a la otra, cada una más difícil que la anterior. Siempre hubo una oposición que se debía vencer, una dificultad que debía ser omitida. En lugar de afligirnos por las dificultades que encontramos, debemos regocijarnos por la nueva oportunidad que tenemos de ejercitar la fe. Si estamos avanzando en el camino de la fe, podemos esperar encontrarnos con más oposición, interna y externa, que la de nuestros congéneres. ¿De qué otro modo puede ejercitarse la fe? No habría incentivo para ascender.

LA LIBERACIÓN DE LA FE

Hay dos lecciones importantes que debemos dominar:

La liberación de la prueba no es necesariamente nuestro mayor bien. Dios no liberó a los tres hombres del feroz horno, sino que los liberó en él. Debemos dejar de lado la idea de que la liberación de las pruebas es la forma más elevada de bendición espiritual. Esa es una actitud totalmente ajena al espíritu del Nuevo Testamento. ¿Fue la actitud del Señor a quien seguimos? Pablo se glorió al soportar la tribulación, no al evadirla. Dios fácilmente hubiera podido prevenir que los tres jóvenes no fueran arrojados al horno. Él tenía algo mucho mejor para ellos. Ha habido demasiado énfasis en la enseñanza del Segundo Advenimiento sobre el escapar de la tribulación que tomará

a este viejo mundo. Sin participar en ninguna controversia milenaria, debemos estar atentos hacia un énfasis que es malsano. Nuestro Señor expresó categóricamente: “En el mundo tendréis aflicción...”, y es la iglesia complaciente la que sabe de pocas aflicciones que tienen poco efecto espiritual. Dios no nos promete en ningún lado inmunidad para las pruebas. Aprendemos más en unos pocos días en el feroz horno que lo que aprenderíamos en años fuera de él. Salimos de las pruebas con un Dios más grande.

La incidencia de las pruebas no tiene igual. Dios no nos trata a todos del mismo modo. Este hecho evidente hace que algunos se ofendan con Él. Estos tres jóvenes no estaban preocupados por el tratamiento que Jehová les daba a los demás; ellos tenían su trato directamente con Él. Entramos rápidamente en problemas espirituales cuando miramos los tratamientos de Dios hacia los que nos rodean. Nuestro Señor le enseñó a Pedro una lección saludable sobre este tema. Este estaba preocupado de que Juan recibiera un tratamiento preferencial. Jesús respondió con seriedad: “¿Qué a ti? Sígueme tú”. Santiago pasó de la prisión al verdugo. Pedro fue de la prisión a una reunión de oración. Pedro ganó 3.000 almas. Esteban recibió 3.000 piedras. Debemos aceptar el hecho de que “las maneras del Señor no son iguales”. Él no trata con nosotros con el principio de la producción masiva. Él libera a algunos de las pruebas. Él libera a otros en las pruebas.

¿Tenemos un “Pero si no” en nuestro vocabulario espiritual? ¿Tenemos este tercer recurso de fe? ¿Es nuestra fe a prueba de fuego? Si surgieran guerras y nuestro hijo, nuestra hija, nuestro esposo, nuestro novio fueran quitados de nuestro lado, ¿contamos con un “Pero si no” para que nos lleve a través de ese feroz horno?, ¿si la enfermedad se apodera de nosotros?, ¿cuando la vejez nos debilite?, ¿cuando no se nos otorga el deseo de un compañero para toda la vida?, ¿cuando se frustran los planes atesorados?, ¿si la obra cristiana no recibe el éxito que esperábamos?, ¿cuando no somos designados a la estación de la misión que esperábamos o a vivir con el compañero de trabajo que pudiéramos elegir? Emulemos la fe valiente de los tres nobles que mantuvieron su confianza en Dios a la luz de una fe aparentemente no recompensada. “Pero si no, aún seguiremos confiando en Dios”, dijeron los tres hombres. No cayeron en la lástima propia o en la falta de creencia.

Puede que no siempre comprendamos los tratos de Dios con nosotros, y Él no se explica en ningún lugar. Su promesa es: “Lo que yo hago, tú

no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después”. Mientras tanto, aprendemos muchas lecciones en el horno de las pruebas.

Si todos mis días fueran días de verano, ¿cómo podría saber

Qué quiere decir mi Señor con: “más blanco que la nieve”?

Si todos mis días fueran soleados, ¿podría decir

Que en su justa tierra Él enjuga todas las lágrimas?

Si nunca estuviera cansado, ¿podría mantener Cerca de mi corazón que “a su amado dará el sueño”?

Si no hubiera sepulcros míos, ¿no podría llegar a interpretar

Que la vida eterna no es más que un sueño sin base?

Mi invierno, mis lágrimas y mi cansancio, —Incluso mis sepulcros— pueden ser su forma de bendecir.

Yo las llamo enfermedades, sin embargo eso puede ser, por cierto,

Nada más que amor que me demuestra el Señor.

LA COMPENSACIÓN DE LA FE

Su fe no fue invalorada, ni no recompensada.

El compañerismo con el Hijo de Dios fue su primer privilegio gozoso. “He aquí, yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses” (v. 25). En el horno de la aflicción, el Señor se acerca más que en cualquier otro momento. No fue hasta que estuvieron “en medio del fuego” que el Señor se les unió. Actuaron en fe y Dios respondió luego de que habían arriesgado todo por Él.

El control de las llamas fue otra compensación. Dios vio que las llamas ardían con una discriminación extraña. “Y se juntaron... los consejeros del rey, para mirar a estos varones, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían” (v. 27). Las llamas ardieron solo sus ataduras, permitiéndoles caminar en comunión con el Hijo de Dios en libertad destrabada. ¿Acaso no podemos ver en esto las gratias

compensaciones de los fuegos de las pruebas?

La reivindicación de su propia fe, y la de su Dios, fue una de las recompensas de su confianza firme. ¿Por qué los detalles acerca de sus cuerpos, y de sus cabellos y de sus vestiduras? ¿Y por qué no había olor a fuego? Un autor anónimo dice:

“Alto en rango y en honor era el dios babilonio Izbar, el dios del fuego. Ante los ojos del rey, del príncipe, del gobernador, de los capitanes y de los consejeros este dios debe ser derrotado. El rey había desafiado la derrota por su propia acción. Y ahora la derrota es abrumadora. En su propio territorio, Jehová ha encontrado a estos ardientes creyentes en el dios del fuego, y ellos descubren que Él está presente, no solo como un dios tribal en Palestina, sino también como el Dios del cielo y de la tierra en Babilonia, tan capaz y dispuesto a liberar solo a tres de sus hijos como a ayudar a treinta mil si fuera necesario. Supongamos por un momento que los tres hombres salieron con las marcas del fuego parcialmente sobre ellos, o incluso con el olor del mismo, que aquí y allí el fuego había chamuscado sus cuerpos o sus ropajes, y ¿cuál hubiera sido la actitud de los adoradores del fuego? Algo como esto: ‘Ah, bien, es cierto que Izbar no ha podido destruirlos, pero al menos ha dejado su marca en ellos, pues ya no usarán esas ropas. Sus amigos casi no los reconocerán como los hombres que una vez fueron. El olor del horno no los abandonará pronto. No han salido ilesos. Nuestro Izbar sigue siendo un dios a tomar en cuenta. No estarán tan preparados para desobedecer otra vez el mandato del rey. No saldrán del horno, por segunda vez tan fácilmente como lo han hecho esta vez’.

”Y entonces todo el efecto moral de la protesta de estos tres hebreos se hubiera desechado. La destreza del mundo para evadir los asuntos directos de este tipo es maravillosa; pero en este caso, la evasión era imposible. No les quedaba ninguna escapatoria. Con temor reverente tuvieron que admitir que Jehová había vencido, que el milagro fue perfecto e incuestionable, y que «ni siquiera olor de fuego tenían» los tres valientes seguidores del Altísimo”.

Hay muchas otras ilustraciones similares de una fe firme que tuvo su “Pero si no” ante alternativas devastadoras. Cada una demuestra una fe que no es solo obediente a los mandatos divinos, sino que son triunfos sobre las contradicciones divinas.

Job lo perdió todo: Su casa, su rebaño, su familia, la salud, incluso

la compasión de su esposa, pero en medio del holocausto su fe triunfó gloriosamente. “Él me sacará a la luz; veré su justicia”. *Pero si no*, “...aunque él me matare, en él esperaré...” Job tenía el tercer recurso de fe.

Imagine el efecto conmovedor de la pregunta de Isaac a Abraham: “¿Dónde está el cordero para el holocausto?” Abraham tenía preparada su respuesta: “Dios se proveerá de cordero...” *Pero si no*, seguiré confiando, teniendo en cuenta que Dios es “...poderoso para levantar aun de entre los muertos...” (He. 11:19). No se había soñado con tal cosa como una resurrección, pero la fe de Abraham se elevó para la ocasión y la recibió de los muertos en una figura.

Juan el Bautista estaba languideciendo en prisión. Estaba desilusionado por no haber recibido ningún mensaje de Jesús, de que Él no hubiera hecho nada por liberarlo o incluso visitarlo. Él envió a sus discípulos con la pregunta: “¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? *Pero si no*, mi fe no tropezará. Seguiré buscando a otro”.

El Señor Jesús estaba agonizando en oración en Getsemaní con tal angustia, que el sudor sangriento estaba obligado a hacerse camino por sus poros. “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; *pero no sea* como yo quiero, sino como tú”.

¿Podemos preguntarnos si Nabucodonosor era impotente contra una fe como esta? El fuego no tuvo ningún poder sobre los cuerpos del valiente trío, y él no tuvo poder sobre sus espíritus. El mundo es impotente de tentar o acobardar a los hombres con una fe como esta. El diablo es impotente para hacer más que quemar sus ataduras y enviarlos como hombres libres de Dios.

En el mundo actual, las llamas de prueba pueden también lamernos alrededor. Siempre hay una imagen en algún lugar exigiendo nuestra adoración. La forma del horno puede cambiar con los años, pero el hecho mismo no cambia. El mundo puede amenazarnos con arrojarnos al horno del ostracismo social. Si no nos inclinamos ante el dios de la costumbre popular, seremos alimento de las llamas del ridículo y la popularidad. No es inconcebible que los fuegos reales de la persecución aun puedan rodearnos. Nosotros debemos estar seguros de que poseemos la fe a prueba del fuego de esos tres jóvenes si es que vamos a disfrutar las abundantes compensaciones de Dios.

SEGUNDA PARTE

LA SUPREMA VISIÓN DE CRISTO

LA SUPREMA VISIÓN DE CRISTO

“Vi... a uno semejante al Hijo del Hombre”.
Apocalipsis 1:12, 13

Lectura: Apocalipsis 1:9-20

El mensaje simbólico del libro del Apocalipsis de Jesucristo nunca ha sido más atesorado por una iglesia que pasó por los fuegos de las pruebas y la persecución. Por este motivo, tiene una importancia especial para grandes segmentos del mundo actual. A lo largo de la historia, la revelación propia de Dios siempre ha sido adecuada a las necesidades contemporáneas de su pueblo, y ninguna porción de Las Escrituras es más verdadera que esta del Apocalipsis. Al exiliado Juan se le confió la privilegiada tarea de revelar a Cristo en un carácter exactamente adecuado a las necesidades de una iglesia acosada y perseguida.

Tal mensaje exige un mensajero compasivo y, como él podría estar preparado para esto, Dios permitió que Juan fuera exiliado a Patmos donde, de acuerdo con Victorino, junto con un grupo de criminales, tuvo que trabajar en las minas de esa isla rocosa. Fue por su lealtad a la Palabra de Dios y su testimonio a Jesucristo que permaneció en el exilio. De hecho, la temprana tradición cristiana sostenía que él estaba sentenciado por no rendirse a las exigencias de adorar al Emperador. Como tenía la ventaja de estar identificado con sus compañeros de creencia africanos en su tribulación, estaba calificado para llevarles el mensaje divino. Él estaba donde ellos estaban.

De este Día del Señor (hacia el siglo II esta frase se había convertido en el título técnico para “domingo”) en particular, Juan escribió que él “...estaba en el Espíritu...”, ese estado de éxtasis y conciencia elevada en la que el profeta ve visiones y oye palabras más

allá de su capacidad normal de comprensión. Fue como si hubiera sido transportado del mundo del tiempo y el espacio a la eternidad. Pablo tuvo una experiencia similar. Él fue transportado al “tercer cielo” y oyó “palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2 Co. 12:4). Entonces, Juan estaba totalmente poseído y controlado por el Espíritu, tanto que el mundo exterior se alejó y el mundo invisible se tornó tangible y real.

Mientras estaba en este estado de éxtasis, Juan oyó tras de sí “...una gran voz como de trompeta...” con su claridad insistente, dominante. Era el sonido de una trompeta que convocaba a las antiguas personas de Dios a sus fiestas religiosas. Fue una voz como de trompeta la que acompañó la revelación de Dios en el Sinaí (Éx. 19:6, 20:18). No es de sorprender que para uno cuya mente estaba empapada y saturada con los escritos del Antiguo Testamento, las visiones del Apocalipsis se comunicaran a través del simbolismo y las imágenes del Antiguo Testamento.

SU PERSONA SINGULAR

Cuando Juan se volvió para ver quién hablaba, no vio a otro que al Cristo viviente —“a uno semejante al Hijo del Hombre”— a quien había visto por última vez sesenta años antes. Ya no es el “despreciado y desechado entre los hombres, experimentado en quebranto”, sino que ahora es el Cristo trascendente y triunfante, vestido con inconcebible majestuosidad y gloria, de pie en medio de los siete candelabros de oro que simbolizaban a las siete iglesias de Asia. Era el mismo Jesús en cuyo pecho Juan había apoyado su cabeza con frecuencia, y sin embargo cuán increíblemente diferente de los días de su humillación. El mismo, sin embargo no el mismo: Poseedor de los mismos atributos humanos, pero investido con un poder y una majestad que inspiraban respeto temeroso.

La visión fue espiritual y la descripción, simbólica, no obstante le presenta a la mente una imagen de Cristo más vívida e impresionante que cualquier pintura. No es tarea nuestra que a partir de la imaginaria usada aquí conjuremos una imagen literal grotesca de lo que vio Juan, sino en cambio, interpretar los símbolos en los cuales la visión inspirada le fue dada a la luz de su uso en cualquier otra parte de Las Escrituras. A través de la importancia del simbolismo, podemos descubrir el significado de la visión. Los artistas de todas las épocas han tratado de reproducir en sus telas el rostro y la forma de Cristo, pero es un

hecho notable que los Evangelios no contengan ni un renglón respecto a su apariencia física, por muy llamativa que esta deba haber sido. La única imagen que tenemos de Él está en las palabras inspiradas que nos presentan sus características morales y espirituales.

Lo primero que le impactó a Juan en la visión era *la vestidura* de Cristo. Estaba “...vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro” (v. 13), una túnica larga con un cinturón de oro abrochado en el pecho. Era una vestidura adecuada para un movimiento dignificado y majestuoso: El descanso de la soberanía. Contrastaba con las túnicas de trabajo diario que se ataban en la espalda, apropiadas para un servicio rápido.

Su función estaba sugerida por sus ropas. Era la túnica característica de los profetas, los sacerdotes y los reyes, y por ende era eminentemente apropiada para quien en sus tres cargos encontró su clímax y satisfacción. Era la túnica del profeta, el que llevaba el mensaje inspirado de Dios (Dn. 10:5). Era la ropa usada por el sumo sacerdote cuando participaba en su deber de disminuir y supervisar el brillo de las luces en el santuario. Era la túnica de la realeza (1 S. 18:24). Así, el que vio Juan es competente para impartir el mensaje divino al hombre, para introducirlo en lo más sagrado de todo, y para reinar sobre él en justicia. No habían dudas en la mente de Juan de la deidad de su augustísimo personaje, puesto que le atribuyó títulos que se usan en el Antiguo Testamento exclusivamente para referirse a Dios.

Sigue un retrato completo del exaltado Señor, una representación de siete veces que en colores vívidos, y mediante una metáfora gráfica, muestra un alivio valiente de sus atributos morales y espirituales y de sus poderes judiciales.

“*Su cabeza y sus cabellos* eran blancos como blanca lana, como nieve” (v. 14). El simbolismo proviene de Daniel: “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como la nieve...” (Dn. 7:9). Esta es una combinación evidente de antigüedad y pureza, de preexistencia y falta de pecado. Suya es la gran edad y la sabiduría de la eternidad. “Suya es la edad que no es de mucha edad, y la pureza y la santidad que son eternas”. La vestimenta del Anciano de los días brillaba como la nieve a la luz del sol. Cuando Juan vio al Hijo del Hombre en el monte Tabor, vio “...su vestido blanco y resplandeciente” (Lc. 9:29), “...sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos” (Mr. 9:3). Aquí la *santidad es perfecta y madura*.

“*Sus ojos como llama de fuego*” (v. 14), símbolo de esa visión penetrante y de ese conocimiento infinito que es peculiar de la omnisciencia. En la visión de Daniel, “sus ojos como antorcha de fuego” (10:6). Este símbolo vívido indica su poder para escudriñar y buscar cada vida, para penetrar en las cámaras interiores de toda imaginación, para que Él aclare “también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones”. Aparece de nuevo en Apocalipsis 19:11, 12: “Entonces vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas”. Aquí el énfasis está puesto sobre su consumidora indignación como ejecutor del juicio justo de Dios en contra del pecado, “en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts. 1:8). Pero el juicio de Dios, a diferencia del nuestro, se basa en el conocimiento perfecto. “Conozco tus obras” es su reiterada promesa para cada una de las siete iglesias, su promesa de que se dará cada crédito. Nada, ya sea favorable o adverso, puede ocultarse de sus ojos, del que posee *un conocimiento perfecto*.

“*Y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno*” (v. 15). Este simbolismo no es fácil de interpretar. La figura vuelve a aparecer en Apocalipsis 2:18 y es seguida por la actividad de Cristo en el juicio (vv. 23, 27). Cristo camina entre las iglesias y se acerca a la consumación del propósito eterno de Dios. En la época de Juan, el bronce era una combinación de oro, cobre y plata, el metal más sólido conocido. Aquí es bronce que ha alcanzado un color blanco en un horno. Una característica del bronce es que no se fundía con el calor. Cristo, como hombre, pudo soportar el horno de la santidad de Dios. Si bien anduvo en un mundo corrupto por el pecado, Él no contrajo ninguna mancha ni corrupción. Pero la figura también podría sugerir su procedimiento inflexible e invencible en el juicio cuando, sin impedimentos ni obstáculos por la oposición del hombre o del diablo, con pies resplandecientes y brillantes Él pisotea a todos los enemigos de la justicia, “Y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira de Dios Todopoderoso” (Ap. 19:15). Es una imagen que inspira respeto del juicio irresistible y terrible de Dios sobre los hombres rebeldes, y es el Hijo del Hombre cuyos pies han caminado sin mancha a través de la corrupción del mundo, por medio de quien se efectúa. El ejecutará un *juicio perfecto*.

“*Su voz como estruendo de muchas aguas*” (v. 15; Ez. 43:2). “El sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud”. ¿Qué es más impactante que el rugido del Niágara a todo torrente o de una vasta multitud a toda garganta? Así es la voz de Cristo, sin escapatoria, con autoridad, comandando a todos los hombres y las naciones. La misma voz que alguna vez pronunció la dulce invitación “Venid a mí” ahora resuena como el rugir de una poderosa catarata. Mientras esa voz fuerte, reverberante caía sobre los oídos de Juan, era como las olas poderosas que golpeaban las orillas rocosas de Patmos, símbolo de lo terrible de la voz con la que Él reprenderá y sentenciará a sus enemigos dentro de la iglesia y fuera de ella. Hay una única finalidad en la voz de Cristo, puesto que ninguna palabra que pronunciara jamás necesitó ser recordada. H. B. Swete observa que la voz de Dios no está confinada a una sola nota. Puede ser terrible como el oleaje del mar, o puede ser la voz de la suave tranquilidad, majestuosa en el reproche o tierna en el consuelo. Esta es la voz de la *autoridad perfecta*.

“*Tenía en su diestra siete estrellas*” (v. 16). La interpretación de este símbolo se encuentra en Hebreos 4:12: “Las siete estrellas son los ángeles [mensajeros o pastores] de las siete iglesias” (v. 20). Cristo está representado como sosteniendo en su poderosa mano derecha el destino de las iglesias. Toda autoridad poseída por estos mensajeros a las iglesias se deriva de Él. Cristo las mantiene y las sostiene y son responsabilidad suya. Él es el poseedor y el sostenedor de las iglesias, su guardián y protector, y los pastores a los que Él las encomienda están seguros en su poderoso dominio. En el versículo siguiente, que registra cómo Juan cae a los pies del Cristo majestuoso, esta misma mano derecha se ubica sobre su cabeza como signo de seguridad. ¡Cuán seguros están los mensajeros de la iglesia bajo su *control perfecto*!

“*De su boca salía una espada aguda de dos filos*” (v. 16). La interpretación de este símbolo se encuentra en Hebreos 4:12: “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”, horadante, divisoria, discernidora verdad. La calidad penetrante de la Palabra de Cristo, la exactitud de su juicio y el diagnóstico de los hechos de los hombres es lo que está en vista, porque las palabras que proceden de su boca deben ser la base de todo juicio futuro. “La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (Jn. 12:48). El poder de la Palabra de Cristo para reprobar y castigar es más prominente aquí que su poder de convertir, puesto que la espada

es el emblema de su autoridad y poder judiciales. Quitó las vidas, dejó expuesto al pecado, extirpó lo que no debería estar allí y destruye todo lo que no es para la gloria de Dios en la iglesia. En su juicio, Cristo manifiesta *discriminación perfecta*.

“*En su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza*” (v. 16). El rostro es la suma total de todos los rasgos. Toda su apariencia era como el sol al mediodía, brillando con una fuerza sin nubes, demasiado intenso como para el ojo humano desnudo. ¿Estaba Juan recordando la visión en el monte de la transfiguración cuando “resplandeció su rostro como el sol”? El rostro que Juan vio ahora en la visión no era una “hermosura más que la de los hijos de los hombres”, sino uno que resplandecía con un brillo insoportable, dejando una impresión de sorprendente esplendor y majestad generadora de temor respetuoso. Los pastores son estrellas. Las iglesias son lámparas. Cristo es el sol majestuoso. Así como el sol es el supremo dador de luz para el mundo, así Cristo es el dador supremo de luz para el mundo espiritual. “La ciudad no tiene necesidad ni de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Ap. 21:23). Su rostro refleja su *gloria moral perfecta*.

SUS PRERROGATIVAS ÚNICAS

El efecto de la visión de Juan fue abrumador. “Cuando le vi, caí como muerto a sus pies” (v. 17). La visión de Dios siempre produce humillación y postración. Juan cayó en adoración temerosa y en indignidad conciente ante la majestad de Él, que es la refulgencia de la gloria del Padre, la impresión exacta de su persona (He. 1:3).

¿Podría este Personaje majestuoso, estupendo, ser el mismo que el Hombre manso y humilde en cuyo pecho él había recostado la cabeza? Sí, el corazón que palpita debajo del cinturón de oro es el mismo. Las manos que controlan las siete estrellas son las mismas manos horadadas por los clavos. Los ojos que arrojan fuego, una vez lloraron lágrimas de compasión sobre la Jerusalén predestinada al fracaso. La voz tiene las mismas cadencias dulces que hicieron que los soldados dijeran: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” Los pies brillantes son los mismos pies que cargaron su cuerpo sangriento por la ladera del Monte Calvario. La boca, de la cual salió la espada de dos filos, una vez expresó la invitación: “Venid a mí... yo os haré descansar”. El rostro radiante es el mismo que una vez fue “una hermosura más que la de los hijos de los hombres”.

Pero el verdadero propósito de la visión era la de alentar y fortalecer a Juan, no la de aterrorizarlo. “Y él puso su diestra sobre mí, diciendo: No temas, yo soy el primero y el último... he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (vv. 17, 18). “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin” (v. 8). Este toque de compasión y la posterior revelación del Señor fueron suficientes para que Juan se levantara y se sintiera seguro. La mano horadada por el clavo, fue lo suficientemente fuerte como para sostener el universo, suave como para consolar e impartir fortaleza a un adorador postrado y humillado.

SUS AFIRMACIONES ÚNICAS

En esta visión, nuestro Señor hizo cinco afirmaciones únicas respecto a sí mismo que proporcionaron bases adecuadas para disipar los temores de Juan:

“*Yo soy el Alfa y la Omega*” (vv. 8, 11), una afirmación de la eternidad de su deidad. Él es el Dios de toda la historia: Sus inicios, su fin y todo lo que transcurrió entre estos, incluso como entre la primera y la última letra del alfabeto griego reside toda forma posible de discurso. Él es la perfecta, completa y eterna revelación de Dios. “En Cristo, Génesis —el Alfa del Antiguo Testamento—, y Apocalipsis —la Omega del Nuevo Testamento—, se encuentran: El último libro nos presenta al hombre y a Dios reconciliados en el Paraíso, así como el primer libro presentó al hombre en el inicio, inocente y a favor de Dios en el Paraíso” (Jamieson).

“*Principio y fin... el primero y el último*” (vv. 8, 11; comparar con Is. 44:6). Todas las cosas comenzaron con Él y todas las cosas terminarán con Él. Cristo es el origen y la meta de toda la creación. Él es primero, porque antes que Él no había Dios, y el último, porque después de Él no habrá otro. Él es tanto Autor como Terminador de la fe. Él está con nosotros en el nacimiento; y estará con nosotros en la muerte.

“*El que vivo y estuve muerto*” (v. 18), lo cual expresa el contraste vívido entre la vida eterna inherente en Cristo y su entrega voluntaria a los poderes de la muerte. Porque Él saboreó la muerte, puede decirle a la humanidad agobiada por la muerte: “No es necesario temerle a la muerte, yo he andado ese camino, agotado su poder y extraído su agujón”.

“*Vivo por los siglos de los siglos*” (v. 18). La muerte no pudo mantener a su presa. Él vive ahora “según el poder de una vida indestructible”.

Otros, como Lázaro, habían vuelto a la vida solo para volverse a morir. Él resucitó de entre los muertos y ahora vivir en la plenitud de la vida es la base para nuestra confianza, ya que a través de Cristo la muerte es la puerta hacia una vida más plena. Para una iglesia que enfrenta la posibilidad del martirio, esta verdad era urgentemente necesaria para controlar el temor. “La iglesia no podría vivir si Cristo estuviera muerto, pero porque Él vive, la iglesia no puede morir”.

“*Tengo las llaves de la muerte y del Hades*” (v. 18), arrebatadas en su resurrección “al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”. El Hades se concibe en Mateo 16:18 como una prisión o ciudad amurallada. La muerte es el portal del mundo invisible. Las llaves son el símbolo de autoridad. Las llaves del mundo invisible están en la mano de Cristo y con ellas, el destino de todos los hombres. No debemos temer ir a ningún lugar mientras las llaves del mismo estén en su mano horadada por un clavo. Ya no debemos temerle a la tétrica muerte, al rey de los terrores. Nadie puede quitarle las llaves del control que tiene Cristo; porque Él resucitó, nosotros también resucitaremos.

Puesto que este Cristo viviente, majestuoso, poderoso está de pie en medio de sus iglesias y sostiene sus destinos en esas manos, no hay motivo para que ellas o nosotros temamos.

9

EL VALOR TRASCENDENTE DE CRISTO

*“...Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos;
porque tú fuiste inmolado...”*

Apocalipsis 5:9

*“...El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las
riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra,
la gloria y la alabanza”.*

Apocalipsis 5:12

Lectura: Apocalipsis 5:1-14

Durante más de cuarenta años Samuel Chadwick, notorio predicador metodista, iniciaba cada Día del Señor leyendo este capítulo estremecedor. Bien podría pensarse que la lectura continua le quitaría al pasaje todo su poder de inspiración. Pero no es así, y por dos motivos: Primero, debido a la vitalidad inherente de Las Escrituras cuando está iluminada por el Espíritu Santo y aplicada con una imaginación santificada. Segundo, porque en la visión del triunfo final y absoluto de Cristo sobre toda oposición, este predicador encontraba nueva inspiración para la vida y el servicio. Nosotros también podemos encender la adoración de nuestros corazones en el mismo fuego del altar y en la fuerza de esa visión, cumplir con la tarea designada.

LA VISIÓN DEL CORDERO

“Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado...” (v. 6). A Juan, el vidente, se le presenta una escena majestuosa y celestial (4:1). Un libro o rollo, sellado con

siete sellos, descansa en la diestra del que está sentado en el trono. Un ángel poderoso desafía en voz alta al cielo, a la tierra y al infierno que produzcan un campeón calificado para romper el rollo sellado. En el silencio sin aliento, Juan ansiosamente escudriña la miriada reunida para ver si surge este campeón; pero no hay ningún movimiento. No aparece ningún voluntario. Finalmente, vencido por la desazón, rompe en un llanto incontrolable porque no hay nadie lo suficientemente bueno como para mirar el rollo, y mucho menos para abrirlo.

¿Qué es el rollo de siete sellos en el cual se centra esta crisis cósmica? Se han planteado numerosas interpretaciones de su significado, ya que Dios tiene más de un libro.

¿Es el *rollo sagrado de las Santas Escrituras*? El Antiguo Testamento sin duda alguna es un libro muy cerrado a no ser que se lo interprete a la luz del advenimiento y de la cruz de Cristo. Para los judíos sigue siendo cerrado porque ellos se niegan a ver a Cristo en él. ¿Cuán inescrutables son sus misterios sin su cruz y su pasión, pero cuán abierto es su mensaje cuando se le ve en cada página!

¿Es el *rollo sellado del propósito eterno de Dios*, su disposición final de los asuntos del universo? El Cordero solo está calificado para interpretar y revelar la mente y el propósito de Dios y llevarlo a su finalización.

¿Es el *rollo sellado del pacto* entre Dios y el hombre que Cristo cumplió con su muerte, y por derecho del cual Él controla el destino del mundo y de la iglesia?

¿Es el *rollo sagrado de la historia*, que explica el pasado y expone el futuro? Aparte de Cristo, la historia no tiene un significado final, porque la historia real es la historia de la redención. La historia es su historia. Juan se sintió perplejo al encontrar una interpretación satisfactoria de la historia de sus propios tiempos con su persecución, prueba y muerte. ¿Cuáles eran su significado y su tema? Él descubre que el Cordero es el único intérprete de la historia, la única clave para la profecía. Él solo puede, con autoridad, decirle al hombre a dónde se está dirigiendo.

De Brough plantea una de las sugerencias más satisfactorias. El rollo sellado es *el título de propiedad de la herencia del hombre*: Una herencia amortizada a través del pecado del hombre pero redimida a través del sacrificio del Cordero. En el rollo se bosquejan los pasos sucesivos por los cuales Él lo recuperará del usurpador y obtendrá una posesión real del reino ya comprada para sí y sus elegidos.

Es significativo que la visión más majestuosa de la larga vida de Juan le haya llegado cuando sus ojos estaban llenos de indignidad conciente.

Su desconsuelo se incrementó por la conciencia quebrantada de que su no calificación era compartida por toda la creación. “No se había hallado a ninguno —moralmente apto, suficientemente fuerte— “para abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo” (v. 4). Él compartió el dilema con Dios al tratar con los hombres que son totalmente incapaces de salvarse. Pero Dios tiene su propia solución para el dilema.

“No llores”, le dice el ángel a Juan. “He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos”. ¿Pero tiene las virtudes necesarias? Se le dice a Juan que el campeón es el León de Judá. Volviéndose para ver al atemorizador león, ve un pequeño cordero teñido con la sangre del sacrificio. Cristo es anunciado como el León pero visto como el Cordero. La redención es ganada por el sacrificio propio, no por pura fuerza. El Cordero se convierte en el centro de toda mirada mientras Él avanza hacia el Trono. Sin temor, toma el rollo y desata sello tras sello. Él solo puede redimir la herencia perdida, de la cual el rollo es el título de posesión. ¿Y sus calificaciones? Cinco heridas, evidencia muda de que Él ha pagado el precio de la herencia perdida del hombre y también la hipoteca.

Esta es una impresionante imagen de Cristo, quien aún lleva en el cielo las marcas de su sufrimiento y muerte, pero evidencia también su prerrogativa divina y sus atributos. Los siete cuernos simbolizan su omnipotencia y los siete ojos, su omnisciencia. Los siete espíritus enviados a toda la tierra son emblemáticos de su omnipresencia.

Mientras el Cordero toma el título hipotecario ahora exonerado, las huestes reunidas irrumpen en una canción de adoración espontánea e incontenible, que llegan a un crescendo en tres olas ascendentes. Diez mil voces y miles y miles de ángeles se unen a las cuatro criaturas vivientes y a los veinticuatro ancianos que cantan la melodía. La canción se escucha cada vez más fuerte hasta que “a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay...” (el coro universal de la creación) son atraídas a este jubiloso himno triunfal de alabanza.

“...Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra...”

”El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza...”

Y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria, y el poder, por los siglos de los siglos” (Ap. 5:9, 10, 12, 13).

“La visión final del universo”, escribe William Barclay, “es un universo que alaba a Cristo; y es nuestro privilegio prestar nuestras voces y nuestras vidas a este gran coro de alabanza, pues él está necesariamente incompleto mientras que le falte una voz”.

LA ATRIBUCIÓN DEL VALOR

Por naturaleza, somos seres egoístas. E incluso, luego de habernos hecho partícipes de la naturaleza divina, tan fuerte es el poder de la antigua vida que habitualmente estamos más interesados en recibir que en dar. ¿No fue la novena bienaventuranza de nuestro Señor: “...Mas bienaventurado es dar que recibir”, una corrección tácita de esta tendencia? En nuestra relación con Dios, constantemente estamos recibiendo. Comenzamos nuestra vida cristiana recibiendo la abundancia de la gracia (Ro. 5:11). Continuamos nuestra vida cristiana recibiendo la abundancia de la gloria (Ro. 5:17). Terminamos nuestra vida cristiana siendo recibidos en la gloria (1 Ti. 3:16). Constantemente estamos halando de las faldas de Dios para recibir alguna bendición deseada, y Él se deleita porque sea así, pero olvidamos que Él también ansía recibir de nosotros lo que solo nosotros podemos darle.

En un sentido no podemos enriquecer a Dios. Pero nada le da más felicidad que la expresión espontánea de nuestra apreciación de su valor intrínseco, y nada es más enriquecedor para nosotros, puesto que “es en el proceso de ser adorado que Dios comunica su presencia a los hombres”. C. S. Lewis dice al respecto:

“Para comprender qué significa realmente la doctrina, debemos suponer que estamos en perfecto amor con Dios; embriagados de Él, inmersos en Él, absortos por ese deleite que, lejos de permanecer confinado dentro de nosotros como algo incomunicable, fluye de nuestro interior incesantemente en una expresión sin esfuerzo y perfecta, nuestro gozo ya no puede separarse de la alabanza en la que se libera y se expresa más que el brillo de un espejo se separa del brillo que lo arroja. El catecismo escocés dice que el principal fin del hombre es ‘glorificar a Dios y gozar de Él para siempre’. Pero entonces debemos saber que son la misma cosa: Gozar plenamente es glorificar. Al ordenarnos que lo glorifiquemos, Dios nos está invitando a gozar de Él”.

La perspectiva de la eternidad aparentemente corrige la visión de los santos, puesto que la multitud universal canta al unísono: “Digno es el Cordero de recibir...” Luego sigue una atribución de siete voces de valoración. Estas siete cualidades están agrupadas bajo el único artículo griego, como para resumir en una gloriosa palabra todo lo que pueden darle al Cordero los hombres y los ángeles.

LA SEPTENA DE ALABANZAS

El Cordero es digno de recibir:

Poder. La nación francesa consideraba que Napoleón era digno de recibir un poder ilimitado. La nación alemana le confió a Hitler un poder sin restricciones. Ellos descubrieron demasiado tarde que su confianza estaba tristemente mal ubicada. A su costo comprobaron la verdad de la afirmación de Lord Acton: “El poder tiende a corromper. El poder absoluto corrompe absolutamente”. Estos hombres eran indignos de recibir poder o bien de ejercerlo. Solo Él que es toda misericordia es digno de recibir poder absoluto. Las marcas indelebles de su pasión y muerte son la garantía de que en sus manos nunca se abusará del poder. Nunca degenerará en tiranía o en despotismo. El cetro de la soberanía universal está sostenido por una mano horadada por un clavo. El Cordero es digno de recibir poder.

Riquezas. Si bien designado heredero de todas las cosas, Cristo —por cierto— no recibió riquezas durante su vida terrenal. Por el contrario, a veces no tenía dónde descansar su cabeza. Con frecuencia dependía de las mujeres de su entorno para que lo mantuvieran. Tan pobre era que en su muerte, sus bienes personales totales consistían en la única vestimenta que le dejaron los soldados. Con razón Pablo usó su empobrecimiento voluntario para estimular la liberalidad corintia. “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo”, exhortó, “que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos”. Las verdaderas riquezas son morales y espirituales, no financieras. “El amor es el oro de la gloria”. El hombre rico que no es amado, es trágicamente golpeado por la pobreza. El hecho de que nuestro Señor se haya vuelto pobre consistía en dejar la armonía del cielo por la discordia de la tierra, la adoración de los ángeles por la malignidad de los hombres. El Cordero se ha ganado el derecho de recibir y gozar de las verdaderas riquezas.

Sabiduría. No todos los hombres cultos son sabios. La sabiduría es más que la erudición. Es la capacidad de hacer un uso correcto del conocimiento. En su juventud, Salomón oró por tener sabiduría y su

oración fue respondida. Cuando la reina de Sabá había visto toda la sabiduría de Salomón, le dijo al rey: "...mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad; es mayor tu sabiduría y bien, que la fama que yo había oído" (1 R. 10:7). Usando el trasfondo de este mismo episodio, Cristo dijo de sí: "La reina del sur...ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí, más que Salomón en este lugar" (Mt. 12:42). Cristo es la sabiduría de Dios, la fuente de toda sabiduría verdadera (1 Co. 1:24). Su conocimiento infinito siempre se usa para los fines más elevados y más benéficos. En su humillación, los hombres sabios le trajeron sus presentes. En su exaltación, la mayor sabiduría otorgada se expresa en colocar sobre su cabeza la corona de la sabiduría. El Cordero es digno de recibir sabiduría.

Fortaleza. Existe una diferencia entre la fuerza física y la moral. Sansón tenía fortaleza física pero no moral. Físicamente poderoso, era moral y espiritualmente débil. La fuerza moral es la fuerza más elevada. La fortaleza del Cordero es universal. Él es el Hombre Fuerte que venció al diablo y le quitó todas sus armas (Lc. 11:22). No hubo situación personal que Él no pudiera enfrentar. No manifestó solo poder para lograr, sino también fortaleza para soportar. ¿Quién más alguna vez "...sufrió tal contradicción de pecadores..."? Una vez crucificado con debilidad y vergüenza, le roban su fuerza y majestuosidad. Nos unimos a los ángeles para atribuirle fortaleza.

Honor. Los honores en el reino del arte o de la literatura, la música o la ciencia, el deporte o la guerra son ansiosamente buscados y muy premiados. Se los inviste en justo reconocimiento de los servicios prestados o de la excelencia lograda. ¿Pero aquellos logros pueden compararse a los logros del Cordero? ¿Quién si no Él ha redimido a los hombres de todo tipo, lengua, pueblo y nación de la destrucción? Es cierto, en la tierra Él experimentó las profundidades más insondables de la deshonra en su muerte entre dos criminales. Es cierto, Cristo se negó a recibir honores de los hombres (Jn. 5:44). Pero un universo adorador se deleita al atribuirle el honor que Él es digno de recibir.

Gloria. Esta palabra es más fácil de ilustrar que de definir. Es algo que pertenece únicamente a Dios. Combina las ideas de esplendor, resplandor y reconocimiento. El sol del mediodía nos ciega con el resplandor de su gloria. "...se transfiguró delante de ellos", escribió Juan sobre su visión de Cristo en el monte de la transfiguración cuando "...resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz" (Mt. 17:2). Sobre el mismo incidente Pedro escribió:

"...como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad" (2 P. 1:16). La visión que tuvo Juan de Cristo en Patmos fue que: "...su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza" (Ap. 1:16). Juan todavía debía ver al sol palidecer ante la gloria trascendente del Cordero, porque en la tierra de Emanuel "la ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera" (Ap. 21:23). El Cordero es digno de recibir gloria.

Bendición. La bendición es una alabanza adscripta, un deseo u oración de felicidad y éxito. Es la voluntad de devolver una alabanza de gratitud por los favores recibidos. "Es el único presente que nosotros, que no tenemos nada, podemos darle a Él que lo posee todo". Lo menos que podemos hacer es devolver alabanzas por las bendiciones conferidas. Si bien no podemos enriquecer al Cordero, podemos regocijarnos su corazón bendiciendo su nombre. Por más limitado que sea nuestro conocimiento sobre sus glorias, podemos unirnos al salmista en su adscripción de alabanza: "Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre" (Sal. 103:1).

Pero tan magnánimo es el Cordero que mientras acepta graciosamente nuestra adscripción a Él de estas siete virtudes, se niega a gozarlas solo. El Cordero debe compartirlas con todos los que estamos unidos a Él por fe y amor. Todo lo que Él es, es para nosotros. Todo lo que tiene, lo comparte con nosotros.

¿Le atribuimos *poder* a quien se le ha dado "Toda potestad...en el cielo y en la tierra"? Luego, Él nos asegura: "He aquí, os doy potestad... sobre toda la fuerza del enemigo" (Lc. 10:19). ¿O *riquezas*? "Por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Co. 8:9). ¿O *sabiduría*? "Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría" (1 Co. 1:30). ¿O *fortaleza*? "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13). ¿U *honor*? ¿O *gloria*? "La gloria que me diste, yo les he dado" (Jn. 2:30). ¿O *bendición*? "Yo honraré a los que me honran" (1 S. 2:30). ¿O *bendición*? "Que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (Ef. 1:3). "Bendice, alma mía, a Jehová".

LAS BASES DE LA ADSCRIPCIÓN

El Cordero no aceptará honores que no se haya ganado, y este capítulo proporciona bases sólidas para la adscripción de siete factores que demuestran que nuestro acto de adoración es lógico. El difunto

doctor F. B. Meyer atrae la atención a cinco bases para nuestra adscripción de valoración.

Su soberanía. “En medio del trono... estaba en pie un Cordero”, no sentado, sino de pie para gobernar su reino. Aquí, Hebreos 2:9 tiene su cumplimiento: “Vemos... a Jesús, coronado de gloria y de honra”. Ya no está coronado de espinas, despreciado y rechazado por los hombres. En Él la humanidad ha alcanzado el trono del universo y maneja el poder universal.

El lugar más elevado al que llega el cielo
De Él tiene su derecho soberano;
Como Rey de reyes y Señor de señores
Él reina en el brillo de la gloria.

Su sacrificio. “Digno eres... *porque tú fuiste inmolado*, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”. “No es el León de la tribu de Judá”, escribió W. M. Clow, “no es el Cordero en su inocencia y belleza intacta el que toma el libro cerrado y desata los sellos, sino el Cordero inmolado. Es Cristo en y por su cruz el que abre el libro de Dios, da la interpretación del registro y coloca a plena luz los misterios ocultos de la providencia”.

En medio de las glorias del cielo, Cristo crucificado es el centro. Nunca se nos permitirá olvidar que no somos redimidos con plata brillante u oro amarillo, sino con gotas carmesí de preciosa sangre. La oración pronunciada sobre el primer Adán fue: “Que sin duda morirás”. Esta frase fue agotada en el último Adán: “Porque tú fuiste inmolado”. Su costoso sacrificio fue el clímax de su gloria, y debido a ello se une un universo adorador en un himno de alabanza sin fin.

Su logro. “Y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra”. Como Cordero de sacrificio Él nos liberó de la culpa y de las consecuencias de nuestro pecado. Como el León conquistador, Él se enfrentó a Satanás en conflicto abierto, lo derrotó y lo desarmó. Él conquistó el pecado, la muerte y el infierno. Él volvió a obtener su trono pero no quiere ocuparlo solo. Debe compartirlo con los que ha redimido. Así que Él convierte a su pueblo en reyes y sacerdotes, cada uno un rey que reina con Él, cada uno un sacerdote ordenado para ofrecer los sacrificios de la alabanza y la acción de gracias continuamente. Con razón cuando el Cordero inmolado tomó el libro y desató los sellos, ellos cantaron una nueva canción, una canción a la que podemos y debemos unirnos:

Venid, cantemos el cantar de los cantares,
Los santos del cielo comenzaron la cadena,
El homenaje que le corresponde a Cristo,
Digno sea el Cordero, porque fue inmolado.

10

LA OBRA NO TERMINADA DE CRISTO

“Viviendo siempre para interceder por ellos”.

Hebreos 7:25

Lectura: Hebreos 5:1-6; 7:22-8:1

Si en la obra no terminada de Cristo —su intercesión a la diestra del Padre— nunca nos hubieran llegado los beneficios de su obra terminada en la cruz. La gran importancia de esa obra terminada puede medirse por el espacio aparentemente desproporcionado dedicado en los registros del Evangelio a los eventos que rodearon su muerte. Pero la costosa obra de Cristo en el Calvario hubiera sido un nacimiento muerto aparte del descenso del Espíritu Santo en Pentecostés y de la presencia del Señor en el Efecto. Su ministerio de intercesión no terminado en el Efecto es el coronamiento de su obra terminada en la tierra.

El corazón del hombre, ya sea pagano o civilizado, nunca ha ansiado un sacerdote, un mediador que pudiera representarlo ante su Dios. Parece haber un sentido universal de un Dios que ha sido ofendido y debe ser apaciguado. Existe el sentimiento instintivo de que el que estableció bien las cosas debe ser alguien con compasión por la fragilidad humana y, no obstante, alguien que tenga alguna influencia especial con Dios. En el amanecer de la historia, Job se lamentaba: “No hay entre nosotros árbitro, que ponga su mano sobre nosotros dos” (9:33). Esta ansia ha derivado la creación de órdenes de sacerdotes de las que los hombres esperaban que pudieran mediar con Dios en su nombre. El sacerdocio humano alcanzó su clímax en el judaísmo, ¡pero qué sacerdocio tan imperfecto! Solo en Cristo, el Gran Sumo Sacerdote, esta ansia profundamente asentada de humanidad encuentra una satisfacción completa.

SU IDONEIDAD COMO SUMO SACERDOTE

La idoneidad indispensable del sumo sacerdote judío eran dos. Primero, debía tener *comunión con el hombre*, estar unido a él por los lazos de una humanidad común. Él debe ser “tomado de entre los hombres” (He. 5:1). Solo así podría ser capaz de sentir compasión por los que iba a representar. Debe ser capaz de tener “un sentimiento moderado” hacia ellos, ni demasiado indulgente ni demasiado severo. La compasión es fundamental para la idea del sacerdocio.

Pero la idoneidad humana, si bien es necesaria, no es suficiente para tal cargo delicado y exaltado. Él debe tener *autoridad otorgada por Dios* para su ministerio. La designación debe gozar de la aprobación divina. “Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón” (He. 5:4).

¿Cristo cumple con estos requisitos? Para poder ayudar a la humanidad, Él se convirtió en parte de ella. De hecho fue “*tomado de entre los hombres*” y “...en todo semejante a sus hermanos...” (He. 2:17). A fin de que su identificación con los hombres pudiera ser completa, Él se volvió un hombre trabajador, no como un rey, sino compartiendo la pizca de pobreza e inquietud del cuidado. Él gozó de las alturas de la popularidad y sufrió los extremos del aislamiento. Pero al mismo tiempo, recibió *autoridad de Dios*. No se eligió a sí mismo, sino que fue designado por el que le dijo: “Tú eres mi Hijo... Tú eres sacerdote para siempre” (He. 5:5, 6).

Cristo es moral y espiritualmente idóneo para ejercer su sacerdotal ministerio de intercesión. “Viviendo siempre para interceder por ellos”. Él es “...santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos...” (He. 7:25, 26). Nació *santo* y vivió una vida santa. La palabra traducida “santo” describe uniformemente a alguien que cumple su deber fiel y meticulosamente para Dios. En el cierre de su vida, Jesús sostuvo: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Jn. 17:4). Él era *inocente*, sincero, nunca engañó ni lastimó a ningún hombre, y por lo tanto, era totalmente digno de confianza. Él era *incorrupto*, inmaculado, libre de toda mancha que pudiera descalificarlo para acercarse a Dios. Estaba *apartado de los pecadores*; no físicamente, porque Él constantemente se movía entre ellos, sino apartado moralmente. Era totalmente diferente de ellos en cuanto a que mientras Él experimentaba toda la descarga de las tentaciones, las conquistaba y surgía sin pecado. Él era *hecho más sublime que los cielos*, exaltado a la diestra de la Majestad.

SUS CAPACIDADES COMO SUMO SACERDOTE

En este cargo Cristo obtiene un triple honor:

Él es capaz de socorrer. “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (He. 2:17, 18). Siendo Él mismo verdaderamente humano, es capaz de encontrarse con el hombre en el plano de su necesidad. Estamos muy dispuestos a ayudar a los que requieren ayuda, pero con demasiada frecuencia lamentamos nuestra total incapacidad para hacerlo. Nuestro Sumo Sacerdote no conoce tal limitación. Cabe advertir que su capacidad para socorrer no se basa en una mera lástima, sino en una propiciación costosa (2:17). Puesto que Él ha sufrido en hacer entonces propiciación por nuestros pecados, es capaz de socorrernos en nuestras tentaciones y es adecuado para tratar con nuestros pecados y nuestra rebelión.

Él es capaz de sentir compasión. No tenemos un Sumo Sacerdote que sea incapaz de sentir compasión por nuestras debilidades (He. 4:15). Él nunca siente compasión ni condona nuestro pecado; y el hombre pecador necesita un defensor para mantener abierto el camino a través de la restauración. Puesto que Él ha cargado con el castigo por el pecado y ha agotado su juicio, es capaz de purificar cuando hay una confesión de corazón.

Nuestro Señor es capaz de sentir compasión por nuestras enfermedades y debilidades, que, si bien no son pecados, pueden fácilmente degenerar en ellos. La compasión es la habilidad de adherirse a las experiencias de otra persona como si fueran propias. Alcanza su poder más alto cuando uno ha sufrido las mismas experiencias. Ya que Cristo fue “tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”, y ha sentido la tremenda presión del pecado sobre su propio espíritu sin ceder a su atractivo, es capaz de entrar con compasión en las experiencias de los que pasan por los fuegos de las pruebas.

Él es capaz de salvar. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (He. 7:25). Porque Él vive entonces para siempre como nuestro mediador y Sumo Sacerdote, es capaz de llevar a su finalización total la salvación de todos los que se acercan. “Él puede salvar a aquellos que están viniendo continuamente, es decir, a los que convierten en un hecho regular acercarse a Dios” (A. M. Stibbs).

Salvar es una palabra muy amplia y se usa en Las Escrituras en diversos sentidos. En el evangelio de Mateo la palabra se utiliza en cuatro sentidos diferentes pero estrechamente relacionados: Liberación del poder del pecado (1:21), liberación del peligro (8:25), liberación de la enfermedad (9:21) y liberación de la condena de Dios (10:23; 24:13). Un expositor sugiere que mientras en Romanos la salvación se refiere a la muerte, el infierno y el juicio, en Hebreos esta es una liberación de la presión de las cosas alrededor y dentro de nosotros, de todo lo que oscurece la visión de Cristo. Nuestro intercesor es capaz de salvarnos por completo, en el sentido más comprensivo del término. No existe problema personal al que Él no pueda proporcionarle una solución, ningún pecado del que no pueda liberarnos, ningún enemigo del cual no pueda rescatar a su hijo confiado. ¿Y por qué? Porque: Vivió “siempre para interceder por ellos”. Habiendo ofrecido un sacrificio completo y perfecto por el pecado, Él ha pasado a través del velo y aparece ante la presencia del Padre como nuestro Defensor e Intercesor.

UN EJEMPLO DE SU INTERCESIÓN

“Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y por los siglos” (He. 13:8). Si esto es así, podemos aprender mucho de su ministerio de intercesión en los días de su carne. La intercesión es el acto de mediar por otro. ¿No tiene importancia que la mayoría de sus oraciones fueran de carácter intercesor? La única ocasión en la que afirmó su voluntad en la oración fue para que podamos estar con Él y observar su gloria (Jn. 17:24). Toda otra oración suya fue de intercesión.

Lucas registra las conmovedoras palabras de Jesús a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os [plural, *a todos tus discípulos*] ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti [singular, *por Pedro*], que tu fe no falte” (Lc. 22:31, 32). Qué seguridad fortalecedora es esta a la luz de lo que siguió. A través de su intercesión, la fe de Pedro no faltaría. Era una intercesión que anticipaba una necesidad de la que el sujeto era totalmente inconciente. Pedro no tenía idea de que iba a ser expuesto a un ataque feroz de Satanás. En el suceso, Pedro falló, pero su fe no faltó. Mediante este episodio, nuestro Señor tenía la intención de enseñar que la intercesión similar era característica de su ministerio a favor de sus hijos.

Tiene más que un interés pasajero el hecho de que se usen dos palabras diferentes para describir el ministerio de Jesús como intercesor, la primera de las cuales se ilustra por el incidente anterior. Pablo habla de Cristo como el que “también intercede por nosotros”. El término

empleado aquí es una palabra que describe el rescate por parte de uno que “sucede sobre” alguien en problemas. Implica *presentarse a uno mismo no buscado*. Cuando la necesidad lo exige, aquel que no duerme viene a nuestra ayuda sin buscarlo como lo hizo Él con Pedro. La otra palabra aparece en 1 Juan 2:1: “Tenemos abogado con el Padre, a Jesucristo el justo”, un paraceto, *alguien que viene en respuesta a un llamado* de necesidad o peligro. Él viene ante nuestro llamado, defiende nuestra causa y nos restaura plenamente. Entonces ya sea que nuestro llamado sea conciente o inconciente, Él siempre viene para interceder por nosotros.

LA BASE DE SU INTERCESIÓN

La intercesión de Cristo se basa en su sacrificio en la cruz. El “consumado es” del Calvario brindó la base para su obra no terminada de intercesión con tanta claridad predicha en el día levítico de la expiación (Lv. 16). Una vez al año el sumo sacerdote ingresaba al Santo de los Santos llevando sangre e incienso. La sangre la rociaba sobre el asiento de la misericordia. El incienso lo quemaba ante el Señor sobre los carbones de su incensario. Así, nuestro Sumo Sacerdote luego de su ascensión ingresó a través del velo, presentó la sangre de su propio sacrificio, acompañada por la fragancia de una vida vivida en absoluta devoción a Dios, un aroma dulce. Este fue *el clímax de la encarnación*. Porque el Dios-hombre, todavía cargando con nuestra humanidad, nos representa ante el Padre, somos aceptados debido a nuestra unión con Él, y podemos acercarnos a Dios con santa confianza. Su propia presencia allí es un ruego sin respuesta.

Cinco heridas sangrantes tiene
 Recibidas en el Calvario.
 Vierten oraciones válidas,
 Firmemente ruegan por mí.
 Perdónalo, ah, perdona, ellos claman
 Ni dejes que muera ese pecador con rescate.

Carlos Wesley

LA MODALIDAD DE SU INTERCESIÓN

“Es vanidoso preguntar en detalle *cómo* Él actúa por nosotros” —escribió el obispo Moule—. “La esencia del asunto es su unión con su pueblo y su presencia perpetua en dicha unión, con el Padre, como el Cordero una vez inmolado”.

En nuestro pensamiento con frecuencia, la intercesión se asocia con una súplica llena de lágrimas o con un ruego agonizante. A veces se la concibe equivocadamente como un medio de superar la aparente renuencia de Dios, pero dichas ideas son totalmente ajenas a la intercesión de Cristo. Él no aparece suplicando ante un Dios que debe ser engatusado para que otorgue la bendición deseada. Él aparece como nuestro abogado, no para pedir misericordia en nombre nuestro, sino para reclamar justicia para nosotros —a lo que estamos facultados en virtud de su sacrificio, lo que Él nos ha asegurado por su cruz— de un Dios que es “fiel y justo para perdonar nuestros pecados”.

Su intercesión no es oral. No es un dicho audible de oraciones. En su gran acto anual de intercesión, Aarón no pronunciaba ni una palabra. El silencio del santuario solo era quebrado por el tintineo de las campanas de oro sobre el borde de su túnica. El día de la expiación era la sangre la que hablaba, no Aarón. Es la presencia de nuestro intercesor, cargando en su cuerpo la evidencia de su victoria, la que habla por nosotros.

Amintas fue sentenciado por crímenes contra el estado romano y se le juzgó por traición. Al oír sobre su situación, su hermano mayor, Esquilo, que había perdido un brazo en servicio a su país, se apresuró a ir al tribunal. Entró como una tromba al tribunal levantó su muñón y, atrayendo la mirada del juez, dijo: “Amintas es culpable, pero por Esquilo, saldrá libre”. El juez lo absolvió. Así es como nuestro intercesor presenta las pruebas de su sacrificio, y el Juez nos dice: “Son culpables, pero por mi Hijo serán libres”.

Jesús mi gran Sumo Sacerdote ofreció su sangre y
 murió;
 Mi conciencia culpable no busca ningún
 sacrificio:
 Que su sangre poderosa una vez expió,
 Y ahora ruega ante el trono.

Su intercesión es perpetua ya que Él nos representa ante el trono de Dios. “Para presentarse ahora por nosotros ante Dios”. En la cruz Él murió con el propósito de obtener la salvación para nosotros. Ante el trono, Él vive para mantenernos salvos. ¿No es este el significado de la frase: “Seremos salvos por su vida [resucitada]”? No podríamos soportar ni un día en la vida cristiana si no fuera porque Él vive para nosotros ahora a fin de impartirnos “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad”.

Él recibe y presenta nuestras oraciones, combinando con nuestras peticiones imperfectas el incienso de sus propios méritos. “Se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono” (Ap. 8:3). Las oraciones de todos los santos, pasando, como lo hacen, a través de la mente y del corazón del que está siempre en armonía con la voluntad y los propósitos del Padre, se tornan suyas y Él las presenta. Nuestras oraciones de fe no ascienden solas, se montan en sus méritos y debido a eso son poderosamente eficaces.

A todas nuestras oraciones y alabanzas,
Cristo agrega su dulce perfume,
Un amor eleva al altar
Esos aromas para que se consuman.

Su intercesión es personal. “Viviendo siempre para interceder por ellos”. Esta es su ocupación personal actual. Él no delega este ministerio a Gabriel. Lo realiza Él mismo. Él nunca está demasiado ocupado para encargarse personalmente de nuestras preocupaciones. Como en la tierra, así en el cielo, Él es todavía el que sirve.

Nuestra necesidad de su intercesión es incesante. H. de Vries escribe al respecto. “Hay una impresión entre algunos creyentes de que la intercesión de nuestro Señor se requiere *únicamente* cuando estamos en casos de extrema necesidad o peligro como lo estuvo Pedro cuando Satanás descaba zarandearlo como a trigo, porque entonces fue Jesús el que oró por él para que su fe no faltara. Y esto sería correcto si la intercesión de nuestro Señor fuera como el departamento de incendios de la ciudad al que se llama para pedir ayuda solo cuando se incendia la casa. El hecho es que nuestra casa siempre se está incendiando y por ende, siempre necesita de su intercesión. No hay un momento en el que no estemos con necesidades o en peligro, y por lo tanto nuestro Señor vive por siempre jamás para interceder por nosotros. Su intercesión no cesa nunca y siempre es prevaleciente. El propio alcance de nuestra necesidad e invalidez es el único límite para su intercesión”.

Qué confianza debería darnos el hecho de saber que en este preciso momento nuestro Sumo Sacerdote, el que conoce nuestras debilidades y se adhiere a nuestros sentimientos, el que ha pasado a través de todas las fases de la vida humana, aparece ahora ante la presencia de Dios *por nosotros*, capaz de alejar la tentación, de consolar en la congoja, de socorrer en la necesidad. La concreción de esta gloriosa verdad hizo que

el escritor de Hebreos resumiera su tratado sobre el sumo sacerdocio con estas palabras:

“Ahora bien, *el punto principal* de lo que venimos diciendo *es que tenemos tal Sumo Sacerdote*, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos...” (He. 8:1), un ministerio que continuará mientras permanezca nuestra necesidad.

11

EL IDEAL DEL CARÁCTER DE CRISTO

“Bienaventurados los pobres en espíritu”.

Mateo 5:3

Lectura: Mateo 5:1-11

En notable contraste con los estruendos y las amenazas de la ley, el manifiesto del reino de Cristo se inicia con una bendición. La bienaventuranza es la nota clave y sin embargo, el camino para dicha bienaventuranza conduce a sus seguidores a través de un territorio extraño e inesperado. En unas pocas, concisas y vívidas palabras con imágenes Jesús bosqueja la vida ideal, un ideal que fue un reflejo de la vida sumamente atractiva que Él vivió entre los hombres. Cristo fue la encarnación y el ejemplo de su propia enseñanza encumbrada en este sermón punzante y penetrante.

Jesús era una autoridad en la bienaventuranza. Él era el hombre bendecido retratado en Salmos 1 y por lo tanto, estaba calificado para revelar las virtudes y las actitudes de las cuales la recompensa era esta bienaventuranza. Cuán diferentes son de lo que uno podría esperar: Pobreza, aflicción, hambre, sed, oprobio, persecución. Por cierto, debe haber un error, ya que ¿cómo pueden estas cosas traer bienaventuranza? Es una idea común que la bienaventuranza proviene de la posesión de riquezas, la ausencia de congoja, la gratificación del apetito, recibir buenas palabras y ser tratado con bondad. La enseñanza de Cristo cambia este concepto popular de felicidad e indica que las mismas experiencias que estamos ansiosos por evitar son las que conducen al mayor gozo y son las más ambicionadas.

“Bienaventurados” es una palabra que ha sido ennoblecida por su uso en el Nuevo Testamento. Se deriva del griego “hablar bien de”, y es similar a nuestra palabra “feliz”, que en la etimología inglesa

proviene de: Suerte, oportunidad, buena fortuna. Originalmente se utilizó para referirse a los dioses y hombres griegos, pero connotaba una gran prosperidad externa. Jesús le invistió a esta palabra una nueva dimensión, dándole el sentido de prosperidad espiritual que es el resultado de un carácter puro y un correcto sentido de los valores. Ha sido traducida de varias maneras como “ser envidiado, o ser congratulado, ser superlativamente feliz, ser espiritualmente próspero, ser envidiablemente afortunado, ser radiantemente gozoso”.

De las ocho características con sus compensaciones que Él enumeró, las primeras cuatro se relacionan con *nuestra actitud hacia Dios* y las últimas cuatro con *nuestra actitud hacia el prójimo*. Las primeras cuatro son virtudes personales pasivas, las segundas, virtudes sociales activas. En sus relaciones con su Dios, la persona superlativamente feliz es conciente de:

UN SENTIDO DE SUFICIENCIA

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Advierta: Pobres *de* espíritu, no de espíritu pobre. No meramente desconfiados, sino renunciados en el espíritu. Él está vacío de confianza propia. No hay pista de autosuficiencia; se considera insignificante. Con Pablo confiesa: “Yo sé que en mí... no mora el bien”.

Era el hábito de Principal Cairns, el teólogo escocés, decir: “Usted primero, luego yo”. Una vez al acercarse a la plataforma lo saludaron con una gran ovación. Él se mantuvo a un lado y dejó que el hombre que estaba detrás pasara primero y comenzó a aplaudir. ¡Nunca se imaginó que el aplauso era para él! Así es el hombre bienaventurado.

Es significativo que haya dos palabras traducidas como “pobre”. Una se refiere al trabajador que es pobre por motivo de sus circunstancias, la otra es un mendigo que es pobre por elección. El trabajador no tiene nada superfluo; el mendigo no tiene nada de nada. Es la última palabra, que sugiere destitución espiritual, la que aquí se usa. Ser un mendigo de espíritu, estar en bancarrota sobre la gracia de Dios es una actitud para ambicionar. El hombre del mundo está orgulloso de su independencia y confianza propia. El hombre bendecido, como su Maestro, confiesa: “No puedo yo hacer nada por mí mismo”. La actitud típica del mendigo se ve en Hechos 3:5: “Entonces él estuvo atento, *esperando recibir de ellos algo*”. Este hombre tiene el orgullo quebrantado y su sentido de insuficiencia para las exigencias de la vida, su conciencia de tener las manos vacías, lo arroja de vuelta a los recursos ilimitables

de Dios. Su actitud es la antítesis total de la de los cristianos apáticos que alardeaban: “Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”. Tal pobreza inevitablemente conduce a una afluencia espiritual. Si bien él mismo es pobre, el hombre bendecido hace ricos a muchos. Tal vez no sea exitoso según las normas terrenales, pero él goza del reino de los cielos.

UN SENTIDO DE CONTRICIÓN

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”. No es la angustia en sí lo que se considera algo bienaventurado, sino la consolación que Dios ministra a la congoja. No puede haber consolación donde no hay pena. “El hombre que no sabe nada de angustias es incompleto. Un costado de su naturaleza no ha sido desarrollado”, escribió el arzobispo Harrington Lees. “La felicidad del mensaje del Evangelio es que él únicamente trata profesamente con el lote común de las angustias, y le da el aceite del gozo para el llanto. Esta es su empresa inicial: Su garantía final es ‘si no hay angustia, no hay llanto’”.

La palabra “lloran” indica una pena que comienza en el corazón, toma posesión de toda la persona y se manifiesta hacia fuera. La forma especial de angustia que se ve en esta palabra es angustia sobre un fracaso espiritual o un pecado real. El sentido de pobreza espiritual, de tibieza hacia Dios, de la distancia de Cristo, de la no semejanza con Él, inevitablemente conduce al lamento y la contrición. El fariseo alardeante y autosuficiente no lloró ni golpeó su pecho como el publicano penitente, ni tampoco disfrutó de la experiencia de la justificación. El pródigo primero reconoció su pobreza abyecta: “Me morí de hambre”; luego en verdadera contrición, reconoció su pecado: “Padre, he pecado”. Fue solo cuando Job tuvo una visión de Dios que dijo en profunda humillación propia: “Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en tierra y ceniza”. Lloró por lo que podría haber sido si no hubiera buscado satisfacción propia.

Lo paradójico de este llanto es que no resulta incompatible con el regocijo. Pablo sostuvo estar apenado y sin embargo, regocijado. El gozo de la comodidad que Dios imparte al espíritu contrito es otro de los ingredientes de la vida superlativamente feliz.

UN SENTIDO DE MODESTIA

“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”. La mansedumbre no es una virtud de poco carácter, dice un

autor. No es debilidad ni mera blandura de disposición, puesto que nuestro Señor sostuvo que es un elemento de su carácter, a ser emulado por sus discípulos. Moisés era manso (Nm. 12:3) pero, por cierto, no era débil. Es la docilidad de la fuerza en reserva, no de afeminamiento. La mansedumbre puede luchar con fuerza y vigor cuando la gloria de Dios o los intereses del reino están en juego. Fue el manso y humilde Jesús el que con un látigo de cuerdas en su mano expulsó a los mercaderes mercenarios de la casa de su Padre. La mansedumbre no es mera buena naturaleza que quitará todo a todos; esencialmente es esa actitud mental que no insiste en sus propios derechos y que siempre está preparada para renunciar a sus privilegios en interés de los demás. Está siempre lista para renunciar a sus propios planes y para gozosamente abrazar los planes de Dios. Nietzsche sostuvo que el mundo es nuestro si podemos obtenerlo. Jesús sostuvo que el mundo es nuestro si *renunciamos a él*; es el manso, no el agresivo, el que heredó la tierra.

De todas las virtudes de carácter, la mansedumbre probablemente sea la menos ambicionada. Pero Jesús la exalta como una gracia sumamente estimada por Dios: “...el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 P. 3:4). La persona mansa es considerada como demasiado buena para abrirse paso o para ser tenida por valiosa para muchos. Jesús refuta este concepto al decir que Él es quien hereda la tierra. Él está también caracterizado por una disposición de ceder ante los demás cuando los principios no están en juego. No reclama nada, pero toda la tierra es suya.

UN SENTIDO DE DESEO

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”. Una versión lo traduce: “Bienaventurados los que se mueren de hambre por justicia, porque serán llenados por completo”. Jesús usó estos instintos humanos elementales para ilustrar el deseo apasionado de tener santidad y semejanza por Cristo que ordena la plena respuesta de Dios. Estos son los apetitos humanos más intensos y agonizantes cuando se les niega satisfacción. Cuando Sir Ernest Shackleton y sus acompañantes fueron dejados sin comida durante un tiempo en uno de sus viajes a la Antártida, dijo que era sumamente difícil pensar en otra cosa que no fuera comida. La persona que tiene una sed y un hambre insaciables de una vida santa es alguien a quien puede envidiarse. “¡Bienaventurada sea el hambre!”

Así como suspira el venado por arroyos frescos
 Cuando se acalora en la caza,
 Así suspira mi alma por ti, mi Dios,
 Y tu gracia redentora.

Cabe advertir que la beatitud no habla de hambre y sed luego de la *felicidad*. La felicidad es el objeto de búsqueda de toda la humanidad, pero en general demuestra solo un espejismo elusivo. Jesús enseña aquí que cuando un hombre hace que el objeto principal de su búsqueda no sea la felicidad sino la *justicia* —una relación justa con Dios—, obtiene además una felicidad superlativa. “Serán saciados”, hasta estar repletos, tanto aquí como en el futuro. “Porque sacia el alma menesterosa, y llena de bien al alma hambrienta” (Sal. 107:9).

A partir de indicar la actitud ideal de los sujetos de su reino hacia Dios, Jesús se dirige a las relaciones sociales con sus prójimos. La persona que es espiritualmente próspera exhibe una disposición cuádruple en circunstancias de prueba: “Fortaleza con debilidad a su merced, pureza en contacto con compañías corruptas, amor que ve a los demás en desacuerdo, rectitud que sufre en manos de los atormentadores. Cada uno tiene su propia beatitud, el fruto de una obra de la gracia Divina”.

UN ESPÍRITU DE COMPASIÓN

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. Esta beatitud ha sido correctamente descripta como una ley de actuación propia del mundo moral. Es el hombre que demuestra misericordia el que recibe misericordia. Cosechamos lo que sembramos. Es posible que un hombre tenga hambre y sed luego de la justicia, pero que su justicia sea correcta y pesada. Ese evangelista conocido, Sam Jones, solía decir que la justicia sin misericordia deriva en la compostura de la indigestión.

Al igual que la mansedumbre, la misericordia es una virtud distintivamente cristiana que poco se conocía entre los no cristianos. Tiene su fuente en un sentimiento compasivo y se expresa en la acción piadosa. La misericordia se muestra a aquellos que no la reclaman. Si la reclaman, entonces solo reciben justicia. El hombre de espíritu compasivo siempre está preparado para dar concesiones a los que han fallado, o a colocar la mejor construcción sobre el comportamiento ambiguo. Él no juzga con dureza, recordando que no está en posesión de todos los hechos. Hacemos bien en tener presente que nuestra

experiencia es solo el rebote de nuestra actitud. La misericordia no conoce la venganza.

UN CORAZÓN LIMPIO

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”. La visión beatífica es dispensada en la tierra solo a los que tienen un corazón limpio. La limpieza aquí es un término exclusivo empleado en su sentido más amplio: Limpieza de pensamiento, de imaginación, de motivo, de acción. Significa santidad o integridad moral, y se refiere especialmente a alguien que no tiene estratagemas. Jesús desvió la mera limpieza externa y ceremonial e hizo cumplir la necesidad absoluta de la limpieza interior. La conformidad exterior a los requisitos ceremoniales no satisface el corazón de Dios ni del hombre.

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio”, suplicó David en contrición, profundamente conciente de su impureza y pecado en contra de su prójimo. El salmista relacionó las manos limpias con un corazón limpio, reconociendo su responsabilidad en las actitudes y las relaciones humanas. No hay cosa tal como una claridad de visión cuando no hay un corazón limpio. Demasiadas personas están satisfechas con una buena presencia externa. No les importa las desviaciones menores del sendero de la rectitud moral mientras puedan evadir “estar fuera de forma” en su propio círculo. La máxima divina es: “Sin esperanza ningún hombre verá al Señor”. Hay una necesidad diaria de examinarse y de apropiarse de la limpieza de la sangre de Cristo.

Ver a Dios implica una visión moral más que física, puesto que Él es el Espíritu. El pecado nubla el corazón y oscurece el rostro de Dios. Verlo es conocerlo, gozar de una comunión íntima con Él. La hipocresía y la falta de honestidad se eliminan si uno va a ver a Dios en este sentido. Con Cristo en el corazón como fuente de limpieza que mora allí, el mantenimiento de un corazón limpio se convierte en una posibilidad gloriosa. Cuando se experimenta esto, es posible anticipar aquí en la tierra el día en que todos lo veremos cara a cara.

UN MINISTERIO CONCILIATORIO

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”. Esta beatitud se lee con frecuencia como si se refiriera a los pacificadores —guardianes de la paz que ya existían— o a hombres apacibles. En cambio, se refiere al que tiene una actitud de paz en una situación donde esta ha sido rota. No es una virtud, sino una actividad que está en el futuro. Pacificar es un ministerio mucho más costoso que

mantener la paz. Nuestro Señor hizo “la paz mediante la sangre de la cruz”. Nosotros podemos pacificar solo permitiendo que nuestra propia paz sea quebrada. Siempre hay una cruz en este ministerio. Ante la presencia de una persona así, se mueren las peleas y la discordia. Se dice de un notorio estadista británico, que cuando ingresaba al Parlamento, no importaba cuán amargo era el debate o la disputa, siempre se desvanecía ante su presencia. ¿Y por qué? Él vivía en presencia de Dios. Independientemente de cuán tarde se sentara el Parlamento, él siempre dedicaba dos horas en oración y devoción antes de embarcarse en el trabajo del día. Él llevaba la paz de Dios consigo y la irradiaba a donde quiera que fuera. Este es un ministerio que requiere de un valor, un discernimiento y un tacto poco comunes. Pero qué ministerio es juntar a los que han estado enemistados. Pablo utilizó todas sus habilidades y tacto en su tarea de acortar la brecha entre Evodia y Síntique, según se registra en su carta a los filipenses (4:2).

La recompensa para el pacificador no es *convertirse* en un hijo de Dios, sino ser *llamado* un hijo de Dios. Él ya es un hijo de Dios. No es su trayectoria sino su reputación la que se tiene en consideración. Cuando la gente lo ve actuando en su costoso ministerio de traer paz, ven en él la imagen de su Maestro y reconocen la semejanza familiar.

UNA LEALTAD VALIENTE

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia... cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos”. Incluso un pacificador no es inmune a los ataques y a las persecuciones de su prójimo. El Cristo sin pecado no estaba exento de ser perseguido y vituperado. Pero advierta que la bienaventuranza no reside en la persecución y la vituperación. Son los que *han sido perseguidos* —pues este es el tiempo verbal correcto— los que *son* sumamente felices. Es el “después” del castigo. La bienaventuranza consiste en el gozo de la cercanía especial de Cristo en el momento de la prueba. El hombre que es envidiamente afortunado, como los tres jóvenes en el horno feroz, descubre que en medio de los feroces fuegos de la persecución, el Hijo de Dios anda con él y que el fuego no lo toca.

Sin embargo, debe observarse que toda persecución no trae aparejada esta bienaventuranza. Hay tres condiciones. Debe haber:

Persecución “por causa de la justicia” (v. 10), no debido a nuestra propia angulosidad o falta de sabiduría. Muchos cristianos traen un

oprobio innecesario sobre sí mismos y sobre la causa de Cristo por su falta de tacto agresiva. La persecución de la que hablamos aquí nos llega porque haremos el bien a toda costa, incluso si resulta en un ostracismo social.

Vituperación falsamente basada (v. 11), no la que ha sido merecida. Lo que trae la bienaventuranza es la vituperación que no tiene justificación ya sea en nuestras palabras o acciones.

Persecución y vituperación “por mi causa” (v. 11). El trato que surge de nuestra lealtad a Cristo y su justicia traerá aparejado su propia recompensa magnífica. Compartir sus sufrimientos es algo profundamente apreciado por nuestro Maestro. “Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas”. Este debe haber sido un concepto notablemente nuevo para los judíos, que generalmente consideraban al sufrimiento y la persecución como una maldición de Dios.

Tal es el concepto elevado de nuestro Señor sobre el carácter cristiano ideal. ¿Es nuestro? ¿Es demasiado elevado? Dios no conoce norma salvo el carácter de su propio Hijo. Él propone que todos debemos estar hechos a la imagen de su Hijo, y es el deleite del Espíritu Santo llevarlo a cabo.

12

LOS TÉRMINOS DEL DISCIPULADO DE CRISTO

“Viene a mí... Viene en pos de mí”.

Lucas 14:26, 27

Lectura: Lucas 14:25-33

El Nuevo Testamento está repleto de instrucciones sobre el discipulado y sus implicaciones. Se ocupó en gran medida de la enseñanza de nuestro Señor pero esta ha sido rechazada o silenciada en cuanto a la enseñanza de su iglesia. El motivo no es difícil de hallar. Ninguna enseñanza de Cristo fue menos popular y poco bienvenida en su época, y los años posteriores han visto pocos cambios en el corazón humano. Los términos que Jesús estableció para el discipulado profundo y continuo eran tan estrictos que la muchedumbre se alejó de Él cuando percibió lo costoso que era.

A Jesús se le presentó una única oportunidad de capitalizar sobre la gran popularidad que Él había obtenido en los meses recientes. “Grandes multitudes iban con él” que se aferraban a cada una de sus palabras. ¿Cómo mejoraría Cristo esta situación tanto favorable? ¿Realizaría alguna señal sensacional para excitar aún más su curiosidad? ¿Los halagaría para atraer su adulación? ¿Ofrecería algún aliciente o indulgencia especiales para asegurar su lealtad? En cambio, Él pareció tener la intención de traspasar su simpatía al establecer condiciones que parecían innecesariamente duras. ¡Un tipo extraño de discipulado, esto de desalentar deliberadamente a los que le brindaban apoyo y que Él, por cierto, estaría ansioso por obtenerlo! Solemos reducir nuestras exigencias para ganar a la muchedumbre. Jesús, intencionalmente, hizo que el hecho de seguirlo fuera desesperadamente difícil y deliberadamente apuntado al grupo de potenciales discípulos (vea Lc. 9:57-62).

En términos inequívocamente claros, Cristo indicó que ser su discípulo implicaba mucho más que un fácil consentimiento a

un credo. Sería costoso y pesado en lugar de ser algo que generara entusiasmo y emoción. En lugar de representar el discipulado como algo sencillo y placentero, Él puso el énfasis en sus dificultades y peligros. Habló más de los enemigos que se encontrarían que de los amigos de los que se disfrutaría; no de sandalias de plata y vida de placer, sino de caminos rocosos y zapatos de hierro. Él nunca lanzó un anzuelo para reclutar a alguien, nunca ocultó el costo de ser su discípulo. Todos los que lo siguieron, lo hacían con los ojos bien abiertos. Browning interpretó correctamente la enseñanza de nuestro Señor:

¡Cuán difícil es ser cristiano!

Difícil para ti y para mí,

No es la mera tarea de convertir en realidad

El deber hasta su ideal,

Efectuando así, completo y entero,

Un propósito para el alma humana,

Porque eso es siempre difícil de hacer.

Los líderes dinámicos siempre han estado alertas al hecho de que se da la mejor respuesta cuando se presenta el desafío más difícil. Cuando Garibaldi se estaba preparando para liberar a su país de una horda invasora, se encontró con un grupo de jóvenes ociosos y los invitó a unirse a él en su cruzada. “¿Qué nos ofreces?”, exigieron. “¿Ofrecerles? Les ofrezco que no paguen ni un centavo ni que me entreguen provisiones. Ofrezco hambre, sed, marcha forzada, batalla, muerte. Que el que ame este país en su corazón, no solo con sus labios, me siga”. Y lo siguieron. La empresa misionera siempre ha estado marcada por la falta de comodidad y la privación, las dificultades y el peligro en la más noble de todas las causas, y sin embargo la imaginación de los jóvenes siempre ha sido capturada por el llamado al sacrificio.

El término “discípulo” significa “aprendiz”; pero implícita en la palabra está la idea de alguien que aprende con el propósito de traducir las lecciones en acciones. Un discípulo cristiano es un aprendiz voluntario en la escuela de Cristo. Jesús primero invita: “Viene a mí”, y luego sigue con “Viene en pos de mí”. Pero no todos los que van a Él para la salvación están dispuestos a ir tras Él en servicio de sacrificio. Aunque deban serlo, “discípulo” y “creyente” no son sinónimos.

J. Edgar Hoover, jefe de la Agencia Federal de Investigaciones (FBI) de Washington, afirma que el comunismo siempre enfatiza la relación entre la teoría y la acción. “Estudiar a los ‘maestros’ del

comunismo es prepararse para la acción revolucionaria. Los comunistas no están interesados en preparar a miembros que demuestren su coeficiente intelectual marxista o que aprueben exámenes académicos. Su conocimiento debe convertirse en un arma para dar vuelta al mundo en pos del comunismo. «Nosotros estudiamos —dicen—, con el único propósito de poner en práctica lo que hemos aprendido». El Sr. Hoover pregunta pertinentemente: “¿Estamos como cristianos adaptándonos a la práctica real de las enseñanzas de Cristo? ¿Nuestras acciones cotidianas en el mundo secular están determinadas por nuestras creencias cristianas?”

¿Por qué nuestro Señor hizo que sus términos de discipulado fueran tan pesados, cuando el resultado inevitable sería la pérdida de apoyo popular? Porque a Él le importaba más la *calidad* que la *cantidad*. Él deseaba un grupo de hombres y mujeres elegidos, un grupo de Gedeón, con cuya devoción firme pudiera contar en los días de crisis. Él quería discípulos confiables en los que pudiera confiar cuando construyera su iglesia o luchara contra los poderes del diablo (Lc. 14:29, 31). Una vez que el discípulo está convencido de la majestad y la gloria del Cristo al que sigue y de la causa en la que está involucrado, estará dispuesto a hacer cualquier sacrificio.

Hace varios siglos, un rey occidental invasor cuya marcha se había encontrado con un triunfo total se aproximó al territorio del joven caudillo Abu Taber. Habiendo oído sobre su valentía, el rey se sentía renuente a matarlo y en cambio, envió a un embajador con términos de paz. Cuando oyó la propuesta, Abu Taber convocó a uno de sus soldados, le dio una daga y le ordenó: “Húndela en tu pecho”. El soldado obedeció y cayó muerto a sus pies. Llamó a otro y le ordenó: “Salta por ese precipicio al Éufrates”. Sin dudar ni un instante, saltó hacia su muerte. Dirigiéndose al embajador, Abu dijo: “Ve, dile a tu amo que tengo quinientos hombres como estos, y que dentro de las próximas veinticuatro horas lo tendré encadenado con mis perros”. El rey con su enorme cantidad de hombres continuó con su avance, pero las cifras no sirvieron contra la feroz lealtad de los devotos de Abu Taber. Antes de que pasara un día, el rey fue encadenado con los perros de Abu. Lo que importa es la calidad.

El cristianismo interpretado verdaderamente nunca ha sido popular. De hecho, una religión que es popular está muy alejada de la enseñanza de nuestro Señor: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, porque así hacían sus padres con los falsos profetas”, advirtió (Lc. 6:26). Por el contrario, el cristiano es verdaderamente

bendecido cuando los hombres lo vituperan y dicen todo tipo de maldades en contra de él falsamente en nombre de Cristo (Mt. 5:11). Se nos invita a compartir no su popularidad sino su falta de popularidad. “Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, llevando su vituperio” (He. 13:13). Debemos esperar que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”, no disfrutarán del favor popular. Se nos invita a compartir “la participación de sus padecimientos” en lugar de complacernos en su gloria reflejada. Si experimentamos poco de la “ofensa de la cruz”, es porque nosotros, al igual que Pedro, estamos siguiendo a Cristo “de lejos”.

Con total sinceridad, Jesús afirmó: “Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”, así que no debe sorprendernos si el camino del discipulado total no está atestado. Enseñar esto de ese modo pronto mengua la muchedumbre y elimina lo superficial. “Siempre que la iglesia tuvo cicatrices —dijo Vance Havner—, progresó. Cuando comenzó a tener medallas, la causa languideció. Fue un día más grande para la iglesia cuando los cristianos eran alimento para los leones que cuando compraban boletos de temporada y se sentaban en las gradas”.

En su discurso, nuestro Señor habló de “calcular los gastos”. Hay dos interpretaciones para esta referencia. Una es que los discípulos potenciales debían calcular cuidadosamente los gastos antes de embarcarse en el camino pesado del discipulado. Esto por supuesto es cierto, y está enfatizado en los tres argumentos irreducibles de Cristo que son el meollo del párrafo. Pero muchos opinan que la única forma en la que el pasaje tiene sentido es considerando a Cristo como el constructor de la torre, como el Rey de la campaña. Es Él quien está haciendo los cálculos y estimando los gastos. ¿Puede usar como sus constructores y soldados a aquellos cuyo compromiso con Él es meramente nominal y no de sacrificio? Los asuntos involucrados son tan estupendos que puede darse el lujo de contarme entre sus discípulos solo si cumplo con sus condiciones, solo si estoy dispuesto a seguirlo hasta la muerte.

Él enuncia tres condiciones indispensables del discipulado:

Tocar los afectos del corazón, un amor sin rival. “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (v. 26). Podemos ser sus discípulos solo si lo amamos más que a nadie. Seguirlo implica un choque de lealtades. Su llegada es divisiva.

Inevitablemente aparecen los argumentos contrastantes de los parientes y de Cristo, y en el reino del afecto del corazón Cristo no tolera ningún rival.

“Aborrece” como se lo usa aquí suena duro y arbitrario, pero la palabra es usada en un sentido relativo, no absoluto. Simplemente significa “amar menos”. El fanático desequilibrado no encontrará aquí excusa para una falta de afecto natural. Jesús no se contradice. No hay conflicto entre esta exigencia y el mandato de honrar al padre y a la madre. En la época en que Él pronunció estas palabras, convertirse en su discípulo implicaba un hombre en discordia con su familia y en ostracismo con la sociedad. En las tierras de Occidente hay poca familia o costo social involucrado, pero lo anterior está lejos del caso de los campos de la misión. Declarar lealtad a Cristo puede involucrar un hombre que ha perdido el empleo, a su esposa y a sus hijos, incluso la vida misma; y sin embargo Cristo no reduce sus exigencias.

Jesús no era un iconoclasta despiadado. Él ordenó el amor entre hermanos, entre esposos y de padres, pero sabía que con frecuencia “los enemigos del hombre serán los de su casa”. La prueba crucial es si el afecto natural prevalecerá sobre el amor a Él. En toda crisis, el amor por Cristo debe superarlo todo si es que vamos a ser sus discípulos. El hecho es que cuando entonces se le da el lugar preponderante en nuestros afectos, toda relación humana se enriquece. Porque lo amemos más, no significa de ningún modo que amaremos menos a nuestros seres queridos, sino al revés.

Jesús además exige que el amor por Él triunfe sobre nuestro amor instintivo a nosotros mismos, “...y aun también su propia vida...” La condición pasa por sobre el círculo familiar a la ciudadela central de la vida propia de un hombre. Cristo se preocupa porque nuestra propia vida profundamente atrincherada sea de una vez por todas invalidada. El discípulo podrá decir con Pablo: “...Ni estimo preciosa mi vida para mí mismo...”

Si en nuestros corazones no hay tal amor sin rival por Cristo, Él afirma que *no podemos* ser sus discípulos.

Tocar la conducta de la vida, un dilema incesante. “Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, *no puede* ser mi discípulo” (v. 27).

Ramón Lull, uno de los primeros misioneros para los musulmanes, cuenta cómo se convirtió en misionero. Había estado viviendo una vida lujosa y amante de los placeres. Un día, mientras estaba solo, Cristo vino a él cargando su cruz y diciendo: “Llévala por mí”; pero se alejó

de Él y se negó a hacerlo. Nuevamente cuando estaba en el silencio de una gran catedral, vino Cristo; le pidió de nuevo que cargara su cruz y otra vez él se negó. Cristo vino una tercera vez, y en esta ocasión, dijo Lull: “Él tomó su cruz y sin pronunciar palabra la depositó en mis manos. ¿Qué podía hacer sino tomarla y cargarla?” Lo hizo, pero esto terminó en que fuera apedreado hasta morir.

¿Qué quiso decir Cristo por “su cruz”? Por cierto, no era una enfermedad física ni una debilidad de temperamento, o mala fortuna, o problemas, o males. Estas cosas son inevitables y son comunes a toda la humanidad, sean o no cristianos. El hecho de que nuestro Señor precedió sus dichos con su hipotético “si” indica que algo voluntario está implícito. En términos más simples, la cruz significa vergüenza, sufrimiento y muerte. Es un símbolo de rechazo por parte del mundo. Evidentemente, está implícita una verdadera identificación con Cristo en la vergüenza y sufrimiento de su cruz. Cargar con nuestra propia cruz es una cuestión de elección. No es una presión sobre nosotros como lo fue la cruz de Jesús sobre Simón de Cirene. Significa una voluntad de compartir la burla, el odio, el ostracismo del mundo por su bien. Un discípulo mundano sería una contradicción de términos. Pablo sabía lo que estaba involucrado en esta identificación con un Cristo crucificado: “Nos maldicen y bendecimos; padecemos persecución y la soportamos; nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos” (1 Co. 4:12, 13).

Cuando voluntariamente abrazamos las circunstancias adversas de la vida como instrumentos de muerte respecto a la existencia egoísta y centrada en nosotros mismos, estamos cargando nuestra cruz. Recibidos correctamente, los sufrimientos, las limitaciones y las pruebas de la vida nos conducirán a nuestra verdadera posición como crucificados con Cristo. “El que mira el lado blanco de la cruz de Jesús y la levanta generosamente, descubrirá que tiene una carga tan pesada como lo son las alas para un pájaro” (Samuel Rutherford).

Si no estamos dispuestos a cargar con la cruz incesantemente, no podemos ser sus discípulos.

Tocar posesiones personales, una renuncia incondicional. “Cualquiera de vosotros que no renuncia a *todo* lo que posee, no puede ser mi discípulo” (v. 33). El tercer requisito de nuestro Señor para el discipulado es una entrega total de todo, no una buena entrega de mucho “...a todo lo que posee...”, son sus palabras. En el Nuevo Testamento, la palabra “renuncia” incluye “entrega a, decir adiós a”. La totalidad de la exigencia de nuestro Señor es lo que resulta tan asombroso. No admite

ninguna excepción. Él reclama el derecho de disponer de todo en la posesión de su discípulo como Él considere mejor en su sabio amor.

La mayor parte de las posesiones, bienes y propiedades de la gente, se convierten con mucha facilidad en objetos de amor y devoción. Las “cosas” pueden ejercer una tiranía terrible sobre nosotros; pero no podemos servir a Dios y a las riquezas, no podemos ser fieles a dos amos. Cuando el corazón está dividido entre intereses duales, el discipulado es imposible. La lección que el Maestro quería enseñar es que somos fideicomisarios de nuestras posesiones, no dueños.

El discipulado no necesariamente involucra una venta literal de todas nuestras posesiones y la entrega del producto de dicha venta, sino que no excluye esa posibilidad. Los discípulos sostuvieron: “Nosotros hemos dejado *nuestras posesiones* y te hemos seguido”. Se decía de la primera iglesia “...y ninguno decía ser suyo propio *nada* de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hch. 4:32). Cualquier otra cosa que esté implícita en esta condición, significa que debe haber una renuncia tan real y deliberada que nos haga dejar de lado nuestro reclamo de todo lo que poseemos, a fin de que nos libere para siempre de la ambición y el egoísmo. Nuestro Maestro espera que mantengamos todo lo que tenemos en una mano relajada, invertida y no en un puño firmemente cerrado. Nuestra actitud será: “Señor, sírvete de lo que quieras de mí”; si no, no *podemos* ser sus discípulos.

Para obedecer estas tres exigencias inequívocas, se necesita algún motivo poderoso. Se halla en el propio ejemplo de Cristo. Él no pide nada de nosotros que no esté dispuesto a hacer por sí solo. Por amor a nosotros Él “aborreció” a su Padre, a su hogar celestial, y vino como el Dios-hombre sin pecado para vivir en un mundo de pecado donde con frecuencia Él no tenía dónde apoyar su cabeza. Por nuestro bien, Jesús “cargando su cruz... Gólgota... y allí le crucificaron” (Jn. 19:17, 18). Para nuestro enriquecimiento eterno Él renunció a todo lo que tenía “...que por amor a vosotros, siendo pobre, se hizo rico, para que vosotros con vuestra pobreza fueseis enriquecidos” (2 Co. 8:9). ¿Es el siervo más grande que el Señor? ¿Debemos ser renuentes a hacer por Él lo que Él estuvo tan dispuesto a hacer por nosotros? Cuando cumplamos con estas tres condiciones, entonces, y solo entonces, seremos de hecho sus discípulos.

13

UNA CARTA PERSONAL DE CRISTO

“Escribe el ángel de la iglesia en Efeso...”

Apocalipsis 2:1

Lectura: Apocalipsis 2:1-7

Una carta personal del Cristo exaltado a una iglesia viviente es de hecho un documento memorable, y es un gran privilegio poder compartir su mensaje. Si bien principalmente está dirigida a la iglesia de Éfeso, concluye con una apelación individual y contemporánea: “El que tiene oído, oiga...” En ella hay una apreciación teñida de expresión patética, condena templada por la condena. Cristo se representa a como el que camina entre los siete candelabros de oro, que en 1:20 se identifican como las siete iglesias. Él supervisa y escudriña el brillo de su lámpara de testimonio. En su carta, Él hace un juicio moral de la iglesia desde el punto de ventaja del conocimiento pleno y preciso: “Yo conozco tus obras...”

Éfeso era una de las ciudades notables de los tiempos de la antigüedad. Sus ciudadanos la llamaban la metrópolis de Asia. Era rica y culta, pero totalmente corrupta. Además de ser un importante centro comercial, era el foco de una forma vil de adoración pagana. Alardeaba del templo magnífico de Diana, una de las siete maravillas del mundo, lo que le traía tanto riqueza como notoriedad. La iglesia de Éfeso tenía un privilegio único en la galaxia de dones espirituales poseídos por su fundador y los pastores sucesivos: Pablo, Apolo, Priscila y Aquila. Timoteo y Juan habían contribuido cada uno a su vida espiritual. Que hayan respondido a la profunda enseñanza espiritual que recibieron y a su vez la hayan comprendido, resulta claro desde las alturas de la verdad espiritual que Pablo registra en su carta a ellos. El tipo de creyente que forma el núcleo de la iglesia puede medirse mejor por la enseñanza espiritual que pudieron asimilar.

Para el momento en que la carta fue escrita, la iglesia efesia había estado establecida durante cuarenta años y su membresía era de segunda y tercera generación de cristianos. Las nuevas verdades sublimes que habían arrobado a sus antepasados, ahora se habían tornado en un lugar común; pero gran parte de la estabilidad y de la fuerza de la generación anterior todavía estaban en evidencia, y por esto Cristo expresa su cálida aceptación.

ALABANZA

El tacto y la comprensión del Maestro resaltan en claro alivio en la frase de apertura de su carta. Es de destacar que cuando Él tiene algo que encomiar, lo menciona en primer lugar, siempre como un procedimiento sólido en las relaciones humanas. Los alabó sin calificación por cuatro virtudes manifiestas en medio de ellos:

Fueron *leales en sus obras*. “Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia” (v. 2). Toda la vida y la conducta de la iglesia están a la vista aquí, la obra de sacrificio y la paciencia incesante en medio del cansancio. La iglesia era un enjambre de producción, llena de buenas obras. No había nada pasivo en cuanto a su paciencia. Era persistente en el trabajo, incluso, hasta el punto del agotamiento y por esto Cristo los alabó con calidez. Cabe advertir que las tres palabras usadas en esta frase también aparecen en la carta de Pablo a los tesalonicenses donde alaba “...la *obra* de vuestra fe, del *trabajo* de vuestro amor y de la *constancia* en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 1:3).

Luego, también fueron *intolerantes con los impostores*: “...no puedes soportar a los malos...” (v. 2). Esta era una iglesia que no condonaba la impureza de ningún tipo en su medio. Había una suficiente virilidad espiritual para ejercer una disciplina saludable, y por esto recibió un encomio divino. La iglesia efesia podía tolerar cualquier cosa menos la presencia de impostores en su entorno.

Como iglesia tenían *discernimiento en la doctrina*: “...has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos...” (v. 2). Por el tiempo verbal parecería que nuestro Señor se estaba refiriendo a una crisis reciente en la que habían probado la doctrina de Nicolás (v. 6), quien planteaba ser igual o incluso superior a los apóstoles originales, y los había condenado. Prevenidos por Pablo en su discurso de despedida (Hch. 20:29), habían sido observados por los “lobos rapaces” a los que él hacía alusión. Aquí había creyentes que eran cuidadosos de lo que escuchaban y por lo tanto no eran engañados. Pero no solo pusieron a prueba sus palabras, sino que

también pusieron a prueba sus acciones, y las rechazaron. Por eso Cristo, que es la Verdad, los alabó: “...aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco” (v. 6). Ignacio llevó este testimonio a la iglesia efesia: “Vivís de acuerdo con la verdad y ninguna herejía tiene un hogar entre vosotros: Ni tampoco escuchan tanto a cualquiera si él habla de otra cosa que no sea de Jesucristo”.

Finalmente, eran *pacientes en la persecución*. “[Tú] has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado” (v. 3). En medio de los feroces fuegos de la persecución, ellos demostraron un notable poder de permanencia.

Con tal alabanza increíble y merecida de Cristo, cuyos “ojos eran como llama de fuego”, esta iglesia por cierto tiene bases para la congratulación propia. ¿Qué más podía esperarse de ella? Cuán gratificados estaríamos si todas nuestras iglesias merecieran tal encomio. Pero el ojo penetrante de Cristo vio un defecto fatal debajo del exterior justo. Su oído, que escucha, detectó una nota faltante en la armonía de su adoración.

QUEJA

“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”, has abandonado el amor que tenías al principio. La palabra profética del Señor Jesús ya se había vuelto verdadera (Mt. 24:12). A primera vista esto podría no parecer un asunto de tremenda importancia al contraponerlo con el trasfondo de sus muchas cualidades admirables, pero dicha visión es terriblemente superficial. ¿Es algo nimio para una esposa si su esposo abandona el amor que tenía por ella al principio? Un hermoso hogar, una abultada cuenta bancaria, una buena posición social serían cenizas para ella si él le quitara su amor. Ningún sufrimiento es tan punzante como el del amor no correspondido.

Parecería que se había producido una crisis en la historia de esta iglesia leal, trabajadora, ortodoxa que había hecho que su primer amor por Cristo menguara. ¿Se habían vuelto tan ardientes en la tarea consumidora de mantener las buenas obras que su amor por Cristo se había enfriado? ¿Estaban tan ocupados aborreciendo los hechos de los nicolaítas que habían cesado de amar a Cristo? La pérdida de amor por Cristo no es algo trivial. La obra, el trabajo y la paciencia de los cristianos tesalonicenses recientemente convertidos tenían un motivo inspirado: La fe, el amor, la esperanza. Pero para la segunda generación de creyentes efesios, la fe, el amor y la esperanza habían quedado en el camino, y todo lo que quedaba era el trabajo, la obra y la paciencia.

Sin los motivos inspiradores, su obra se convirtió en una carga y su ortodoxia en algo muerto. Se requiere de amor ardiente por Cristo para que esas actividades tengan un valor espiritual perdurable. El trabajo y el celo, e incluso el sacrificio propio, no son sustitutos del amor.

Los hombres no creen que la pérdida de amor por Cristo sea algo serio, pero Él lo considera como un pecado de dimensiones terribles que, a no ser que haya arrepentimiento, derivaría en la destrucción del testimonio de la iglesia: Hubiera fracasado en el propósito mismo por el cual se fundó.

CONSEJO

Primero, el Cristo exaltado hace un llamado a la iglesia para que recuerde: “Recuerda, por tanto, de dónde has caído...” (v. 5). Hay un tiempo para mirar hacia atrás y un tiempo para mirar hacia adelante. La memoria puede ejercer un ministerio saludable cuando se la pone en juego. Tenemos una facilidad fatal para olvidar los hechos o las verdades desagradables o inoportunas. Si amamos menos a Cristo hoy de lo que lo amábamos durante los primeros días de nuestra nueva vida, Él dice que hemos caído. Puede que no hayamos caído en un pecado grave, pero hemos caído fuera de nuestro amor por Cristo. Pensemos y veamos si hubo algún momento en el que nuestro amor por Él era más apasionado, más sacrificado de lo que es ahora. “Recuerda”, está en imperativo; nuestro Maestro nos está ordenando que pongamos a trabajar nuestros recuerdos. Es cierto que resulta probable que el amor sea más demostrativo en las primeras etapas que más adelante, pero a medida que el amor madura, será más profundo y más fuerte. ¿Ha sido esta su experiencia?

La profecía de Jeremías tiene un párrafo punzante: “Vino a mí la palabra de Jehová, diciendo: Anda y clama a los oídos de Jerusalén, diciendo: Así dice Jehová: Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada” (Jer. 2:1-2). Dios recordó con gozo triste el brillo y la calidez del amor primero de su pueblo hacia Él, un amor que entonces era altruista y de sacrificio. Pero ahora ese brillo se había desvanecido. Él recordó con pena añorante sus cuatro bellas características.

Recordó *la fidelidad de su amor*. “Recuerdo la fidelidad de tu juventud”, los primeros días en que ellos lo amaban más que a nadie o a nada; cuando demostraban una preocupación sensible y solícita

por sus sentimientos; cuando lo consideraban y consultaban por todo, grande o pequeño. El criterio de prueba de toda actividad era: “¿Lo complacerá esto?” ¿El centro de nuestra vida ha cambiado de manera que la pregunta se ha vuelto: “¿Me complacerá esto?” La corrección de la relación no ocupa el lugar de la fidelidad de amor.

La devoción de su amor en el principio del cortejo estaba fresca en su memoria. “Recuerdo el amor de tu desposorio”. El amor recientemente despertado es algo realmente hermoso. Cuando Hudson Taylor estaba viajando por tren en Francia, una pareja joven y obviamente recién casada ingresó a su compartimiento. Ignoraron por completo a su compañero de viaje. La novia casi no podía quitar los ojos del rostro de su enamorado. Ella se anticipaba a cada deseo, estaban totalmente absorbidos uno con el otro. El señor Taylor dijo: “Mi corazón clamó: ¡Ojalá yo pudiese sentir un amor como ese por mi Señor!”

Dios recordó con profundo aprecio la *exclusividad de su amor*: “Cuando andabas en pos de mí”. Él era el centro del mundo de los creyentes efesios y todo giraba alrededor suyo. La devoción personal hacia Él motivaba toda su vida. Pero ahora la *exclusividad* se había vuelto *generalidad*. Es fácilmente peligroso que la devoción a la persona del Señor se deteriore en devoción por la obra del Señor.

Ramón Lull, el noble español y profesor universitario del siglo XIII, abandonó sus planes atractivos de evangelizar a los musulmanes. Dos veces fue expulsado del país. Pasó un año y medio encarcelado en un calabozo. Siendo anciano, cuando lo llevaron hasta un muro y lo apedrearon hasta morir, sus últimas palabras fueron: “Solamente Jesús”. Poco antes de morir expresó: “El que ama no vive, y el que vive por Cristo nunca morirá”. Los términos de sus votos de consagración fueron: “Para ti, oh Señor Dios, me ofrezco a mí mismo, a mi esposa, a mis hijos y todo lo que poseo”, y hasta el día de su muerte nunca se retractó de la exclusividad de su amor por Cristo.

Cuando hubo una feroz persecución en Holanda, a Geleyn de Muler le dijeron que se desdijera y dejara de leer la Biblia o sufriría la muerte por el fuego. Él tenía esposa y cuatro hijos. “¿Amas a tu esposa y a tus hijos?”, le preguntó Titelman. “Dios sabe que si el cielo fuera una perla, la tierra un globo de oro y yo fuera poseedor de todo eso, con toda alegría lo dejaría por mi familia, aunque nuestra comida fuera solo pan y agua. *Pero no por Cristo*”. Fue estrangulado y quemado.

Dios no se olvidó del *sacrificio de su amor*: “...cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada”. El suyo era un amor incalculable, un amor que estaba preparado para los riesgos. En el

brillo de su primera devoción estaban dispuestos a sacrificarlo todo para poder estar con Él, porque lo único que el amor no puede soportar es la distancia. La soledad, las privaciones, el hambre y la pobreza no les generaban temor si tenían la compensación de su presencia. No hay mucho de atractivo en un desierto, el lugar de la tentación y de las pruebas. Era una “tierra no sembrada”, sin seguridad, sin perspectivas; pero esto no podía saciar el ardor de su amor. No había certeza de obtener cosecha y ninguna seguridad para el futuro, pero a pesar de esto lo siguieron allí. El Señor recordó con profundo gozo la fidelidad de un amor que renunciaba a todos los demás amores y perspectivas simplemente para estar con Él.

Luego, Cristo llamó a la iglesia de Éfeso a *arrepentirse* (v. 5). Él emite una exigencia imperativa para un cambio inmediato de parecer, de actitud y de conducta antes de que sea demasiado tarde. Es una palabra que combina lo intelectual y lo volitivo. No bastaba con que los efesios se sintieran muy mal por su pecado de haber caído fuera del amor por Cristo; tenían que enamorarse de Él de nuevo, y hacer esto estaba en su poder. La expresión “se alejaron de mí” casi implica cierta crisis, algún punto definido de tiempo cuando comenzó a soplar el viento helado. El peregrino encontró el rollo perdido exactamente donde lo dejó. Puede que para algunos de nosotros sea necesario realizar un peregrinaje mental a la ocasión en la que perdimos el amor que sentíamos al principio.

Finalmente, Él les ordena “Haz las primeras obras”. Nuevamente el tono es imperativo. Se trata de resumir las obras que solían hacer, y la consecuencia es que el cambio de parecer hacia Cristo se acopló con una renovación de las actividades anteriores, que entonces surgieron de un amor brillante hacia Cristo, que una vez más harían arder el fuego del amor en el corazón. El amor es una cuestión de la voluntad así como también de las emociones. Cuando se corrigen los ajustes, el amor retornará nuevamente.

Cristo hizo cumplir sus mandatos con una advertencia solemne: “Arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido” (v. 5). Aparentemente esta apelación fue eficaz durante un período, y el amor por Cristo nuevamente fue evidente en la iglesia efesia, pero no durante mucho tiempo. El candelero del testimonio se apagó y la historia cuenta la secuela. Éfeso es ahora una aldea escuálida establecida sobre las ruinas de su gloria anterior, y el testimonio cristiano es inexistente.

Hay un registro de alguien que visitó la aldea y que solo encontró allí a tres cristianos, y estos eran tan ignorantes que casi no habían oído los nombres de Pablo o de Juan.

Esta carta tiene un mensaje y una advertencia contemporáneos para la iglesia de nuestros días. Cuando otras cosas se magnifican y se alientan en la vida de la iglesia a expensas de un amor ferviente por Cristo, la congregación puede permanecer intacta pero el candelero ya ha sido quitado, teniendo un nombre para vivir, pero muerto.

COMPENSACIÓN

La carta no cierra con una connotación negativa. Comenzó con una alabanza; termina con una compensación: “Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios” (v. 7). Aquí hay una promesa gloriosa al que es obediente a la exhortación y a la advertencia de su Señor. El que vence recibe algo mejor que el alimento ofrecido a los ídolos con los que se tentaron los creyentes efesios. Él tendrá libre acceso al árbol de la vida que le fue prohibido a Adán en el Edén. Se le permitirá comer del árbol de la vida, alimentarse de Cristo mismo. Lo que el hombre perdió en el pecado original en el Edén se restaura gloriosamente al que vence en cualquier época.

14

UNA VIDA DE REINADO A TRAVÉS DE CRISTO

“Pues si por la trasgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia [como reyes]”.

Romanos 5:17

Lectura: Romanos 5:12-21

Los que reciben la abundancia de la gracia [como reyes] y el don de la justicia”. ¡Qué imagen tan atractiva de la vida cristiana presenta Pablo en estas pocas palabras! Y cuando escribió sobre abundancia no se refirió a una monarquía constitucional limitada, tal como la conocemos hoy día. Ahora el rey o la reina es en gran medida un símbolo, mientras que el poder ejecutivo está investido en el Parlamento y el primer ministro. Luego, el rey poseía poderes absolutos y despóticos que eran benéficos si él era un buen hombre, tiránicos si era malo. Con este concepto de reinado en mente, todo el significado de las palabras de Pablo cobra claridad. Pero esta idea de la vida cristiana parece estar alejada de las vidas reales que viven la mayoría de los cristianos.

SOBERANÍAS RIVALES

Se hace alusión a cuatro regiones en Romanos, capítulo 5:

“Reinó la *muerte* desde Adán hasta Moisés” (v. 14).

“El *pecado* reinó para muerte” (v. 21).

“Así también la *gracia* reine por la justicia” (v. 21).

“Ellos... reciben la abundancia de la gracia [como reyes]” (v. 17).

Usando la imaginación de Pablo, hay dos dinastías eternamente antagonistas para capturar y reinar sobre la ciudadela del alma del hombre: La dinastía del pecado y de la muerte y la dinastía de

la gracia y de la justicia. Entre las dos está el cristiano cuya decisión determina qué dinastía tendrá ascendencia sobre la otra. El zoroastrismo considera a todo el universo como un campo de batalla entre estas dos dinastías, entre el dios Ormuzd y el dios Ahriman. Lo que fija el destino de un hombre es a quién elige en el conflicto cósmico.

Quedamos sin duda alguna sobre el propósito y la provisión divinos. “Reinarán en la vida”. “Así también la gracia reine”. Dios quiere que sus hijos vivan vidas triunfantes, no de derrota. Pablo mismo testificó: “Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús” (2 Co. 2:14). La imagen es de un rey que ha regresado de una campaña victoriosa y es honrado por su emperador y por su nación.

PRIVILEGIOS REALES

La idea de la realeza normalmente está relacionada con determinadas características deseables cuyas contrapartes espirituales deben aparecer en la vida del cristiano. En el reinado de la Reina de Inglaterra, si bien ella no ejerce los poderes absolutos de la realeza de la época de Pablo, esperamos y encontramos una disciplina propia que ha producido en ella una dignidad y una presencia que se vuelve una en su posición encumbrada. Buscamos en ella *una personalidad encantadora* y no nos desilusionamos. Para los ricos y también para los pobres ella muestra el mismo interés bondadoso y la misma preocupación. En sus giras reales, no importa cuán pesadas sean las exigencias o cuán agotada esté, no hay pérdida de encanto y atractivo. Entonces, también, hay una *conciencia de autoridad* engendrada por el constante ejercicio de las prerrogativas que le confiere su posición real. Los que se relacionan con ella son concientes de su autoridad y no se toman libertades. Ella no padece de *limitaciones de riqueza*. Para ella, desear es tener. Independientemente de las riquezas que muestra en la vestimenta y las joyas, siempre queda la impresión de recursos ilimitados que todavía no han sido tocados. Ella goza, teóricamente, de una *libertad desencadenada*. Todo el territorio es suyo, y los demás gozan de su uso solo porque ella lo otorga. Puede ir a donde quiera, hacer lo que le guste en todo su reinado.

Qué imagen fascinante de la vida cristiana es la imagen vívida que retrata: Nobleza, encanto, autoridad, riqueza, libertad. Nuestro Dios nos invita a creer que esas cualidades y prerrogativas espirituales pueden y deben ser disfrutadas por cada hijo del Rey de reyes. Si no las manifestamos ni las gozamos, no es porque estén más allá de nuestro alcance, sino solo porque estamos viviendo por debajo de nuestros privilegios. Dios siempre es liberal con sus dones. Si es amor lo que

Él inviste, es “El amor de Cristo que excede a todo conocimiento”, o gozo, “os alegráis con gozo inefable y glorioso”, o paz, es la “paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento”. Nuestro Dios es el Dios de lo superlativo.

La señora Hetty Green era una ermitaña que vivía en un departamento firmemente cerrado en una ciudad de Estados Unidos. Era fabulosamente rica, habiendo heredado \$20.000.000 de acciones del ferrocarril. ¡Al morir se descubrió que en lugar de una enagua, usaba papeles de periódicos cosidos entre sí! De este modo podía ahorrar más dinero, ¡pero no podría decirse que hacía uso de sus privilegios o de sus recursos!

¿No debemos admitir que nosotros también vivimos por debajo de nuestros recursos espirituales? No siempre somos “más que conquistadores”. En lugar de reinar sobre nosotros mismos, nuestras circunstancias, nuestros pecados, estamos frecuentemente bajo su dominio. Leemos con anhelo el reaseguro categórico: “El pecado no se enseñorea de vosotros”, pero debemos confesar con confusión: “Jehová Dios nuestro, otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros” (Is. 26:13). La atractiva promesa de Romanos 5:17 sigue siendo un espejismo incitador. En lugar de ser objeto de robo en vestimentas reales, estamos vistiendo nuestros viejos periódicos. “Conozco muy bien que esta es una experiencia en la que no ingresan todos”, escribió el doctor W. M. Clow. “Hay un rango de bienestar y felicidad a la que los hombres no se atreven a aspirar y otros hombres no ansían tener. *Todas nuestras vidas se viven en un nivel bajo sin necesidades*”.

LOS SÚBDITOS REALES

Un reinado implica tener súbditos. ¿Cómo son? El reino del pecado y la muerte es el reino de un poder sobre una personalidad. El reinado de la gracia y la justicia es un reinado de una personalidad sobre un poder. “Como reyes”, los derechos de la realeza sobre los poderes que empobrecen y tiranizan han sido investidos sobre nosotros.

Pecado. “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros”. Si vivimos bajo el dominio del pecado es porque ignoramos el camino de la liberación o porque en lo profundo de nuestro ser no queremos ser liberados. No es porque no se haya hecho provisión para la liberación en la muerte y la resurrección de Cristo y en la fuerza interior del Espíritu Santo. Porque “la muerte ya no se enseñorea más de él”, dice Pablo, “el pecado no se enseñoreará de vosotros” (Ro. 6:9, 14). El

pecado dominante mantiene a muchos de nosotros en su prensa y sofoca nuestra vida espiritual. Pero podemos enseñorearnos sobre toda forma de pecado. Ya no necesitamos que nuestro acoso especial estropee nuestra experiencia espiritual.

Circunstancia. Nos enseñoreamos sobre nuestras circunstancias o bien ellas se enseñorean sobre nosotros. No existe un camino intermedio. Somos los juguetes o bien ellas son nuestros súbditos. En los versículos finales de Romanos 8, Pablo enumera las peores circunstancias posibles en las que podría encontrarse el creyente—tribulación, angustia, persecución, hambruna, desnudez, peligro, espada— y luego agrega: “Antes, en *todas* estas cosas somos más que vencedores *por medio de aquel* que nos amó” (Ro. 8:35, 37). No es necesario hacer concesiones a la debilidad de la carne cuando el triunfo de Cristo es nuestro triunfo.

Frustración. Esta palabra se ha vuelto muy popular en la jerga psicológica actual, porque caracteriza a quienes no se han sometido al señorío de Cristo y han encontrado una vida sin propósito y frustrante. No es necesario que la persona que ha abrazado la voluntad de Dios como la regla de su vida se sienta frustrada. Se profetizó de Jesús antes de su nacimiento y se evidenció abundantemente en su vida: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado” (Sal. 40:8). Esto no suena a frustración. Cuando la vida tiene como propósito supremo cumplir con la voluntad de Dios, es como una fuente de gozo y deleite infinitos.

Falta de adecuación. Lo que generalmente se da como excusa para una vida de bajo nivel y un escaso servicio espiritual en realidad puede demostrar ser una gran bendición. “Bienaventurados los pobres de espíritu”, los inadecuados, dijo nuestro Señor. Pero la falta de adecuación solo trae bienaventuranza cuando nos lleva de nuevo a los recursos ilimitados de Cristo. Argüir nuestra insuficiencia no le complace a Dios, como aprendió Moisés. Cuando Él convoca a cualquier tarea, el llamado trae aparejado la implicancia de que se dará toda la habilitación necesaria. El testimonio de Pablo fue: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

Estados emocionales. Ninguna tiranía puede ser más despótica que la de nuestros sentimientos y nada puede ser más devastador para los que viven y trabajan con nosotros. En muchos hogares hay un estado de tensión constante, si no una discordia violenta porque algún miembro o miembros no saben nada de enseñorearse de sus estados emocionales. Difunden una “atmósfera” a donde quiera que vayan. Otros miembros

de la familia los miran disimuladamente cuando llegan por la mañana para descubrir en qué dirección sopla el viento, qué tipo de sentimiento tiene ascendencia. Debemos tener presente que los sentimientos no son cosas irresponsables. Son el reflejo de nuestro estado interior. Si nosotros mismos somos indisciplinados, nuestros sentimientos serán indisciplinados también. Si estamos justo en el centro de nuestro ser en nuestra relación con el Señor, estaremos en el centro también de la circunferencia. Debemos vivir *en el reinado de la voluntad*, no en el de las emociones. Nos convertimos en lo que elegimos. Reinar no es un estado emocional, es un ejercicio intencional de las prerrogativas concientes. Dios quiere que ascendamos al trono y que reinemos sobre nuestros sentimientos.

Temores. El autor de Hebreos habla de los que “Por el temor... estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”.

Siervos, que deberían ser conquistadores,
Esclavos, que deberían ser libres.

El temor con frecuencia tiene una base en la realidad, pero más frecuentemente es algo intangible, un terror sin nombre que se apodera y entumece el espíritu. Algunas personas tienen miedo a todo: Temen a las personas, al pasado, al futuro; temen a todo lo que es desconocido; temen asumir responsabilidades y tomar decisiones y el “temor lleva en sí castigo” (1 Jn. 4:18). Pero es gloriosamente posible que podamos reinar sobre todos nuestros temores, porque: “Dijo el Señor: No te desampararé ni te dejaré. De manera que podamos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré”. Advierta que hay dos cosas implícitas en el reinado sobre el temor: La confianza en el compañerismo asegurado de Dios y la determinación fijada de la voluntad, porque Él es nuestro ayudador, para que no temamos. El Dios omnipresente está allí para reforzar la débil voluntad humana.

LOS RECURSOS REALES

Si el versículo que estamos estudiando significa algo, es que no hay bendición espiritual que nunca podamos necesitar ni desear que Dios no la haya puesto a nuestra disposición: “Su gracia más que suficiente”, “el don gratuito de la justicia”. Podemos darle una aprobación intelectual a la verdad teológica de que la gracia de Dios es más que suficiente para nuestras necesidades, y sin embargo experimentalmente puede ser absolutamente no verdadera. Los recursos están disponibles pero pueden no ser los apropiados.

Cabe advertir que el hecho de que “vivamos como reyes” y “reinemos en la vida” nunca está alejado de Cristo. Pablo lo expresa con abundante claridad: “Reinarán en la vida *por uno, Jesucristo*”. El hecho de que reinemos en la vida es el resultado directo de su reinado sobre nosotros. Si Él reina en nosotros, nosotros reinamos en la vida. Él ya nos ha puesto a disposición el botín de su victoria pero espera que nos apropiemos de él.

“Dios...*nos bendijo* con toda bendición espiritual...en Cristo” (Ef. 1:3).

“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también *con él* todas las cosas?” (Ro. 8:32).

“Todo es vuestro...y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Co. 3:21, 23).

Estos versículos ponen muy en claro que Dios no tiene favoritos. No hay diferencia entre investir a un cristiano o a otro. No hay creyentes inválidos en cuanto a los recursos reales. Todos pueden compartir del mismo modo. La única diferencia está en la recepción.

Podría preguntarse, ya que estos recursos están disponibles para todos en Cristo, ¿por qué hay tan poca evidencia de su posesión en las vidas de los cristianos en su totalidad? ¿Puede la cabeza ser rica y el cuerpo pobre? Sí, cuando el flujo de sangre está limitado. La fe es la sangre de la vida espiritual y cuando la fe no está funcionando, la penuria espiritual es el resultado inevitable.

EL SECRETO REAL

“Los que *reciben* la abundancia de la gracia y del don de la justicia [*como reyes*]”, afirma Pablo. Recibir y reinar son hermanos siameses. Uno no puede vivir separado del otro. Lo que Dios ha unido, el hombre no lo puede separar. Si algunos se convierten en gigantes espirituales mientras otros permanecen como pigmeos espirituales, es porque algunos han sido grandes receptores mientras que otros han permitido que la gracia más que suficiente de Dios permanezca inapropiada.

La apropiación se hace cargo de los hechos de Dios y los convierte en factores de la experiencia cristiana. Sostiene las promesas de Dios, estando “plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido”. Asombra que “tampoco dudó, por incredulidad”. Cada uno de nosotros tendrá los mismos recursos espirituales para nuestro crédito como el mayor santo que jamás haya vivido. El grado en el que “vivimos como reyes” y “reinemos

en la vida” será el grado en el que nos acerquemos a ellos y los convirtamos en la moneda de la experiencia. En su incomparable parábola del hijo pródigo, nuestro Señor dejó en claro que el padre maravilloso dividió entre *ellos* su patrimonio, al hermano mayor lo mismo que al hijo menor; y sin embargo, el primero se quejó porque no se le dio lo suficiente para divertirse con sus amigos. La diferencia no residía en lo otorgado sino en la apropiación. El hijo pródigo por lo menos le hizo el honor al padre de recibir lo que él le había dado.

Nuestro gozo de las bendiciones espirituales está estrictamente limitado a nuestra apropiación de las mismas. Gozamos no lo que ansiamos, o esperamos, o incluso pedimos, sino solo lo que recibimos. Podemos suspirar por una experiencia de reinado toda nuestra vida, pero se vuelve nuestra solo cuando nos apropiamos de la seguridad de su promesa. Los que reciban, reinarán, y solo ellos. Canaán fue dada a Israel por Dios pero ellos no gozaron de sus bendiciones y beneficios durante muchos años, hasta que personalmente se apropiaron de esa tierra y caminaron sobre ella. Podrían haber entrado cuarenta años antes si hubieran recibido y hubieran hecho suyo lo que Dios ya les había otorgado.

Si tenemos crédito en un banco, no hay necesidad de implorarlo al cajero que nos lo dé. Solo necesitamos reclamar lo que es nuestro usando un cheque. Se dice que hay treinta mil promesas realizadas al hijo de Dios, pero que no tienen más valor para nosotros que titulares del periódico si no nos apropiamos personalmente de ellas.

Destacándose en la municipalidad de Filadelfia hay una estatua de William Penn, el cuáquero fundador de la comunidad de Pennsylvania. Estaba en muy buenos términos con los indios y en reconocimiento por su bondad un día le dijeron que le iban a dar tanta tierra como él pudiera caminar sobre ella en un día. Él les tomó la palabra. A la mañana siguiente se levantó muy temprano y caminó todo el día. Era tarde por la noche cuando regresó. Lo esperaba un grupo de indios con sonrisas burlonas en sus rostros. “Carapálida ha caminado mucho hoy”, dijeron. Pero cumplieron su promesa, y Penn recibió toda la tierra que ahora es la ciudad de Filadelfia. ¿Dios va a ser menos fiel a sus promesas?

Puede objetarse que los ejemplos presentados son sobre cosas tangibles, mientras que las bendiciones espirituales son intangibles y la apropiación de ellas parecería ser más difícil; pero ¿no nos apropiamos constantemente de cosas intangibles? El amor puede ser muy abundante

sin limitaciones, pero no se lo disfruta hasta que se lo cree y se lo recibe. El perdón puede investirse libremente, pero no trae ninguna liberación hasta que se lo cree y se lo recibe. Nuestro Señor enunció una ley inalterable de la vida espiritual cuando dijo: “Conforme a vuestra fe, os sea hecho”. Obtendremos solo lo que tomemos.

El difunto doctor F. B. Meyer relató cómo aprendió el secreto real de la apropiación. Se estaba dirigiendo a un grupo grande de niños reunidos que cada vez hacían más disturbios. Pronto se le agotó la paciencia y supo que estaba por salirse de quicio, sobre lo que nunca había reinado plenamente. Estaba avergonzado de su falla, pero era incapaz de hacer nada al respecto. En su situación extrema clamó de corazón: “¡Tu paciencia, Señor!” De inmediato parecía como si un bulto de la paciencia de Cristo hubiera caído sobre su corazón. Todo enojo y malestar murieron por completo y pudo llevar la reunión a una conclusión bendecida.

La experiencia fue tan asombrosa, tan decisiva y la liberación tan completa que él supo que había descubierto un secreto valioso. Testificó que de ahí en adelante usaría la misma fórmula. Retuvo las palabras: “¡Tu... Señor!” y en el medio colocaba la que fuera su necesidad del momento. ¿Se sentía solo? “¡Tu compañía, Señor!” “¿Tenía miedo? “¡Tu serenidad, Señor!” ¿Lo tentaba la impureza? “¡Tu pureza, Señor!” ¿se sentía crítico de los demás? “¡Tu amor, Señor!” Dios le había dado todas las cosas que pertenecen “a su gloria y excelencia”, y él se apropió de ellas justo cuando surgía la necesidad. Él descubrió que Cristo era el complemento de cada una de sus necesidades. Demostró, como lo haremos nosotros, que hay un mundo de diferencia entre la fe que pide y la fe que se apropia. Solo los que reciben, reinan en la vida.

TERCERA PARTE

EL ESPÍRITU:
EL ALIENTO DE DIOS

EL ESPÍRITU: EL ALIENTO DE DIOS

*“Vino del cielo un estruendo como de un viento [aliento]
recio que soplabá”.*

Hechos 2:2

Lectura: Juan 20:19-23; Hechos 2:1-4

A *trapado entre Pascua y Pentecostés*”. Este diagnóstico llamativo de la condición espiritual de muchos cristianos es digno de un pensamiento cuidadoso y de una aplicación personal. Es posible regocijarse en el hecho de que Cristo ha resucitado sin dejar de experimentar la dotación especial de poder prometida por el Cristo resucitado, del cual Pentecostés fue el prototipo. ¿Por qué la gran discrepancia entre el poder espiritual esgrimido por la temprana iglesia y el ejercido por la iglesia de nuestros días? La simple explicación es que no podemos tener los frutos sin las raíces. El logro de la temprana iglesia fue el resultado de la dotación especial de poder. Las Escrituras ponen muy en claro que esta unción y su acción de colmar están tan disponibles para los cristianos de hoy día como en el día de Pentecostés.

Este fue el complemento necesario del Calvario. Como una elipsis, la fe cristiana y la experiencia cristiana giran alrededor de estos dos centros mellizos. Sin Pentecostés, el Calvario habría fracasado en su propósito y no hubiera sido efectivo para redimir a un mundo perdido. Hubiera sido como perfeccionar una máquina costosa y negarse a mejorar el poder motivador. Los grandes hechos en los que se basan la redención, el nacimiento virginal de nuestro Señor, la vida virtuosa, la muerte vicaria y la resurrección victoriosa, habían sido completados durante más de cuarenta días, y sin embargo nada había sucedido, hasta el día de Pentecostés. Solo entonces se puso en marcha la maquinaria de la redención.

Este día fue testigo de la unificación del propósito soberano de Dios y la preparación espiritual de los hombres a los que Él confiaba su cumplimiento. El momento exacto del descenso del Espíritu había sido indicado siglos antes. La fiesta de Pentecostés iba a ser celebrada cincuenta días después de la fiesta de Pascua judía (Lv. 23). El día de Pentecostés debe ser cincuenta días después de que “el Cristo, nuestra Pascua judía” fuera sacrificado para nosotros. Y lo fue, con todos sus acompañamientos benditos.

Dos de los grandes renovadores de la fe fueron Jonathan Edwards y Charles G. Finney. Edwards consideraba la renovación de la fe como un acto soberano de Dios que de ninguna manera podía estar influido por las preparaciones o los trabajos del hombre. Finney, por el contrario, sostenía que Dios siempre estaba listo para investir la renovación, y que el hombre podía tenerlo cuando estuviera listo para pagar el precio en la preparación del corazón. El Día de Pentecostés demostró que ambos tenían razón y que ambos estaban equivocados. El Espíritu Santo descendió solo “cuando llegó el día de Pentecostés” (Hch. 2:1). Ningún monto de vaciamiento propio o preparación del corazón por parte de los discípulos hubiera inducido su descenso en cualquier otro día. Pero este acto soberano de Dios coincidió con una profunda humillación y degradación propia de su parte. El Espíritu no hubiera venido sobre los hombres y las mujeres en cuyos corazones no hubiera habido una preparación previa. Los diez días de espera y de oración habían producido un ansia intolerable por el cumplimiento de “la promesa del Padre” (Lc. 24:49). En Pentecostés, el propósito soberano de Dios y la preparación esencial del hombre llegaron a la madurez, e inmediatamente siguió una intervención divina espontánea. “Descendiendo del cielo” tres fenómenos sobrenaturales.

“Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplabá, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados” (Hch. 2:2). Esta fue una experiencia conjunta, que significaba la renovación misteriosa y la purificación del Espíritu en la iglesia.

“Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos” (Hch. 2:3). Esta fue una experiencia individual, que simbolizaba la fusión, la calidez, el ministerio purificador del Espíritu.

“Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen...Y hecho este estruendo se juntó la multitud; y estaban

confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua” (Hch. 2:4, 6).

Este fue el resultado del testimonio facultado por el Espíritu de hombres y mujeres con lenguas encendidas al hablar sobre las maravillosas obras de Dios, algo inverso a lo de Babel. Luego, estaban confundidos porque una lengua se convirtió en muchas.

Mientras que había un lado dispensacional e histórico en Pentecostés, también tenía implicaciones personales y prácticas para los primeros discípulos y para nosotros que hemos creído en Cristo a través de su palabra (Jn. 17:20). Ellos sabían que algo importante había ocurrido en sus vidas. En lugar de ocultarse tras una puerta cerrada “por temor a los judíos” (Jn. 20:19), “...con todo denuedo hablen tu palabra...” y “...comían juntos con alegría... alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo” (Hch. 2:46, 47).

Las multitudes reunidas en Jerusalén sabían que algo inexplicable había sucedido a los discípulos. En sus intenciones de explicar este cambio milagroso, los que se burlaban decían: “Están llenos de mosto”. Estaban más cerca de la verdad de lo que sospechaban, y sin embargo, infinitamente alejados de ella. Listo como siempre con su respuesta, Pedro afirmó: “Porque estos no están ebrios como vosotros suponéis, puesto que es la tercera hora del día... Derramaré de mi Espíritu y profetizarán” (Hch. 2:14-18). Estaban intoxicados, pero no con el estimulante del diablo, sino con el estímulo divino. Los hombres por lo general recurren a estimulantes porque son concientes de su insuficiencia y de la incapacidad para enfrentar las exigencias de la vida. Deben contar con un estímulo externo. Dios, que conoce todo el alcance de la insuficiencia humana, ha realizado provisiones adecuadas para esta necesidad universal. Pablo se refiere a esto en su exhortación antitética: “No os embaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu” (Ef. 5:18). Dios mismo es el estímulo divino.

El alcance de la transformación que efectuó la llegada del Espíritu Santo en los discípulos que la esperaban fue asombroso. El Cristo resucitado se tornó vívidamente real para ellos. Oraron como si Él estuviera con ellos. Recibieron un discernimiento enteramente nuevo sobre el significado de las conocidas Escrituras del Antiguo Testamento. Vinculando un pasaje con otro, Pedro pudo decir con seguridad: “Mas esto es lo dicho por el profeta Joel” (Hch. 2:16). Su discurso cobró autoridad y fue incisivo, y las palabras otorgadas por el Espíritu produjeron una profunda convicción (Hch. 2:37). Dejaron impresiones

fuertes en las mentes de sus oyentes, y dejaron de lado por completo el temor en su testimonio (Hch. 4:31).

Uno de los cambios más significativos de su actitud fue su voluntad de sumergirse en los intereses del progreso del Evangelio. Hasta ese momento había habido una rivalidad constante por la precedencia entre ellos. Ahora es un equipo que se olvida de sí mismo con un objetivo: Predicar a Cristo. El doctor A. B. Simpson pronunció una enunciación desafiante en este respecto: “No muchos ríos fluyen al mar. La mayoría de los ríos fluyen a otros ríos. Los mejores trabajadores no son los que exigen una esfera separada de influencia y prestigio para sí, sino que están contentos con vaciar sus corrientes de bendición en otros ríos”.

Tal fue la transformación que obró en los primeros cristianos el advenimiento del Espíritu Santo. ¿Cómo puede una experiencia comparable de su poder transformador tener lugar en nuestras vidas? El primer mensaje del Señor resucitado a sus discípulos arroja luz sobre esta misma cuestión de participación personal en la bendición y los beneficios del ministerio del Espíritu Santo:

“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid al Espíritu Santo” (Jn. 20:19-22).

Para que podamos comprender el significado del hecho simbólico de nuestro Señor de soplar sobre, o mejor dicho, dentro, de los discípulos, debemos advertir que la palabra “Espíritu” deriva del latín *spiritus*, aliento. “Inspiramos” cuando respiramos y “expiramos” cuando soltamos el aire. La palabra griega para Espíritu, *pneuma*, también significa viento o aliento. La palabra hebrea para Espíritu, *ruach*, tiene el mismo significado. Job, adoptando el dispositivo poético hebreo de la repetición de ideas, dijo: “El espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida” (33:4), identificando así “el soplo del Omnipotente” con “el Espíritu de Dios”. Al hacerlo, usó una forma de expresión que se utiliza consistentemente sobre Él en todas Las Escrituras. Él es así llamado porque es la emanación directa de Dios, la manifestación de su propia presencia.

Fue el aliento de Dios el que produjo orden en el caos del inicio (Gn. 1:2). El hombre se convirtió en un alma viviente por el soplo de Dios en sus fosas nasales del aliento de la vida (Gn. 2:7). Ezequiel testificó que cadáveres sin vida se convirtieron en un ejército viviente cuando obedecieron el mandato divino. Él oró: “Ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán” (37:9).

Con esto en mente, consideremos el acto simbólico de Cristo, en el que Él gráficamente reveló a sus discípulos la fuente de su poder. Primero hubo el otorgamiento de paz repetido dos veces (Jn. 20:19, 21). Luego la Gran Comisión: “Como me envió el Padre, así también yo os envío” (20:21). Luego impartir el Espíritu. “Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (v. 22), sin cuya ayuda hubieran estado impotentes para ejecutar su comisión. Esta era una anticipación en miniatura de la investidura a toda escala del Espíritu en Pentecostés, y enseña una lección valiosa. Es como si Él estuviera diciendo: “Todo lo que deben hacer es inspirar, tomar el Espíritu Santo que yo os imparto ahora. Él es el poder para permitirles cumplir con mi comisión”.

Esta inspiración y expiración ilustra el método de recepción del Espíritu. Los discípulos inspiraron lo que Cristo había expirado. ¿Podría alguna ilustración ser más sencilla? En el día de Pentecostés, Dios expiró: “Vino del cielo un estruendo como de viento recio [aliento]”. Ellos inspiraron y “fueron todos llenos con el Espíritu Santo”. Inspirar es simplemente el equivalente de recibir. Cuando inspiramos, las mismas cualidades que dan vida que están en la atmósfera existen en nosotros. Cuando inspiramos o recibimos al Espíritu Santo, lo que es peculiar para Él se torna peculiar para nosotros, así como cuando colocamos hierro en el fuego, el fuego ingresa al hierro y el hierro participa de las propiedades peculiares del fuego.

Es ley conocida que la naturaleza aborrece el vacío. Al respirar creamos un vacío al espirar y llenamos el vacío al inspirar. Si es que vamos a conocer una experiencia inicial o bien renovada del llenado del Espíritu, primero debemos abandonar toda otra dependencia, una expiración, y luego apropiarnos de su suficiencia y poder como si fuera nuestro, una inspiración.

El doctor J. Wilber Chapman, renombrado evangelista estadounidense que junto a Charles Alexander ejerció un poderoso ministerio como evangelista alrededor del mundo, estaba una vez profundamente preocupado por la falta de frutos en su ministerio. “¿Qué me pasa? —le preguntó al doctor F. B. Meyer—. Fallo tantas veces, tantas veces soy

impotente. ¿Cuál es el motivo?” “¿Has intentado espirar tres veces sin inspirar ni una vez?”, fue la calmada respuesta. El doctor Chapman no necesitó más explicación que esa.

Se podría objetar que en esta época, que es la dispensación del Espíritu Santo, no hay necesidad de que el creyente lo reciba, ya que, como dice Pablo: “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Ro. 8:9). Esto, por supuesto, es cierto, pero no todo creyente *sabe* que tiene el Espíritu ni conoce al Espíritu que tiene (Jn. 14:17). Cuando Pablo se reunió con los doce discípulos en Éfeso, preguntó: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo” (Hch. 19:2). Si hubieran sido verdaderos creyentes, este habría morado en ellos, pero su ignorancia del hecho los privó de los beneficios de gran parte de su ministerio en sus vidas. Fue únicamente con el advenimiento de Pablo que advirtieron que no conocían nada de su poder. ¿No fue esta misma posibilidad de ignorancia la que hizo que Pablo escribiera a los cristianos corintios: “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (2 Co. 3:16) En su sentido completo “recibir” implica una volición conciente. La posesión y la recepción conciente no siempre van de la mano.

No hay mucho beneficio para mí si tengo un cheque de mil dólares en mi bolsillo y no sé que está allí; o si, sabiendo que está allí, no tengo idea de su valor. Lo he recibido en el sentido de que poseo un trozo de papel; pero en realidad no lo he recibido hasta que lo presente en el banco y reciba su valor en efectivo.

Si esto es cierto, nosotros debemos exhalar —de nuestras vidas todo lo que sea impuro e indigno y luego inspirar— apropiarnos concientemente del Espíritu Santo para nosotros en su absoluta suficiencia. Él ha sido enviado para ser el representante del Salvador a fin de guiar, controlar, facultar. Cuando lo recibimos en esta capacidad, Él que moró en nosotros inconcientemente ahora puede ejercer su bondadoso ministerio con nuestro pleno conocimiento y consentimiento.

Sopla en mí, aliento de Dios
 Lléname con una vida nueva
 Para que pueda amar lo que tú amas,
 Y hacer lo que tú harías.

16

EL PODER TRANSFORMADOR DEL ESPÍRITU

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

2 Corintios 3:18

Lectura: 2 Corintios 3:1-18

Cómo podemos adquirir una semejanza a Cristo? Este versículo proporciona una respuesta satisfactoria a esta pregunta añorante de muchos corazones. No solo hay una respuesta a esa pregunta, puesto que hay muchas variedades de experiencia cristiana, y la plenitud de la bendición no es experimentada por todos de la misma manera o a través del mismo aspecto de la verdad. Pero este párrafo revela en términos inequívocos uno de los grandes secretos de la semejanza a la imagen de Cristo.

El contexto de esta atractiva posibilidad traza un fuerte contraste entre el antiguo pacto de la ley y el nuevo pacto de la gracia —la gloria pasada de uno, el esplendor sobresaliente del otro— entre Moisés con el rostro tapado y el creyente sin velo. El requisito del antiguo pacto era que el hombre, por su esfuerzo propio sin ayuda, viviera de acuerdo con la norma exigente de la santidad de Dios en el decálogo, un requisito que conducía solo a una profunda desesperación. La revelación suprema del nuevo pacto es que la transformación del carácter para la semejanza a Cristo no proviene a través del dolor y de la lucha, sino a través de la contemplación, la creencia y la operación del Espíritu Santo en el corazón del creyente. El antiguo pacto que vino a través de Moisés fue un ministerio de la muerte y la condena, pero el pacto nuevo que ha sido introducido

por la muerte de Cristo fue un ministerio de justicia y vida (vv. 7, 8). La aspiración de Moisés bajo el antiguo pacto se expresó en su solicitud: “Te ruego que me muestres tu gloria”. La concreción de esta aspiración en el nuevo pacto se ve en el texto: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta...somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen”.

UNA VISIÓN OBJETIVA

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor...” La transformación del carácter no comienza con la introspección subjetiva, sino con una visión objetiva de la gloria del Señor y del Señor de la gloria. Es “Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios... santificación” (1 Co. 1:30). Y ¿dónde puede verse esta visión cautivante? No en los cielos iluminados sino en la Palabra escrita, el espejo que revela su hombría perfecta, su carácter sin defectos, su persona única y su trabajo de intercesión. Respecto a la Palabra de Dios, Jesús dijo: “Escudriñad Las Escrituras... ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn. 5:39). Pablo afirma que “La luz... para iluminación de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). ¿Pero dónde puede verse auténticamente esa faz? No en la tela de un pintor, porque la pintura más bella es únicamente la proyección de la concepción del artista acerca de Cristo. Solo se la puede ver en los registros de sus inspirados biógrafos que bajo la guía del Espíritu Santo nos han dado con precisión meticulosa un retrato de cuerpo entero de Él.

Los judíos vieron la Faz, pero se perdieron la gloria porque había un velo en sus mentes, un velo de prejuicio y odio e incredulidad mucho más impenetrable que el velo que ocultó el rostro radiante de Moisés (v. 7). Pero, dice Pablo, que a través de Cristo este velo es retirado (v. 14). Y ahora “nosotros todos” —no un grupo selecto de personas especialmente santas— a “cara descubierta” podemos observar su gloria. La gloria a la que se hace referencia aquí es, por supuesto, la gloria moral de Cristo, sus excelencias de carácter y conducta, que brillan en todos los pasajes de las Escrituras.

UNA TRANSFORMACIÓN SUBJETIVA

“Somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen”. Esta visión objetiva tiene un propósito subjetivo, que podríamos ser transformados a su imagen. Dios no está satisfecho con nosotros

como somos ahora. Ni nosotros estamos satisfechos con nosotros mismos, si realmente nos conocemos. El Hijo del Hombre fue para el Padre un objeto de tal deleite, Él satisfizo tan perfectamente todos sus propósitos y se adecuó a su norma de tal manera, que planea que todos sus hijos sean “transformados” o “transfigurados” a su imagen. Cuando nuestro Señor fue transfigurado ante sus discípulos, durante un momento dejó de lado el velo de carne que ocultaba su gloria innata y fundamental y permitió que los tres en la montaña lo miraran brevemente. “Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre”, dijo Juan varias décadas después. “Como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad”, dijo Pedro, otro de los tres favorecidos en el monte de la transfiguración. Nosotros no tenemos esa gloria inherente y fundamental. El propósito divino para nosotros no es una mera imitación externa, sino una transformación interna. Y la transformación no será pasajera y evanescente. No perderemos la gloria como la perdió Moisés. “Los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer” (v. 7). La gloria será nuestra para retenerla y transmitirla. “Porque si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será *lo que permanece*” (v. 11).

¿Y el método de transformación? “Viendo”. No una lucha desesperante contra eso que cautiva, sino una mirada firme, concentrada en Cristo y una confianza en el Espíritu Santo para efectuar el cambio.

La palabra que aquí se emplea para “mirando” puede tener una propiedad equivalente a “reflejando”. Al mirar su gloria, somos cambiados a su imagen. Al ser cambiados, reflejamos como en un espejo la imagen en la cual somos transformados. Reflejar es el resultado inevitable de mirar.

Es la ley de la vida que nos convirtamos en lo que constantemente miramos. El ojo ejerce una gran influencia sobre la vida y el carácter. La educación de un niño se produce básicamente por los ojos. Es moldeado por los modales y los hábitos de quienes ve constantemente. Esta es la explicación de la poderosa influencia que tienen las películas sobre los jóvenes. Ellos se parecen a lo que ven. Observe las calles de una gran ciudad y verá contrapartes de famosas actrices. Sus admiradores las copian en el modo de vestir, de hablar, en su conducta. Nos convertimos en aquellos que admiramos. Alejandro el Grande estudió *La Iliada* de Homero y como resultado de ello partió a conquistar el mundo. William Cowper, el celebrado poeta, cuando

era un muchacho joven y sensible, leyó un tratado a favor del suicidio. ¿Quién puede dudar de que cuando, más tarde en la vida, él intentó suicidarse, no fue la influencia del libro que había leído años atrás? En el reino espiritual, ¿cuántos predicadores famosos tienen numerosas ediciones más pequeñas de sí entre sus admiradores?

En una ocasión el autor estaba de vacaciones en un lugar aislado. Cuando llegó el Día del Señor, el único servicio religioso de cualquier tipo que había era conducido por un soldado del Ejército de Salvación, un granjero analfabeto. Su texto era el que encabeza este capítulo. No era elocuente. No evidenciaba un aprendizaje profundo. Algunas de sus exégesis eran cuestionables, pero su reiteración del texto grababan tres palabras indeleblemente en la mente: “*Mirando, somos transformados*”. Su rostro radiante y su obvio gozo en el Señor eran una ejemplificación de la verdad de lo que sostenía. Una mirada de fe puede salvar, pero es la mirada de la fe que santifica, dijo Robert Murray McCheyne. Una mirada apresurada de Cristo antes de irse a dormir demasiado tarde nunca efectuará una transformación radical del carácter.

El doctor A. B. Simpson nos ve aquí como la fotografía de Dios, el Espíritu Santo desarrollándolo y perfeccionándolo a Él en medio de nuestras vidas. Si la imagen debe ser perfecta, la persona que posa debe estar en foco. El velo debe retirarse. La persona que posa debe permanecer quieta con una mirada estable puesto que es una exposición de tiempo. Luego de haber sido transferida la imagen a la película sensible en el momento de la exposición, viene el proceso por el cual los ácidos quitan todo lo que oculta la imagen de la persona. Este es el ministerio del Espíritu Santo que, al rendirnos ante su influencia, remueve todo lo que no es semejante a Cristo y nos imparte sus propias perfecciones.

Pero también debemos *reflejar* la gloria del Señor como lo hizo Moisés luego de su travesía de cuarenta días en el monte ante la presencia de la gloria de Dios. Cuando miramos la gloria de Cristo en el espejo de Las Escrituras, su gloria brilla sobre y dentro de nosotros, y luego la reflejamos. Con Moisés se trató de un reflejo pasajero y desvanecedor de la gloria, pero no necesariamente tiene que ser así con nosotros. Debe ser nuestra meta constante asegurarnos de que somos un reflejo preciso de Cristo ante el mundo de hombres que nos rodean. Es muy posible que su imagen en nosotros esté distorsionada y borrada en el curso de la transmisión, como si nuestra propia imagen se reflejara en un espejo de feria. Puesto que los hombres incrédulos pueden conocer a Cristo únicamente por lo que ven de Él en nosotros, cuán importante

es que no lo representemos mal, que no demostremos nuestras propias actitudes carnales en lugar de su belleza moral y su gloria. Lo que ven de Cristo reflejado en nosotros debería tornar su antagonismo e indiferencia en añoranza y fe.

UNA EXPERIENCIA PROGRESIVA

“*Somos transformados* de gloria en gloria en la misma imagen”. Hay traducciones que versan esta oración en forma diferente, pero en todas ellas está la idea de la progresión, “a través de pasos sucesivos de gloria”, “en un esplendor cada vez mayor”, “de un mero reflejo a una gloria inherente”, “desde un grado de santidad radiante a otro”. Una cosa queda clara: No es el propósito de Dios que nuestra experiencia cristiana sea estática. Más allá hay infinitas posibilidades de crecimiento a la imagen de Cristo. Estas palabras demuestran con claridad que parecerse a Cristo en toda su plenitud no es el simple resultado de algún momento de exaltación elevada y santa, sino que es una experiencia progresiva. El cambio interior producido en nosotros por el Espíritu Santo debe transformarnos cotidianamente y acercarnos más a la imagen de nuestro Señor. Somos transfigurados por la renovación de nuestra mente.

EL AGENTE TRANSFORMADOR

“Como por el Espíritu del Señor”. “El Espíritu del Señor”, como está en el original, es una frase poco habitual y plantea un problema teológico. William Barclay comenta: “Pablo parece identificar al Señor resucitado y al Espíritu Santo. Debemos recordar que Pablo no estaba escribiendo sobre teología; él estaba registrando experiencias. Y es la experiencia de la vida cristiana que la obra del Espíritu y la obra del Señor Resucitado sean una y la misma. La fuerza, la luz, la guía que recibimos proviene tanto del Espíritu como del Señor resucitado. No importa cómo lo expresemos mientras lo experimentemos”.

Debemos ver en esta transformación nuestra responsabilidad y el ministerio del Espíritu Santo. El cambio a la imagen de Cristo no es automático. Implica una tarea y una actividad morales. No solo debemos “liberarnos y aceptar a Dios”, también tenemos que “sacar” y “poner” determinadas cosas, y esto implica una actividad definitiva de la voluntad renovada. No es el resultado inevitable de una ensoñación diurna sobre Jesús. Nuestra parte consiste en “mirar la gloria del Señor” en fe activa y expectante. Entonces el Espíritu ejerce su prerrogativa de revelar la gloria de Cristo y reproducir esa semejanza

con un esplendor cada vez mayor. Lo miramos a Él, pero confiamos y esperamos que el Espíritu Santo nos cambie hasta asemejarnos a Cristo. La obra transformadora es totalmente suya y Él nos ministra y nos imparte todos los valores y las virtudes de la persona y la obra de Cristo. Miramos en contemplación de adoración silenciosa; Él obra en la tela de nuestras vidas lo que vemos en Jesús.

Al lograr esto, el Espíritu ejerce tanto un ministerio negativo como positivo. Primero, *nos revela las cosas de nuestra vida y nuestro carácter que no son semejantes* a Cristo y que por lo tanto se deben abandonar. Toda cosa ajena a la perfección de Cristo debe “sacarse”. Este ministerio revelador no es agradable; de hecho, puede ser devastador, puesto que a pesar de nuestras protestas de falta de mérito estamos todos muy sesgados a nuestro favor. No disfrutamos que otras personas nos evalúen cuando profesamos evaluarnos a nosotros mismos. Pero si deseamos con sinceridad ser transformados, estaremos dispuestos a abandonar todo lo que manche la imagen de Cristo en nuestras vidas. Es algo que solo nosotros podemos y debemos hacer. Pablo indica en otra parte cosas que deben dejarse de lado si es que vamos a parecernos a Cristo. “Ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros” (Col. 3:8-9).

Pero el Espíritu no solo revela lo que debe descartarse. Él nos habilita a hacerlo. “Mas si *por el Espíritu* hacéis morir las cosas de la carne, viviréis”, fueron las seguras palabras de Pablo (Ro. 8:13). No quedamos a merced de nuestros propios esfuerzos sin ayuda como lo estuvieron los que vivían bajo el antiguo pacto. Tenemos un poderoso Paracleto cuyo deleite supremo es asistirnos hasta el límite cuando nuestros corazones están prestos para convertirse en semejantes a Cristo en carácter y en conducta.

Luego, *el Espíritu Santo revela las gracias y las bendiciones que deberían y podrían ser nuestras* y nos permite apropiarnos de ellas. Una de las tragedias de muchas vidas cristianas es la pobreza de su experiencia cuando se las contrasta con la inmensidad de sus privilegios no reclamados. “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, —escribió Pablo—, que nos bendijo con *toda* bendición espiritual...en Cristo”. “*Todo* es vuestro”. “Como *todas las cosas* que pertenecen a la vida y a la piedad *nos han sido dadas* por su divino poder...” No hay gracia que podamos mirar en el carácter de nuestro Señor que no sea nuestra en medida creciente, mientras observamos al Espíritu produciéndola en nosotros.

“Mirando...somos transformados”.

17

EL FUEGO PURIFICADOR DEL ESPÍRITU

“Entonces cayó fuego de Jehová...”

I Reyes 18:38

Lectura: I Reyes 18:1-40

Esta historia es una de las más dramáticas del Antiguo Testamento. Todo en ella es vívido y colorido. Los personajes son espectaculares, los temas son tremendos y el resultado es glorioso.

Elías, el profeta solitario de Jehová, fue uno de los personajes más notables de la historia de Israel. Aparece repentinamente como el profeta de la crisis, el campeón de los derechos divinos. Desaparece tan repentinamente para acompañar a una carroza de fuego y un remolino. El Nuevo Testamento tiene más qué decir sobre él que sobre cualquier otro profeta. Saliendo de lo desconocido, su primer acto público fue cerrar los cielos por medio de oraciones para que no lloviera durante tres años y medio, en esta instancia un juicio sobre una nación idólatra.

Si bien no contamos con un registro sobre los primeros años de su vida, indudablemente ha habido una preparación privada para un ministerio público tan poderoso. Una carrera como la suya solo puede ser el resultado de un encuentro personal con Dios. En secreto, él recibió su llamado profético. Por medio de pruebas secretas tuvo que llegar a conocer a Dios para que supiera que estaba absolutamente seguro de Él. Mediante una comunión secreta con Dios él se había liberado por completo del temor al hombre. Físicamente, era un jeque tostado por el sol de apariencia austera y tosca. Moralmente, era un hombre valiente, con fe y celo.

El carácter se revela en las crisis, y el secreto de la vida de Elías se resume en estas palabras: “Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y

de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas” (v. 36). El verdadero hombre se ve en el lugar de la oración. Surgen tres hechos:

Tenía una pasión fervorosa por la gloria de Dios. “Sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel”. Este era el primero de sus pensamientos. Su alma estaba llena de una envidia santa por la gloria de Dios.

Estaba contento de ser el esclavo de Jehová. “Manifiesto... que yo soy tu siervo”. Reconocía la propiedad absoluta de Dios.

Era implícitamente obediente a los mandamientos divinos. “Por mandato tuyo he hecho todas estas cosas”.

La unión de Israel (v. 19) no fue obra de un momento. Juzgando por el resultado, no resulta difícil creer que Elías dedicó mucho tiempo a esperar a Dios y a recibir de Él el plan de campaña. Tal confianza sublime en Dios como la que demostró, solo podía ser el resultado de una comunión prolongada con Él. Elías conocía a su Dios.

El desafío dramático de este profeta provenía de su profunda preocupación por la apostasía de la nación. En el trono estaba el rey más débil y maligno que Israel había conocido. Incluso antes de su matrimonio, se registra que “Acab hijo de Omri hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él”. A esto él agregó otra distinción básica: “Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, y tomó por mujer a Jezabel..., y fue y sirvió a Baal, y lo adoró... haciendo así Acab más que todos los reyes de Israel que reinaron antes que él” (16:30-33). En lugar de Jehová, Baal gozaba de orgullo por el lugar que ocupaba en la adoración de Israel. Fue en esta coyuntura, cuando casi habían desaparecido la verdadera religión y la moralidad, que Elías dramáticamente apareció en el escenario de la historia de este pueblo.

EL DESAFÍO DEL FUEGO

“El Dios que respondiere por medio del fuego”. No habría ninguna concesión entre la adoración a Jehová y la adoración a Baal. Los dos sistemas contrastantes de religión no podían convivir en una coexistencia pacífica. Es el hombre de Dios el que precipita la crisis. Dios siempre tiene a su hombre para cada circunstancia. Dios nunca se queda sin su testimonio. Siempre hay un Lutero o un Calvino, un Wesley o un Whitefield, un Moody o un Torrey, o un Graham.

La grandiosidad del carácter de Elías no se expresa más sorprendentemente evidente que en el drama del Carmelo. Es cierto, él

era “hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras”, pero también era un hombre de diferente valentía y fe. Como Martín Lutero, el profeta solitario enfrentó sin miedo el unido poder religioso de la nación. En el idioma de su época proclamó: “Aquí estoy de pie, no puedo hacer otra cosa”. Arrojó el guante y desafió a los dioses falsos a una prueba de fortaleza con su Dios. La prueba era eminentemente justa. Puesto que Baal era el dios del fuego, que la prueba fuera en su propio elemento. “El dios que respondiere por medio del fuego, ese sea Dios”, fue la sugerencia razonable de Elías. No podía surgir ninguna objeción. Los temas eran claros como el cristal. “Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él”. Había llegado la hora de la crisis, y ellos deben elegir entre uno y otro.

LA IMPORTANCIA DEL FUEGO

“Jehová había descendido... en fuego”. La importancia de la prueba por medio del fuego no se perdió sobre el pueblo de Israel. Todos podían recordar ocasiones en su historia nacional cuando Dios había respondido en fuego, y ellos sabían que este era la manifestación de la presencia de Dios.

Dios manifestó su presencia a Moisés en la zarza ardiente. “Y vio que la zarza ardía en fuego, y no se consumía. Lo llamó Dios de en medio de la zarza” (Éx. 3:2, 4). La presencia de Dios en el Monte Sinaí estaba evidenciada por el fuego: “Todo el monte Sinaí humeaba, *porque Jehová había descendido sobre él en fuego*” (Éx. 19:18). La presencia de Dios en medio de su pueblo estaba simbolizada por el fuego que estaba en el aire sobre el tabernáculo por la noche. “La gloria de Jehová lo llenaba... y el fuego estaba de noche sobre él, a vista de toda la casa de Israel” (Éx. 40:35, 38). Hubo una manifestación similar de la presencia divina en la dedicación del templo. “Cuando Salomón acabó de orar, *descendió fuego de los cielos...* y la gloria de Jehová llenó la casa” (2 Cr. 7:1). La presencia del fuego era una prueba de la presencia de Dios.

Tal era la importancia del símbolo del fuego en la época del Antiguo Testamento. ¿Pero cuál es el significado para nosotros hoy día? En el Nuevo Testamento simboliza la presencia y la energía del Espíritu Santo. Anunciando el ministerio del Mesías, Juan el Bautista dijo: “...él os bautizará en Espíritu Santo y *fuego*” (Mt. 3:11). Su profecía fue cumplida. El día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo vino con poder sobre los discípulos que estaban reunidos, el símbolo elegido fue notable. “Y se les aparecieron lenguas repartidas, *como de fuego*, asentándose sobre cada uno de ellos” (Hch. 2:3). Hay, por consiguiente,

una justificación para la visión de que el simbolismo del fuego en su aplicación actual es la presencia y el poder del Espíritu Santo.

En la época de Elías, el fuego sagrado había desaparecido de los altares de Jehová; y un fuego falso ardía en los altares de Baal. La gloria había desaparecido, y ningún hombre podía volver a encender la llama sagrada. Cuando Nadab y Abiú "...ofrecieron delante de Jehová fuego extraño", murieron, porque no podía haber sustituto para el verdadero fuego de Dios.

En nuestros días, la mayor carencia en la vida del cristiano individual y de la iglesia es el fuego de Dios, la presencia manifiesta y poderosa obrando sobre el Espíritu Santo. Hay poco acerca de nosotros que no pueda explicarse en el nivel de lo natural. Nuestras vidas no están tocadas por el fuego. No hay conflagración sagrada en nuestras iglesias a donde las personas son irresistiblemente atraídas como una polilla a la llama. Es la ausencia del fuego de Dios lo que da cuenta del efecto insignificante que la iglesia está teniendo sobre un mundo perdido. Nunca tuvo una mejor organización, un ministerio más erudito, mayores recursos de hombres y medios, más técnicas diestras y, sin embargo, nunca hizo una contribución menor para la resolución de problemas de un mundo perturbado. Nuestra oración debería ser: "Señor, envía el fuego" ¿Qué otra cosa puede satisfacer la necesidad del momento?

LA CAÍDA DEL FUEGO

"Entonces cayó fuego de Jehová". La caída del fuego fue el punto crucial y el clímax del drama del Carmelo. Todo lo demás había sido una preparación para este momento. Se pueden aprender importantes lecciones espirituales de lo que lo precedió. Si podemos descubrir los factores fundamentales, descubriremos la fuente del renacimiento espiritual. "Entonces cayó fuego..." ¿Cuándo?

El fuego cayó *en un momento de apostasía nacional*. La adoración a Jehová estaba en su declinación más baja y la adoración a Baal había capturado el campo. La oscuridad espiritual oscureció toda la tierra. Dios no limita la investidura de sus bendiciones a los momentos en que las condiciones son más propicias. Cuando la oscuridad es más profunda, la luz se necesita más y nadie estará dispuesto a minimizar la oscuridad del momento en que vivimos. No se requiere una imaginación vívida para observar un verdadero paralelo con las condiciones de nuestros días. Las fuerzas satánicas están afuera. La iglesia ejerce poca

influencia sobre la nación, si bien todavía están los siete mil que no se han postrado ante Baal.

El fuego cayó cuando *Baal obedeció sin dudar*. Anteriormente, Dios le había dicho: "Escóndete". "Y él fue e hizo conforme a la palabra de Jehová" (1 R. 17:3, 5). Ahora viene el mandato inequívoco: "Ve, muéstrate a Acab, y yo haré llover sobre la faz de la tierra" (18:1). No es difícil apreciar cuán poco Elías deseaba encontrarse con Acab, su enemigo implacable. Él no podía olvidar que fue la oración de Elías la que había cerrado los cielos y castigado la tierra con una sequía. Pero antes de poder aliviar la sequía, Elías debía obedecer la palabra del Señor.

Su obediencia fue tan inmediata como cuando se le dijo que se ocultara. "Fue, pues, Elías, a mostrarse a Acab" (18:2). La caída del fuego y la llegada de la lluvia fueron el resultado directo de la obediencia de Elías de enfrentar a Acab, la personificación de la maldad moral y espiritual. Buscaremos en vano la caída del fuego de Dios si hay algún área reservada en nuestras vidas respecto a la que nos rehusamos a obedecer a Dios. Si Él nos está presionando con la necesidad de algún acto de obediencia, restitución, apología o testimonio, nos rehusamos a obedecer a nuestro propio costo. Él no puede pasar a bendecirnos hasta que haya habido obediencia.

El fuego cayó *luego de que fuera reparado el altar en ruinas*. "Él arregló el altar de Jehová que estaba arruinado" (v. 30). El altar arruinado lo alababa enormemente. Un altar es un símbolo de adoración. El monte Carmelo, al parecer, había sido un lugar de encuentros secretos para el pueblo de Dios, pero el altar había caído en desuso y estaba en malas condiciones. La adoración a Jehová había cesado. Antes de que pudiera caer el fuego, se debía reconstruir el altar. Elías tomó las doce piedras —él no reconoció la diferencia entre los reinos del sur y del norte— y reconstruyó el altar. Su objetivo era una nación que se volviera a unir con la presencia manifiesta de Dios entre ellos. El fuego de Dios cae cuando hay unidad espiritual entre su pueblo. Si hay algún altar en nuestras vidas que se ha arruinado, el fuego no podrá caer hasta que se lo vuelva a construir. ¿Qué tipifica predominantemente el altar? ¿Cristo no se ofreció en el altar de la cruz? Solo cuando la cruz sea restaurada en toda su importancia, caerá el fuego del Señor.

El fuego cayó *cuando toda la ofrenda se colocó sobre el altar*. "Cortó el buey en pedazos, y lo puso sobre la leña" (v. 33). El fuego de Dios

nunca cae sobre un altar vacío. El desmembramiento del sacrificio tiene su importancia espiritual. Es sencillo en un momento de exaltación y de elevación resolver ubicar toda la vida en el altar, pero es en los miembros del cuerpo que la consagración debe vivirse, como dice tan bellamente F. R. Habvergal en su himno de consagración: “Toma mis manos... mis pies... mi voz... mi amor”. No solo es una gran dedicación inicial, sino los actos continuos de entrega. Dios no estará satisfecho con una entrega parcial. Ananías y Safira presentaron una parte a Dios, simulando que lo era todo, pero a un costo trágico para ellos. Abraham fue convocado por Dios a entregarle la peor cosa de su vida y la mejor cosa de su vida. Él tuvo que entregar a Ismael, hijo de su incredulidad carnal, y enviarlo lejos de su tienda al desierto. Tuvo que colocar a Isaac sobre el altar, al hijo de su fe sublime, y levantar el cuchillo de sacrificio. Luego el fuego del Señor cayó sobre Abraham y llegó la respuesta divina: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz”. La última parte del sacrificio se había colocado sobre el altar. No podemos engañar a Dios. Él sabe cuándo el altar está lleno y su respuesta no se demorará. Cuando Elías dispuso la última pieza del sacrificio sobre el altar, allí hubo el resplandor del fuego.

El fuego cayó *luego de haberse excluido lo falso*. “Llenad cuatro cántaros de agua, y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña... de manera que el agua corría alrededor del altar” (vv. 33, 35). Elías no permitió que hubiera espacio para un fuego falso. Tres veces en su desafío a los profetas de Baal estipuló: “No pongan fuego debajo”. No debía haber ningún embuste, ninguna introducción de una chispa secreta. Pero él fue igualmente estricto consigo. Se tomaron todas las precauciones contra el engaño. Deseaba que quedara claro que el fuego que caería sobre el altar se encendía en el Efecto. “Acercaos a mí”, invitó a la gente. Él no tenía nada que temer de su mirada escrutadora. Tan seguro estaba él de su Dios que amontonó dificultades en el camino. El agua pronto apagaría toda chispa escondida. Suya era la fe que se ríe de las imposibilidades. No muchos tienen una fe vigorosa como esta. ¡Nosotros ayudaríamos a Dios vertiendo gasolina en el sacrificio para un mejor encendido! Elías deseaba que fuera evidente que no tenía sustituto de lo psíquico para el hipnotismo espiritual, masivo, para el poder del Espíritu Santo.

El fuego cayó *luego de que Elías orara la oración de fe*. Elías dijo: “Jehová... sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas.

Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios” (vv. 36, 37).

¡Vaya contraste este, con los gritos frenéticos de los sacerdotes de Baal mientras saltaban en su altar, convocando al dios que no les respondía y cortándose con lanzas hasta que saliera sangre! Pero no cayó ningún fuego del Efecto en respuesta a sus gritos enloquecidos. Antes de ofrecer la oración de fe, Elías había reído la risa de la fe. El silencio del Efecto demostró la futilidad de sus reclamos para Baal. Tan seguro estaba él de la respuesta de Jehová que con sarcasmo se mojó de ellos y de su dios. “Gritad en alta voz, porque dios es; quizá esté meditando, o tiene algún trabajo, o va de camino; tal vez duerme, y hay que despertarle” (v. 27). Al decir esto, Elías se había comprometido tanto, al igual que a su Dios, que Jehová no pudo desilusionar a su siervo. “La prueba inmortal de Elías, realizada ante la presencia de un rey apóstata, y frente a una nación descarriada y a un sacerdote idólatra en el monte Carmelo, es una demostración sublime de fe y oración” escribió E. M. Bounds.

Apenas ofrecida su sencilla oración por la reivindicación de Dios y su siervo, hubo un resplandor del Efecto. “*Entonces* cayó fuego de Jehová”. El fuego no apareció en etapas. El sacrificio, la leña, las piedras, el agua no ofrecieron ninguna resistencia a la llama celestial. El deseo de corazón de Elías se había concretado. La supremacía de Jehová se había establecido. La presencia y el poder del verdadero Dios se manifestaba una vez más entre su pueblo. La honra de Dios y de su siervo fue reivindicada. Las pretensiones de los adoradores de Baal fueron demolidas. Cuando nuestras oraciones están motivadas por el deseo “de que el Padre pueda ser glorificado en el Hijo”, nosotros también veremos caer el fuego.

EL LOGRO DEL FUEGO

La caída del fuego *hizo que todo Israel postrara sus rostros*. “Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡Jehová es el Dios! ¡Jehová es el Dios!” (v. 39). El testimonio del hombre de Dios fue reivindicado por el fuego proveniente del Dios que es un fuego encendido. No podían negar la evidencia de sus ojos. Un mundo incrédulo comenzará a prestar atención a nuestro testimonio cuando vean el fuego de Dios en medio de ellos, la manifestación de la presencia y el poder del Espíritu Santo obrando entre nosotros.

La caída del fuego *derivó en la muerte de los falsos profetas*. La primera acción de Elías fue ordenar a Israel que trajeran a los sacerdotes

de Baal para matarlos. Todos los rivales del verdadero Dios deben ser destronados. La caída del fuego verdadero automáticamente implicó la remoción del falso fuego en los altares de Baal. Solo el fuego del Efecto le dio a Elías la autoridad moral para una purificación como esta.

La caída del fuego *logró imposibilidades patentes*. ¿Quién oyó hablar de que se consumieran piedras? Y sin embargo, esto sucedió. En Pentecostés el fuego de Dios logró lo imposible en las vidas de los apóstoles. Se quemó la cobardía y esto dio lugar a la valentía, búsqueda propia de altruismo y una pasión por la gloria de Dios. Las cualidades de carácter que antes eran notables por su ausencia, ahora florecían.

Luego de la gran plaga en Londres vino el gran incendio cuando una gran parte de la ciudad fue devastada. Poco tiempo después se observó que flores extrañas y exóticas que nunca se habían visto antes florecían en los terrenos vacíos. Las semillas que durante mucho tiempo estuvieron latentes en el frío suelo, de repente florecieron a la vida con el calor del fuego. El fuego de Dios que cae sobre un creyente logrará en diez minutos lo que él no podría lograr por sí mismo en diez años.

Era lo más imposible de todo
Que en mí cesara de reinar el pecado,
Sin embargo, ¿sucederá? Sé bien que sí,
Es seguro aunque imposible.
Lo imposible será;
Todas las cosas son posibles para mí.

—Carlos Wesley

La caída del fuego *no dejó otra cosa que cenizas*. Se consumió todo lo que era combustible, solo quedó lo indestructible. El fuego no puede terminar en otra cosa que en cenizas. El fuego de Dios consumirá lo carnal y lo superficial y dejará solo lo que tiene valor eterno. Las cenizas tienen dos características. El menor soplo del viento las esparce e invariablemente se mueven en la dirección del viento. La vida en la que ha caído el fuego de Dios será especialmente sensible a los impulsos del Espíritu Santo y siempre se moverá en la dirección de la voluntad de Dios.

Ah tú que vienes desde arriba
Para impartir el fuego puro celestial,
Enciende una llama de amor sagrado
En el altar de mi corazón.

Déjala allí para que encienda tu gloria
Con una llama inextinguible;
Y temblando, regrese a su fuente
En oración humilde y alabanza ferviente.

—Carlos Wesley

18

LA PODEROSA DINÁMICA DEL ESPÍRITU

“...les hicieron cesar con poder y violencia”.

Esdras 4:23

“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu,
ha dicho Jehová”.

Zacarías 4:6

Lectura: Esdras 4:1-24; Zacarías 4:1-10

El remanente patriótico de Israel había regresado a Jerusalén de su exilio en Babilonia. Llevaban un decreto del rey Ciro que autorizaba la reconstrucción del templo, y los trabajos sobre el proyecto habían comenzado con gran entusiasmo. Sin embargo, no habían progresado mucho antes de encontrar una oposición organizada. Mediante engaños y falsedades, los adversarios se habían asegurado un contradecreto de Artajerjes, rey de Persia, ordenando que la obra cesara de inmediato. Armados con este documento, los enemigos gozosos fueron a Jerusalén de prisa para ver a los judíos y por fuerza y poder hicieron que cesaran los trabajos (Esd. 4:20-24).

Desalentados y descorazonados por este cambio inesperado, en lugar de convocar al Dios que tan magníficamente había hecho prosperar su expedición, los patriotas, sin vigor, se dieron por vencidos. “Entonces cesó la obra de la casa de Dios que estaba en Jerusalén, y quedó suspendida hasta el año segundo del reinado de Darío rey de Persia”. La primera ronda había sido ganada por los adversarios de Dios e Israel.

Sería sencillo condenar su falta de espíritu y su carencia de confianza en Dios, si no conociéramos las complejidades y la traición de nuestros propios corazones. Bajo circunstancias de menor prueba tenemos cosas indudables que es mejor no mostrar.

TRES DESVENTAJAS INCAPACITANTES

Los judíos estaban trabajando con grandes desventajas. Se enfrentaban con *el antagonismo de las razas vecinas* que obedecían al rey. La ventaja estaba en ellos. Variaron sus tácticas para adecuarse a la situación cambiante. Primero, *infiltración*, “Edificaremos con vosotros”. Cuando esto fracasó, intentaron con el *desaliento*, “los desalentaron”. Luego, con la *intimidación*. “...lo atemorizó para que no edificara”. No contentos con esto, trataron de producir *frustración*. “Sobornaron además contra ellos a los consejeros para frustrar sus propósitos” (Esd. 4:1-6).

Cuán familiares son estas tácticas del adversario en el mundo casi totalitario en que vivimos hoy día. Los hechos han cambiado, pero el patrón permanece constante. Las minorías cristianas en todo el mundo encuentran una oposición similar en su lucha por mantener su fe y su testimonio.

Padecían *falta de recursos*. En su proclamación, Ciro había generosamente ordenado que los gastos de la reconstrucción del templo fueran pagados del tesoro real (Esd. 6:4), pero ahora el decreto de Artajerjes había cancelado esta disposición. Privados de esta fuente de ingresos, quedaron en la bancarrota de los recursos financieros y militares necesarios para su gran tarea. Lo que es peor, los ideales nobles y encumbrados que habían inspirado su aventura se habían desvanecido y se estaban reconciliando con su fracaso.

Pero la desventaja más grave de todas fue la *descalificación de sus líderes*. Su gobernador, Zorobabel, si bien era un hombre de descendencia real, había demostrado ser un hombre sin valor. A la luz de la campaña organizada de sus adversarios, él se amilanó. No era un Winston Churchill quien, al enterarse de la deserción de Francia en la Segunda Guerra Mundial le dijo a su gabinete: “Caballeros, esto me parece muy generoso”. Zorobabel comenzó bien pero no demostró un poder estable y no le dio inspiración a su pueblo desalentado.

Josué, el sumo sacerdote, el líder espiritual de la nación, era sin duda alguna el hombre más santo de su época. Sin embargo, en Zacarías 3:3 se lo ve descalificado para ministrar en su nombre ante Dios. Encontrándose sin un liderazgo eficaz, ya fuera temporal o espiritual, con razón las dificultades se asomaban ante las personas como una montaña impasible (Zac. 4:7).

LA VISIÓN DE LA ESPERANZA

Justo en esta coyuntura crítica proviene un mensaje de esperanza

de Zacarías en la forma de una visión. ¿Fue mera coincidencia o por orden divina que la frase usada por el ángel en la visión fuera la misma usada por Esdras para relatar la manera en que se había detenido la construcción? ¿Se había detenido la edificación en la casa de Dios por “la fuerza y el poder de sus enemigos”? Esa no era razón para que se descorazonaran. “Las manos de Zorobabel echarán el cimiento de esta casa, y sus manos la acabarán” (Zac. 4:9). Sin embargo, se lograría “no por ejército, no por poder, sino por mi Espíritu, ha dicho Jehová”. A pesar de la virulencia de la oposición, a pesar de su falta de recursos, a pesar de la incompetencia de sus dirigentes, estaba asegurada la victoria siempre que siguieran la estrategia divina. El éxito no dependía de Zorobabel ni de Josué; de ninguna fuerza o poder humano, sino del poder del Espíritu Santo.

En su visión, Zacarías vio un candelabro, “...todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él... Y junto a él dos olivos, el uno a la derecha del depósito, y el otro a su izquierda” (Zac. 4:2, 3). El depósito que servía como reservorio para el aceite se alimentaba continuamente con aceite de los dos árboles de olivo.

La aplicación principal de la visión no pasaría desapercibida por los judíos familiarizados con el candelabro de oro en su templo. Sabían que Dios había escogido a su nación para que llevara la luz al mundo. Pero en esto fracasaron del todo, y la luz del testimonio se extinguió. En sus cartas a las siete iglesias de Asia, nuestro Señor claramente indicó que la función que Israel fracasó en cumplir había sido trasladada a la iglesia, y tomando prestada la imaginería de la visión, se nos garantiza al aplicar su enseñanza simbólica a la iglesia de nuestros días.

LA FUNCIÓN DE LA IGLESIA

La tarea principal de la iglesia según está simbolizada en la figura del candelabro es traer la luz a un mundo velado por la oscuridad. ¿Qué otra función tiene una lámpara? La responsabilidad de la reacción ante la luz no es nuestra. En Apocalipsis, a Cristo se lo ve de pie en medio de siete candelabros, cada uno de los cuales representaba a una iglesia viviente, escudriñando y valorando el brillo de su lámpara de testimonio (Ap. 1:13, 20). Así como el candelabro de oro era el único medio de iluminación en el tabernáculo, también la iglesia es el único medio de luz para un mundo perdido. Existe para dar luz, y si fracasa aquí, fracasa en todas partes. Dios no ha emitido ninguna disposición alternativa. “*Vosotros sois la luz del mundo*”, dijo Él. Y esa luz es luz

derivada, reflejada desde el que dijo: “Yo soy la luz del mundo”. ¡Cuán fuerte es la oscuridad del mundo contemporáneo! ¡Cuánta idolatría y superstición, cuánta crueldad y sufrimiento, cuánto vicio y crimen, cuánto materialismo y cinismo! Es en este mismo contexto que la iglesia y los individuos que la comprenden deben brillar como luces.

Pero ¿cómo va a cumplir su función la iglesia? La visión proporciona el secreto. La iglesia no posee un poder inherente de dar luz. Si bien ilumina, el candelabro en sí no era luminoso. No podía generar luz, solo podía sostenerla. Derivaba su luz de una fuente externa a él. Sobre el candelabro estaba el depósito, siempre lleno, vertiendo sin falla su suministro de aceite a través de los tubos de oro a las lámparas llameantes. El depósito a su vez se mantenía lleno a partir de los árboles de olivo que continuamente vertían en una corriente de aceite dorado.

La importancia del *aceite* está claramente indicada: “Mi Espíritu”. La iglesia puede dar luz solo a través del suministro continuo y habilitador del Espíritu Santo. El *depósito* seguramente simboliza a Cristo que es el reservorio de todo poder y recursos divinos. “En él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad, y vosotros estáis completos en él”, escribió Pablo. La plenitud del Espíritu es siempre una marca de agua elevada en su naturaleza gloriosa. Toda cualidad necesaria para llevar efectivamente la luz está almacenada en Él; sobre su plenitud podemos atraernos cada hora. Él fue el que vertió el Espíritu Santo en su pueblo que esperaba el día de Pentecostés. “Habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Hch. 2:33). Aún es Él quien imparte hoy día la misma provisión.

MÉTODOS PROSCRIPTOS DE TRABAJO

“No por ejército, no por poder”. La tarea de la iglesia nunca se logrará por medios puramente humanos. “No por ejército, no por poder, ha dicho Jehová”. La frase “no por poder” puede traducirse como “ni por ningún ejército”, es decir, poder colectivo, fuerza de hombres o de medios. A veces significa “riqueza”, a veces “virtud” en un sentido ético, o “valentía”. Pero en todos sus usos el pensamiento subyacente es el de los recursos humanos.

“Poder” aquí también significa fuerza, pero la proeza y la dinámica de un individuo. Nunca se la usa en un sentido colectivo. Tomando juntas ambas palabras, la frase significaría que el éxito en la tarea de la iglesia no depende de la fuerza combinada de hombres organizados para asistirse unos a otros, ni de las proezas e impulsos de ningún individuo solo. *Depende solo y únicamente de la acción del Espíritu*

Santo. ¿Y por qué? Porque la tarea de la iglesia es sobrehumana, y todo recurso de hombres y medios, de habilidad y dinámica, son a lo sumo solo humanos. Si la tarea fuera solo la de crear una organización visible, podrían ser adecuados, pero la iglesia es infinitamente mucho más que una organización visible. Es un organismo sobrenatural que puede ser nutrido y mantenido solo por medios espirituales. El gran peligro que enfrenta la iglesia hoy día es que, en medio de una cuidadosa planificación y una búsqueda de métodos mejorados, se olvida del factor sobrehumano sin el cual su tarea nunca se lograría.

Hudson Taylor puso gran énfasis en esta verdad vital. “El deseo supremo de todas las misiones —escribió—, es la presencia manifestada del Espíritu Santo. Cientos de cientos de tratos y pasajes de Las Escrituras se han puesto en circulación; se han dado miles de direcciones del evangelio; se han atravesado decenas de miles de kilómetros en viajes misioneros, pero cuán pequeño ha sido el asunto en la forma de las conversiones definidas. Ha habido una medida de bendición, pero ¿dónde están los que cazan mil y los dos que ponen a volar a diez mil?... Es el *poder divino* el que necesitamos y no una maquinaria. Si las decenas o los miles a los que ahora llegamos a diario no se ganan a Cristo, ¿dónde estaría el beneficio en una maquinaria que nos permitiría alcanzar el doble de esa cifra?

Los patriotas judíos tuvieron que aprender que él éxito no dependía de la ausencia de oposición, sino de un liderazgo inteligente, no de los recursos humanos, sino de la obra indispensable del poderoso Espíritu Santo.

MEDIOS DIVINAMENTE DESIGNADOS

“Sino con mi Espíritu, dijo Jehová”. Si deseamos disfrutar de los beneficios de la luz eléctrica, debemos obedecer las leyes de la electricidad. Tenemos el beneficio de un poder solo cuando nos atenemos a sus leyes. Del mismo modo, experimentaremos el poder del Espíritu Santo si abandonamos toda otra dependencia y obedecemos “la ley del Espíritu”. Si vamos a iluminar la oscuridad del mundo, será solo si nos sumergimos en el aceite dorado y permitimos que el fuego del Espíritu Santo ponga en llamas las mechas de nuestras vidas. La gran necesidad del mundo es la de vidas incandescentes con la llama de Dios.

En la visión, un factor indispensable para sostener la luz no se menciona nunca: La mecha. Sin embargo, sin ella no podría haber luz, no habría contacto entre el aceite y la llama. La llama existe solo

para ser consumida. Mientras esté protegida no habrá iluminación. En el proceso de dar luz, la vida del creyente se consume gradualmente. Cada vez que Jesús sanó a alguien, era conciente de que la virtud partía de Él. Nunca estaremos, como Juan el Bautista, encendiendo y haciendo brillar luces si no estamos preparados para ser consumidos en el proceso. Debe haber inevitablemente agotamiento en el vertimiento propio, pero tenemos la seguridad compensatoria de que “aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva día a día”.

El poder para sostener la luz no es inherente a la mecha; no tiene poder de iluminación. Por sí misma emitirá solo un humo acre y negro. Es solo el medio entre el aceite y la llama. No puede conservar su propia provisión, sino que es constantemente dependiente. Siempre está al borde de su bancarrota. Si uno la retira del aceite, la luz se convierte en oscuridad.

En la época del Antiguo Testamento una de las funciones de los sacerdotes era retirar con maticandelas de oro la incrustación de la mecha, puesto que de no ser así no habría un brillo claro. A veces nuestro Sumo Sacerdote debe usar los maticandelas de oro para retirar cosas de nuestras vidas que se incrustan y obstaculizan el brillo claro de la luz. Él realiza esto a través de su Palabra aplicada en poder al corazón por medio del Espíritu Santo. Apreciemos este ministerio, por penoso que sea.

Es por la dinámica del Espíritu únicamente que la iglesia puede cumplir su función, no por los recursos del intelecto, o financieros o de celo. La propaganda, la organización y el brillo no son sustitutos del Espíritu Santo. Nuevas técnicas y métodos mejores han encontrado su lugar, pero no dispensan con la necesidad de la dinámica del Espíritu. Veremos éxito en nuestro trabajo misionero solo cuando Él haya preparado el camino para que partamos. Donde las misiones han florecido, hay evidencia de que el Espíritu ha obrado antes del advenimiento del misionero, produciendo apetito del corazón, creando expectativas, causando desilusión respecto a sus religiones y persuadiéndolos de la insuficiencia de la luz que tenían.

¿Qué hay implícito en la frase “sino por mi Espíritu”? Que en toda la obra cristiana el factor sobrehumano es de suprema importancia. Es cierto, funciona a través de los seres humanos, pero es el ser humano saturado por lo divino así como la mecha está saturada con el aceite que es el Espíritu Santo. Entonces no basaremos nuestro argumento

o nuestra persuasión para ganar conversos y construir creyentes en su fe. Confiaremos en Él para manipular las circunstancias y vencer los obstáculos que se nos presenten en el camino. Esperaremos que Él nos permita “finalizar la obra”.

¡Vaya privilegio el nuestro: Contar con la llama de Dios para que nos consuma al traer luz a un mundo envuelto en una oscuridad de medianoche! Al llegar a las orillas de India, Henry Martin dijo: “Y ahora, permítanme quemar para Dios”. Lo hizo, en seis cortos años, pero con un legado increíble de logro en la traducción de la Biblia que quedó tras de sí.

Y cuando me esté muriendo, cuán feliz estaré,
De que la lámpara de mi vida haya estado encendida
para ti;

No me importará lo que di
En trabajo o en dinero para guardar a un pecador;
No me importará que el camino haya sido arduo;
Que tus amados pies conduzcan el camino es
suficiente;

Y cuando me esté muriendo, cuán feliz estaré,
De que la lámpara de mi vida haya estado encendida
para ti.

19

LA PASIÓN MISIONERA DEL ESPÍRITU

*“...recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros
el Espíritu Santo; y me seréis testigos...y hasta lo
último de la tierra”.*

Hechos 1:8

Lectura: Hechos 13:1-13; 16:6-10

El Espíritu Santo es el ejecutor de la Gran Comisión y administrador de la empresa misionera. En el gran manual misionero del Nuevo Testamento, los Hechos de los Apóstoles, encontramos su nombre casi en todas las páginas. La historia relacionada es una narrativa sostenida de su actividad a través de la iglesia.

Preparándose para su partida cercana, Cristo prometió un vicerregente y un representante que sería la compañía de los discípulos y su consejero. “Si no me fuere, el Consolador [Paracleto] no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Jn. 16:7). En el día de Pentecostés intercambiaron la presencia física de Cristo por su omnipresencia en la persona de su Espíritu. Desde el momento del advenimiento del Espíritu, comenzó a cumplirse la pasión ardiente y la principal preocupación del Señor. La promesa había sido que cuando el Espíritu viniera sobre ellos, ellos serían testigos de Cristo (1:8). El cumplimiento fue específico. “Y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”. Y su discurso era poderosamente efectivo.

En el registro de su actividad misionera es evidente en todas partes que los hechos de los apóstoles —y también de las iglesias— se rastrean más allá del canal humano a la fuente divina. El actor principal es el Espíritu Santo, y los hombres no son más que instrumentos para lograr el propósito divino. Desde el principio al fin el Espíritu Santo es el principal impulsor y trabajador en jefe.

El día de Pentecostés marcó dos eventos significativos en la marcha hacia delante del cristianismo. Primero, *la inauguración del Espíritu Santo* en su cargo doble como consolador y proveedor. Como consolador, Él fue impartido a sus discípulos temerosos y acongojados por el Cristo resucitado en cumplimiento de su promesa (Jn. 16:7). Sopló sobre ellos y dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn. 20:22). La promesa del Hijo fue que el Espíritu Santo iba a ser el consolador.

La promesa del Padre era que el Espíritu Santo iba a ser un proveedor, y también encontró su cumplimiento el día de Pentecostés. “He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lc. 24:49). “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo” (Hch. 2:4). Fue solo cuando comprendieron la grandiosidad de la tarea comprometida por ellos que comenzaron a entender en su conciencia que sentían su gran carencia de poder. En este día memorable cuando Babel fue invertida, Dios graciosamente les otorgó una experiencia inicial del poder del Espíritu. Allí, los hombres estaban confundidos porque una lengua se convirtió en muchas. Aquí, estaban asombrados porque muchas lenguas se tornaron en una. Fue este evento que hizo historia lo que marcó el verdadero inicio de la empresa misionera. El Evangelio en un día penetró varios países y se habló en muchas lenguas.

La inauguración del Paraceto en su doble cargo estuvo acompañado por otro evento que hizo historia: *La institución de la iglesia*, el cuerpo místico de Cristo, un organismo viviente e irresistible. En los días de su carne, nuestro Señor en persona proporcionó un vehículo perfecto a través del cual el Espíritu Santo podía hacer que transcurriera el propósito de Dios para el mundo. Pero ahora con la remoción al Efecto de su cuerpo físico glorificado, su cuerpo místico, la iglesia, iba a convertirse en el instrumento del Espíritu Santo. Todo lo que hizo Cristo mientras estuvo en la tierra se hizo a través de la facultad y el poder del Espíritu; idealmente esto iba a ser verdad respecto a su iglesia también. El bautismo del Espíritu tenía un significado corporativo, puesto que por él todos los creyentes de todas las épocas eran incorporados en el cuerpo místico de Cristo. “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (1 Co. 12:13). A este cuerpo, a través de sus miembros, se le otorgó la responsabilidad de traer las buenas nuevas de la salvación a todo el mundo. El Evangelio debía ser predicado “en todo el mundo, para testimonio en todas las

naciones” (Mt. 24:14). El poder para este testimonio lo encontrarían en la provisión del Espíritu.

EL PROVEEDOR DE LOS MISIONEROS

En sus palabras finales, el Señor ascendente unió el advenimiento de su Espíritu con la investidura de poder para el testimonio mundial efectivo que era su objetivo supremo. “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch. 1:8). Las palabras de Cristo fueron cumplidas no muchos días después, cuando “varones piadosos, de todas las naciones bajo el efecto” oyeron su testimonio dado por el Espíritu. El día de Pentecostés fue una muestra de la cual las misiones subsiguientes serían una imitación.

La manera específica del cumplimiento fue enunciada claramente: “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo” (Hch. 2:4). Esta no era una experiencia confinada a los de la compañía pentecostal, ni tampoco solo se produjo en una ocasión aislada. Pedro, por ejemplo, experimentó subsiguientes llenados según lo registra Hechos 4:8 y 31. El énfasis repetido sobre este tema a lo largo de Hechos es importante, pues demuestra que esos primeros misioneros se tomaron en serio el mandato de su Maestro de no participar en su ministerio hasta que fueran investidos del poder elevado. Y esta provisión es hoy día el equipo esencial del misionero, puesto que aparte del Espíritu Santo no puede haber un testigo eficaz.

La idea tras la expresión “lleno del Espíritu” no era la de un receptáculo pasivo que debía llenarse, sino de una personalidad humana vibrante que debía controlarse por medio de una personalidad divina. La pasividad no existía. Toda facultad del discípulo estaba en su más pleno y elevado ejercicio, pero no se ofrecía resistencia al control del benéfico Espíritu Santo.

Cabe advertir que el término “lleno” como se lo usa en Hechos 2:4 y en Efesios 5:18 frecuentemente conlleva el sentido de “controlado”. Por ejemplo: “Y [ellos] llenos de temor...” (Lc. 5:26.). “Porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón” (Jn. 16:6). Estas personas estaban asidas y controladas por su temor y su tristeza. Thayer en su diccionario dice al respecto: “Se dice que lo que toma posesión de la mente, la llena”. Estamos llenos del Espíritu cuando voluntariamente le permitimos poseer y controlar toda nuestra personalidad y llevarla bajo el señorío de Cristo. Cuando Él nos llena, ejerce su control desde el centro de nuestra personalidad. Él

ilumina constantemente nuestros intelectos para que podamos apreciar y apropiarnos de la verdad como lo es en Jesucristo. Él purifica y estabiliza nuestras emociones, fijándolas en Cristo. Él refuerza nuestras voluntades para obedecer los mandatos de Cristo. En lugar de destruir nuestras personalidades, Él las libera y las expande. De este modo, el Espíritu infundió nueva vida y poder en las vidas de los discípulos para equiparlos para sus tremendas responsabilidades.

Esta provisión del Espíritu era el equipo normal y esencial del misionero y para ella no hay sustituto.

ADMINISTRADOR DE LA EMPRESA MISIONERA

Como ejecutor de la Gran Comisión y administrador de la empresa misionera, al Espíritu Santo se le da gran preeminencia en los registros de los logros de la primera iglesia. Su autoridad en el inicio de la nueva dispensación fue reivindicada por su extraña obra de juicio en el caso de Ananías y Safira. El pecado de mentirle al Espíritu Santo les trajo a ambos el castigo horrendo de la muerte súbita. “¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?... No has mentido al hombre, sino a Dios” (Hch. 5:3, 4). Dios hubiera hecho saber a los hombres que no era algo leve jugar con el Espíritu Santo, a quien Él había designado como ejecutor de sus propósitos en la tierra. Tiene mucha importancia que la primera palabra en la historia de las misiones entre los gentiles sea: “Dijo el Espíritu Santo: Apartadme...” (Hch. 13:2).

Su primera actividad administrativa está en *el llamado a los misioneros*. En el llamado a los misioneros la iniciativa la tiene el Espíritu Santo, no el voluntario ni la iglesia. El párrafo que relata el llamado de Bernabé y Saulo (Hch. 13:1-4) arroja luz sobre este tema. “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que *los he llamado*”, fue el mensaje del Espíritu Santo. El llamado divino precede toda actividad de la iglesia o del misionero. La responsabilidad de la iglesia era dejarlo ir, reconocer la designación del Espíritu y actuar al respecto. Es digno de advertir que el Espíritu Santo seleccionó a los hombres más capaces para su propósito, y que la iglesia no puso ningún reparo. La responsabilidad del misionero era responder al llamado. En el análisis final, el juicio de la aptitud no residía ni en el individuo ni en los líderes de la iglesia, sino en el Espíritu Santo. Su parte era ser sensibles a su conducción y obedientes a su mandato. La iglesia no votaba sobre este tema. Los candidatos no presentaban manojos de testimoniales. Los misioneros eran descubiertos entre un grupo de líderes espirituales mientras que

tuvieran una actitud de oración y de negación propia y estuvieran “ministrando estos al Señor”. Pero nunca fue así. Especialmente en los primeros días de las misiones modernas, los misioneros partieron reforzados ante la abrumadora oposición o la indiferencia de una iglesia insensible a la voz del Espíritu: Hombres poderosos tales como Ramón Lull y William Carey. Pero, aunque ignorados por los hombres, no fueron olvidados por el Espíritu Santo que los convocó.

Luego el Espíritu Santo *envió a los misioneros* con la iglesia como parte que consentía. “Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron. Ellos, entonces, *enviados por el Espíritu Santo*, descendieron a Seleucia” (Hch. 13:3, 4). La comunión de la iglesia estaba simbolizada en la imposición de manos, pero el impulso de autorización provenía del Espíritu Santo quien era el verdadero consagrador. La iglesia dedicó y comisionó a los que el Espíritu Santo ya había consagrado. Sin la ordenación previa del Espíritu, la imposición de manos por parte de los hombres es en vano.

La selección de la esfera de trabajo también fue prerrogativa del Espíritu, no de los misioneros. Solo el Espíritu Santo conoce la estrategia del Señor de la cosecha a cuyos intereses Él sirve. Esto está asombrosamente ejemplificado en los viajes de Pablo. En su primer viaje, el Espíritu guió a los misioneros a Chipre, en la ruta marítima hasta Asia y el mundo romano. Respecto a su segundo viaje misionero, leemos: “Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió” (Hch. 16:6-7). Únicamente el Espíritu Santo sabe cuáles son los centros estratégicos y quién es más apto para servir allí. Carey planeaba ir a los mares del sur; el Espíritu lo designó para ir a India. Bernardo sintió que era llamado para ir a China; el Espíritu lo retuvo en Inglaterra. El objetivo de Judson era India; el Espíritu dirigió sus pasos a Birmania. Y a la luz de los eventos subsiguientes, ¡cuán importante era para la empresa misionera que siguieran su conducción!

Asia y Bitinia iban a recibir el Evangelio en su debido momento, pero mientras tanto la estrategia divina era que el mensaje viajara de Occidente a Europa, desde donde se originaría la gran empresa misionera. Europa estaba madurando para la cosecha. La raza anglosajona iba a ser pionera en la misión, y cinco sextos de toda la obra misionera ha sido realizada a través de ella. Pablo era lo suficientemente sensible de espíritu como para responder a las limitaciones del Espíritu. No siguió adelante en su voluntad propia sino que se hizo a un lado para descubrir en

la oración y la consulta la voluntad geográfica de Dios para él y sus compañeros. Cabe advertir que la expansión de la iglesia y su extensión a lugares inesperados se debió a la restricción del Espíritu Santo y no a la planificación deliberada de los misioneros.

El Espíritu también *determina los tiempos del programa misionero*. Cuán lento parece ser Dios a veces. ¿Para qué esperar setenta años desde la finalización de los eventos en los cuales se basa el cristianismo antes de lanzarlo de lleno? ¿Por qué una fuerza tan mezquina de tareas a la luz de una necesidad tan apabullante? Debemos aprender que los pensamientos de Dios son más elevados que los nuestros, que sus maneras van más allá de averiguar. Nosotros debemos seguir las restricciones del Espíritu y esperararlo para la revelación de sus tiempos. Él está obrando con un programa meticulosamente preciso, y en nuestras propias esferas de responsabilidad descuidamos sus tiempos para nuestra propia pérdida y desilusión.

La designación de compañeros de trabajo también corresponde a la esfera de la autoridad del Espíritu. Saulo no eligió a su compañero de tareas, sino que este fue designado por el Espíritu Santo. Incluso el brillante y culto apóstol no había sido enviado por el Espíritu sin un compañero más experimentado y espiritualmente fuerte. La ubicación de Saulo con Bernabé no fue un suceso azaroso. Bernabé era maduro, experimentado, un “hijo de la consolación”. A sus generosos dones, el Espíritu Santo agregó la intensidad, el feroz celo, la incansable urgencia, los poderes intelectuales brillantes de Saulo, que se había estado preparando desde hacía tiempo en la escuela de Dios. Juntos reunían una maravillosa combinación de dones. Pero incluso en un equipo tan espiritualmente alerta y dotado, luego hubo una desavenencia sobre el sobrino de Bernabé, Juan Marcos (Hch. 15:39). Incluso este lamentable incidente fue subsanado por el Espíritu, en cuanto a que se crearon dos grupos de oración en lugar de uno solo.

Otra actividad del Espíritu es *la conducción del misionero a conversos estratégicos*. Un ejemplo sobresaliente es el llamado del Espíritu a Felipe para dejar el renacimiento que estaba en progreso en Samaria y en el cual él cumplía un papel tan importante, porque “Gaza, que es desierto”. A la luz de ello esto parecía ser lo opuesto de un juicio sólido. Pero cuando Felipe, en obediencia al Espíritu llegó a Gaza, su arribo se sincronizó exactamente con la de un hombre muy influyente que buscaba a Cristo y su salvación (Hch. 8:29). Era la recompensa de su obediencia incuestionable: Ser invitado a explicar el Evangelio a un buscador preparado que abrazó a Cristo de inmediato. Y a través de este

converso, nada más que a través del canciller de la tesorería de Etiopía, el Evangelio penetró en ese reino. Aparte de la intervención del Espíritu, Felipe nunca hubiera ido a Gaza, y Etiopía hubiera permanecido sin el evangelio. Todo campo de misión presenta ejemplos similares, aunque menos espectaculares.

Uno de los problemas agudos del trabajo misionero es la presión de los poderes de las tinieblas. A veces, esas presiones parecen ser demasiado grandes para soportarlas, pero aquí también el Espíritu Santo es activo en *facultar contra la oposición satánica*. Elimas, el brujo, se enfrentó a Bernabé y a Saulo, buscando que el diputado Sergio Pablo dejara la fe. “Entonces Saulo..., *lleno del Espíritu Santo*...dijo: ¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad...¿No cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor?... Serás ciego” (Hch. 13:9-11). Él experimentó la cooperación del Espíritu Santo al tratar con la oposición inspirada en Satanás. El Espíritu primero le impartió discernimiento espiritual para desentrañar la fuente del disturbio y luego, autoridad espiritual para manejarla. Él valientemente desenmascaró la naturaleza, el origen, el espíritu y las metas de la oposición de Elimas, y solemnemente invocó al juicio de Dios.

Luego, también, el Espíritu Santo *respaldó a los misioneros en medio de la oposición y el desaliento*, cuando los judíos, en su hostilidad hacia Cristo, los expulsaron de sus costas. La extraña secuela fue: “Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo” (Hch. 13:52). Fueron elevados por sobre sus circunstancias y pudieron regocijarse en medio de sus pruebas. De hecho, descubrieron que el Espíritu Santo era el estímulo y el consolador divino.

Fue el Espíritu Santo quien *dirigió a la iglesia en la designación de sus líderes*; la elección no se realizó por voto mayoritario: “Mirad por vosotros, y por todo el rebaño [de Dios] en que el *Espíritu Santo os ha puesto por obispos*” (Hch. 20:28). Fue Él quien designó a los pastores del rebaño. La designación fue su prerrogativa desde el más bajo hasta el más elevado, no de los funcionarios mismos; porque incluso en el servicio más humilde dentro de la iglesia, los hombres deben ser controlados por el Espíritu (Hch. 6:3).

En el primer consejo de la iglesia en Jerusalén, la presencia y *la presidencia del Espíritu Santo* fueron claramente reconocidas por los delegados presentes. Suya fue la voz decisiva en todo asunto de duda. La redacción del presidente sobre la decisión del consejo fue un indicio claro del lugar que se le da a Él en sus deliberaciones: “...*ha parecido*

bien al Espíritu Santo, y a nosotros...” (Hch. 15:28). Se le dio el lugar de principal importancia en sus hallazgos.

La importancia que los primeros misioneros le dieron a la obra del Espíritu Santo puede medirse por el cuidado con el que introdujeron a los conversos y a los creyentes en su ministerio (Hch. 8:17; 9:17). Pablo adjudicó la falta de eficiencia de los doce hombres de Éfeso a su ignorancia del llenado y la autoridad del Espíritu (Hch. 19:2-6). ¿No es este un caso cabal de un adoctrinamiento muy temprano de los conversos sobre este tema tan crucial?

Cuando la iglesia y sus misioneros le conceden al Espíritu Santo el lugar supremo en sus planificaciones y actividades, podemos esperar ver un progreso espectacular en los campos de misión del mundo. Pero el hecho básico es que incluso cuando sus prerrogativas no son ignoradas del todo, a Él se le otorgan pocas oportunidades para demostrar su poder.

Fue de otro modo con Jonathan Goforth bajo cuyo ministerio se produjeron poderosos renacimientos en China y en Corea. Él estaba profundamente preocupado por ver el renacimiento en su obra, y con esa meta en vista se dispuso a hacer un estudio intensivo de la persona y la obra del Espíritu Santo. Luego comenzó a predicar lo que estaba aprendiendo a los grupos cristianos a los que visitaba. Siguió una fuerte convicción y confesión de pecados, y un creciente número de conversiones.

Mientras hablaba en una ciudad china a una audiencia pagana, que llenaba la capilla de la calle, Goforth fue testigo de una agitación en los corazones de las personas como nunca había visto antes. Al hablar sobre el texto: “Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”, la convicción parecía estar escrita en cada rostro. Cuando pidió decisiones, prácticamente todos se pusieron de pie. Luego, dándose vuelta, buscando a uno de los diez evangelistas que lo acompañaban para que ocupara su lugar, descubrió a todo el grupo con una mirada de respeto temeroso en sus rostros. Uno susurró: “Hermano, Él, por el que hemos orado hace tanto tiempo, estuvo aquí en todo momento esta noche”. A dondequiera que fueran en días sucesivos, muchas almas buscaban salvación. Le habían concedido al Espíritu Santo su justo lugar en la empresa misionera y cosecharon su recompensa en la poderosa obra de este en medio de ellos.

Una de las historias más emocionantes de la participación del Espíritu Santo en el campo de la misión es la de la *Lone Star Mission* [Misión Estrella solitaria] en Ongole, India. Luego de quince años

de obra de sacrificio, solo se habían ganado diez conversos. En vista de un pesado déficit, la Unión Misionera Bautista, en 1853, estaba decidiendo cerrar la estación. El doctor Colver rogó elocuentemente por la exigua iglesia, ganada a tal costo. El doctor Edwin Bright, el secretario, siguió con un discurso que concluía diciendo: “¿Quién es el hombre que escribiría la carta o que llevaría el mensaje a esa pequeña iglesia de diez miembros, diciéndoles que los bautistas norteamericanos habían resuelto abandonarlos? —caminaba ida y vuelta por la plataforma, diciendo—: ¿Y quién escribirá la carta?”

Esa noche, el doctor Samuel Smith, autor de “My Country, Tis of thee” [“Mi país, es tuyo”], no podía dormir. Durante el debate se había colgado un mapa, con las estaciones de las misiones marcadas con estrellas. Birmania estaba muy llena, pero Nellore permanecía sola en India. Alguien se había referido a la estrella de amor. Tomando lápiz y papel, el doctor Smith escribió:

“Sigue brillando, Estrella Solitaria, tu brillo radiante
Se difundirá sobre todo el cielo oriental;
¡La mañana rompe de prisa de la tristeza y la noche!

Sigue brillando, Estrella Solitaria, yo no disminuiré
La luz que brilla con un rayo dudoso,
La estrella solitaria de Belén
Condujo a un día brillante y glorioso.

Sigue brillando, Estrella Solitaria, en angustia y en
lágrimas,
Y dificultades tristes con frecuencia bautizadas;
Sigue brillando en medio de tus esferas hermanas:
Las estrellas solitarias no son desdeñadas en el cielo.

Sigue brillando, Estrella solitaria, ¿quién alza una mano
Para lanzar a la tierra una gema tan brillante,
Una nueva ‘pléyade perdida’ del grupo
Que brilla en la diadema de la noche?

Sigue brillando, Estrella Solitaria, se acercan los días
Cuando nadie brillará más que tú;
Tú, nacida y contemplada con dudas y temor,
Os reuniréis sobre el ceño de Emanuel.

Sigue brillando, Estrella Solitaria, hasta que se redima
la tierra,

Y en el polvo verá caer sus ídolos;
Y miles donde tu radiación brilló
Coronarán al Señor Salvador de todos”.

En el desayuno, el juez Harris, quien era el presidente, le pidió su opinión al doctor Smith. Él le presentó el poema. Lo leyó en la reunión con mucho sentimiento. Conmovió al público y los hombres lloraron. Amanecía una visión de esperanza.

¿Y cuál fue el resultado? Un gran movimiento del Espíritu coronó su fe. En un solo día se realizaron 2.222 bautizos. Treinta años después, la iglesia de Ongole tenía 15.000 miembros, por lo cual se convirtió en la iglesia bautista más numerosa del mundo.

20

EL ESPÍRITU Y EL HABLAR EN LENGUAS (I)

*“...y comenzaron a hablar en otras lenguas,
según el Espíritu les daba que hablasen”.*

Hechos 2:4

Lectura: 1 Corintios 12:6-11, 28-31

Los fenómenos que acompañaron al descenso del Espíritu Santo en el día de Pentecostés dieron un claro testimonio de la liberación de un nuevo poder espiritual, el inicio de una nueva era. La muchedumbre políglota se confundía por el don espectacular de hablar en lenguas conferido por los apóstoles. Estaban asombrados pero profundamente impresionados por el hecho de que “cada uno les oía hablar en su propia lengua”.

Hablar en lenguas también sucedió en dos ocasiones subsiguientes cuando el Espíritu Santo descendió sobre grupos de gentiles en Cesarea y en Éfeso. Sobre esta base de hechos se ha erigido la gran superestructura de lo que generalmente se llama el movimiento pentecostal. La mayoría de los adherentes de este grupo de iglesias sostiene que hablar en lenguas es el acompañamiento necesario y la evidencia del bautismo o provisión del Espíritu Santo. El movimiento ha experimentado un crecimiento espectacular durante los últimos cincuenta años. En los Estados Unidos de América es el grupo de iglesias con mayor velocidad de crecimiento. Eso solo debería estimular la consulta sobre lo que sostienen y sobre la base bíblica. Si nos estamos perdiendo alguna bendición que Dios tiene para nosotros, deberíamos saberlo. Si el movimiento, si bien sincero, está equivocado en algunos de sus énfasis, deberíamos saberlo.

El pentecostalismo no es una herejía, puesto que no niega ninguna doctrina del cristianismo evangélico. De hecho, lucha

seriamente por la fe. Por lo tanto, debemos tener en cuenta que aunque podamos no estar de acuerdo con las opiniones de los pentecostales, son miembros compañeros del cuerpo de Cristo. Creemos que muchos adherentes a este movimiento están errados en determinados temas, pero muchos de ellos son totalmente sinceros e intensamente serios. Tal vez el pentecostalismo pueda, sin ninguna intención de ofender, ser mejor descrito como un enamoramiento espiritual. Y un enamoramiento pocas veces se vence con argumentos fríos y lógicos. Abordar a aquellos que se encuentran en esta enseñanza emocional, casi extática, con una serie de silogismos, incluso si están respaldados por Las Escrituras adecuadas, por lo general los dejará totalmente impávidos. Ellos están en el disfrute de algo que no están dispuestos a dejar de lado por lo que consideran que es una doctrina fría y no satisfactoria de muchas iglesias evangélicas.

¿Acaso no puede ser que los cristianos hambrientos y los nuevos conversos hayan sido impulsados a los brazos de este grupo porque sostiene la promesa de algo más vital, más satisfactorio, más dinámico que el tipo de cristianismo con el que se encuentran en nuestras iglesias? Al comparar el celo y el fervor de la primera iglesia con la tibieza de la mayoría de las iglesias de nuestros días, ¿no tienen bases para seguir algo que promete ser una repetición del poder de la iglesia primitiva? ¿Nuestra enseñanza a este respecto ha sido inadecuada o defectuosa? Hacemos bien en ser desafiados por la virilidad del movimiento pentecostal de todo el mundo, tanto en el ministerio de su hogar como en su alcance misionero.

EL DON PENTECOSTAL

¿Cuál fue “la promesa del Padre” por la cual nuestro Señor ordenó a sus discípulos que esperaran en Jerusalén? No era el don de las lenguas, sino la provisión de poder desde lo alto, y estas dos cosas son bastante distintas y separables (Lc. 24:49). La evidencia de haber recibido la provisión iba a ser la efectividad en el testimonio. Cuando nuestro Señor amplió la promesa, como se registra en Hechos 1:8, Él aclaró que el resultado de la venida del Espíritu sobre ellos sería el poder de un testimonio efectivo y extenso para el Cristo resucitado: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo; y me seréis testigos... hasta lo último de la tierra”. Es cierto que esta provisión estaba acompañada por “hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hch. 2:4). Pero esto no era el don en sí ni siquiera su evidencia más significativa, como afirman los pentecostales.

OTRAS LENGUAS Y LENGUAS DESCONOCIDAS

A fin de investigar sobre esta afirmación, deben responderse varias preguntas preliminares:

¿Las “otras lenguas” de Pentecostés y las “lenguas extrañas” de 1 Corintios 14 son una sola y la misma? Cabe advertir que la palabra “extrañas” utilizada en relación a las “lenguas” en 1 Corintios 14 no está en el texto griego. Otra versión traduce correctamente como “lenguas”. “Otras lenguas” aparece solo dos veces en Hechos 2:4. En Hechos 10:46 y 19:6 la traducción es simplemente “en lenguas”, y en el último pasaje el agregado de “y profetizadas” parecería realizar una distinción entre el habla extática y la enseñanza llanamente hablada.

En su comentario, E. H. Plumptre afirma que aparte del día de Pentecostés, las lenguas no eran “el poder de hablar en un lenguaje que no fue aprendido por la vía común de aprendizaje, sino el habla extática de una devoción extática”. Su argumento tiene un gran respaldo bíblico.

En Pentecostés todos hablaron en lenguas (Hch. 2:4). Esto no se aplica a los creyentes de Corinto (1 Co. 12:30).

En Pentecostés las lenguas eran comprendidas por todos (Hch. 2:6). En Corinto no las entendía nadie (1 Co. 14:2, 9).

En Pentecostés les hablaban a los hombres (Hch. 2:11, 17). En Corinto les hablaban a Dios (1 Co. 14:2).

En Pentecostés no se necesitaba ningún intérprete (Hch. 2:6). En Corinto estaba prohibido hablar en lenguas si no había un intérprete presente. (1 Co. 14:23, 28).

En Pentecostés hablar en lenguas era una señal o credencial para los creyentes (Hch. 11:15). En Corinto era una señal para los incrédulos (1 Co. 14:22).

En Pentecostés hablar en lenguas traía salvación a los demás (Hch. 2:41). En Corinto edificaba a los que hablaban (1 Co. 14:4).

En Pentecostés los extraños eran llenados de temor respetuoso y de maravilla (Hch. 2:7, 8). En Corinto Pablo advirtió que si todos hablaban en lenguas en una reunión de la iglesia, los forasteros dirían que estaban locos (1 Co. 14:23).

En Pentecostés había una armonía perfecta (Hch. 2:1). En Corinto había confusión (1 Co. 14:33).

Puesto que hay una diferencia tan marcada entre estas dos manifestaciones del don de las lenguas, sería una exégesis cuestionable

construir un sistema de doctrinas sobre la identidad de los dos episodios. Si las “lenguas” de 1 Corintios 14 no son idénticas a las de Hechos 2, ¿qué fueron? Las “otras lenguas” habladas en el día de Pentecostés no eran sus lenguas nativas. “Cada uno de ellos comenzó a hablar en una lengua que no había adquirido, y sin embargo era una lengua real comprendida por los de diversas tierras familiarizados con ellas. No era una jerga, sino un lenguaje inteligible”. Las “lenguas” de 1 Corintios 14 eran de éxtasis, sonidos vocales, expresiones fervientes y extáticas, no necesariamente inteligibles para el hablante o el escucha salvo a través del don de la interpretación. Esta descripción se adecuaría en toda la enseñanza del capítulo.

William Barclay comenta: “Este fenómeno era muy común en la iglesia primitiva. En ella, un hombre llegaba a un éxtasis y en ese estado vertía un torrente incontrolable de sonidos de un lenguaje desconocido. A no ser que se interpretaran dichos sonidos, nadie tenía la menor idea de lo que significaban. Aunque parezca extraño, en la primera iglesia este era un don muy envidiado. Era un don peligroso. Por un lado era anormal y muy admirado, por lo tanto, la persona que lo poseía era muy probable que desarrollara un cierto orgullo espiritual por su don; por otra parte, el propio deseo de poseerlo producía, por lo menos en algunos, un tipo de hipnotismo propio y un tipo de histeria deliberadamente inducida que originaba el hecho de hablar en lenguas lo cual era totalmente falso, engañoso y sintético.

Pero debe recordarse que este tipo de habla extática no es de ningún modo la prerrogativa única del pentecostalismo. Es familiar tanto para el Islam como para el hinduismo, para el mormonismo y para el espiritismo. Este hecho solo haría que uno mirara con reservas toda afirmación de que hablar en lenguas es la evidencia necesaria y única del bautismo o provisión del Espíritu. Un autor sostiene: “En casi todas las religiones en el momento en que el fervor se funde con el fanatismo, hay manifestaciones similares”. Entonces, hablar en lenguas, puede ser la obra del Espíritu del Error así como del Espíritu de la Verdad.

¿PUEDE HABER “LENGUAS” GENUINAS ACTUALMENTE?

Se sostienen dos visiones respecto a esta cuestión. La primera está muy bien expresada en las palabras de Sir Robert Anderson, dichas con su característica convicción: “No es una cuestión de opinión sino del hecho de que mientras los dones y los milagros de los pentecostales ocupan un lugar prominente en la narrativa de los Hechos y en la enseñanza de las Epístolas escritas durante el período cubierto

históricamente por los Hechos, las últimas Epístolas son silenciosas respecto a ellos. La inferencia natural es que los milagros y los dones han cesado, y que las Epístolas del último encarcelamiento de Pablo dan prueba de que esta inferencia es correcta”.

Apoyando la misma opinión, el doctor G. Campbell Morgan escribió: “Debemos recordar que esas señales iniciales, fueron incompletas. No produjeron ningún resultado final. Fueron necesarias para captar la atención de Jerusalén... Eran divinas, directas y positivas, pero transitorias y no se repitieron nunca porque jamás se las necesitó”.

Puede presentarse un caso razonable que apoye esta visión, si bien de ningún modo es conclusiva. En 1 Corintios 13, que separa el catálogo de los dones espirituales del capítulo 12 de la instrucción en el digno ejercicio de esos dones en el capítulo 14, aparecen estas palabras: “Las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará” (1 Co. 13:8.10).

Los defensores de la visión de que los dones y los milagros pentecostales se han acabado, sostienen que 1 Corintios 13:10 no se refiere a la consumación final, sino a la plena revelación de la verdad de Dios que fue alcanzada en los escritos de Pablo. En Efesios 4:8-16, que presenta cronológicamente la última lista de dones espirituales, se omiten los dones de los milagros. E incluso, de los dones mencionados, dos —apóstoles y profetas— no son revocados. Con el advenimiento de la madurez y la integridad, los tres dones especiales —el conocimiento, la profecía y las lenguas— cesaron y murieron, porque habían cumplido su propósito. Solo se los necesitó mientras la revelación era incompleta (vea He. 2:3, 4). Estos dones eran el acompañamiento de la inmadurez espiritual, y Pablo dijo al respecto: “...cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño”.

Este es el argumento. Descansa, no en una enunciación clara de Las Escrituras, sino en una serie de deducciones razonables. El autor ha usado esta línea de argumento con algunos cautivados por el punto de vista del pentecostalismo, pero sin éxito alguno. No existen enunciaciones bíblicas categóricas a las cuales se podría apelar para terminar con toda la discusión. Por el contrario, se pueden presentar varias enunciaciones bíblicas inequívocas en su contra.

“...no impidáis el hablar lenguas...” (1 Co. 14:39).

“...quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas...” (1 Co. 14:5).

“...hablo en lenguas más que todos vosotros...”, dijo Pablo (1 Co. 14:18).

A la luz de tales enunciaciones claras, calificar a *todos* los que hablan en lenguas en el presente como espurios, “nada más que jerga e historia”, sería bastante vasto y casi no llevaría convicción a los creyentes que oyen en los inspirados escritos de Pablo la voz del Espíritu Santo.

No se niega que la mayoría del habla de lenguas moderno puede justamente ser clasificado como jerga e historia. Sus frutos no han demostrado en lo básico ser frutos del Espíritu. Incluso cuando se dan interpretaciones, el tema con frecuencia es pueril y no añade nada que no esté mejor expuesto en Las Escrituras. Escribiendo sobre este tema, el doctor R. A. Torrey, quien estudió en profundidad el temprano desarrollo de este movimiento, si bien cree que gran parte de él es espurio, dijo: “No negamos la posibilidad de que Dios le otorgue a un hombre de nuestros días el don de las lenguas”. Cuando el movimiento estaba obteniendo gran ímpetu, el reverendo George W. Soltau, un expositor confiable de la Biblia, escribió: “¿Entonces no existe tal cosa como hablar en lenguas? Por cierto, si existe... ¿A quién se le ha otorgado? Parecería a partir de la información disponible, que la verdadera bendición fue dada *en privado*, con frecuencia inesperadamente y sin buscarla, y que ha sido investida para los propósitos de la adoración, y no para ganar almas y hacer demostraciones. Hay algunos pocos casos en que dicho don se proporcionó en reuniones públicas, y han sido acompañadas por un espíritu de bondad, humildad, sobriedad y amor”.

El autor ha conocido personalmente un caso como al que se hace referencia, cuando la manifestación llegó en privado y sin buscarla, y derivó en adoración. Luego de algunos pocos episodios cesó y nunca más volvió a suceder.

21

EL ESPÍRITU Y EL HABLAR EN LENGUAS (2)

“¿Hablan todos lenguas?”

1 Corintios 12:30

Lectura: 1 Corintios 14:1-33

EVIDENCIA DEL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO

La mayoría de los pentecostales sostiene la visión de que hablar en lenguas es la evidencia fundamental del bautismo o provisión del Espíritu. Ellos argumentan que sin esta manifestación, el bautismo del Espíritu no se ha experimentado ni se ha investido su plenitud, sino solo una medida de su presencia y poder. Esta creencia se basa en el hecho de que en Jerusalén el día de Pentecostés, en Cesarea —en la casa de Cornelio— y en la reunión de la iglesia de Éfeso, el bautismo del Espíritu se evidenció hablando en lenguas (Hch. 2:4; 10:46, 19:6). Es interesante advertir los casos en el libro de Hechos en los que no hay cuestionamiento de que esta experiencia haya tenido tales manifestaciones.

Un estudio de las tres ocasiones mencionadas revela que en cada caso hubo un motivo significativo para investir el don de hablar en lenguas.

En Pentecostés, el motivo fue la urgencia y la emergencia de la ocasión. La fiesta de Pentecostés había atraído a una gran cantidad de judíos desde las naciones vecinas. Muchos estaban a punto de regresar a sus casas. Con la crucifixión, la resurrección y el ascenso de Cristo ahora en el pasado, los hechos fundacionales del Evangelio estaban completos. El descenso del Espíritu con las manifestaciones que lo acompañaron había avivado el interés de toda la ciudad. Si iba a evangelizarse a toda la muchedumbre, si la explicación de estos eventos significativos alguna vez les llegaría, debía ser ahora. Sin el don de las lenguas, el testimonio no podía haber llegado a los

hombres de estos quince países debido a la barrera del idioma. Así que en el ejercicio de su voluntad soberana, el Espíritu Santo otorgó el don, y se logró el propósito divino de la evangelización inicial de estas naciones. No existen registros de una repetición idéntica en ninguna ocasión posterior.

En Cesarea, el motivo fue diferente. El hablar en lenguas fue considerado necesario por la renuencia de Pedro a obedecer el mandato del Señor de llevarle el Evangelio a Cornelio, el gentil. Su actitud fue exactamente representativa de la que adoptó la iglesia en Jerusalén. Para convencer tanto a Pedro como a la iglesia de que Dios había investido el don idéntico sobre los gentiles como sobre los judíos, Él graciosamente repitió la manifestación de Jerusalén, pero sin sus lenguas políglotas ni sus implicaciones evangelísticas.

En Éfeso, los hermanos judíos no habían oído nada sobre la historia subsiguiente del movimiento que comenzó con Juan el Bautista, y en el cual ellos habían participado. No conocían todos los hechos de redención ni el don del Espíritu Santo, pero a través de la enseñanza de Pablo su experiencia fue vinculada a la de la iglesia en Jerusalén y a los primeros frutos de entre los gentiles en Cesarea por medio del mismo don de evidencia de las lenguas, aunque nuevamente sin los acompañamientos evangelísticos de Pentecostés.

Entonces parecería que el propósito del don de las lenguas en estos casos no fueron evidencias del don o de la plenitud del Espíritu Santo, sino de la identidad de la bendición otorgada sobre cada una de estas ocasiones. También es de destacar que en Jerusalén, en Cesarea y en Éfeso, *el don fue otorgado sin habérselo buscado o esperado, y en todos los casos en una misma reunión*. No hay precedente aquí para las “reuniones de espera” que han caracterizado a las iglesias pentecostales. El don se otorgó en cada caso sobre el grupo reunido, no sobre individuos selectos ni especialmente preparados.

Por los motivos mencionados, no puede sostenerse en la firmeza de esos pasajes que hablar en lenguas es la única evidencia del bautismo y el don. Si esto fuera así, su efecto práctico sería convertirlo en el más importante de todos los dones espirituales, y, por ende, sería buscado por encima de todos los demás. Sin embargo, el énfasis de Pablo marca exactamente la dirección opuesta. A la profecía se le da precedencia en todos lados sobre las lenguas, cuyo don él clasifica como de menor importancia. Pablo exhorta a los creyentes corintios a procurar “los dones mejores [más grandes]”, indicando así que algunos dones espirituales

son más grandes y deben ser más deseados que otros. Mientras instaba positivamente a los corintios a desear seriamente la profecía, él dice respecto a las lenguas que no deben ser prohibidas. De ningún don él señala más claramente la posibilidad de abuso, y ningún otro don está tan rodeado de restricciones y reglamentaciones. “Pero en la iglesia —dijo—, prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida” (1 Co. 14:19).

EL PROPÓSITO DE LAS LENGUAS

Puede ser cuestionado, ya que este don requería una reglamentación tan estricta y estaba tan abierto al abuso y a la falsedad, aunque tenga algún valor real. El hecho de que fue otorgado por el Espíritu Santo es suficiente evidencia de que en su pureza primitiva y cuando se lo ejerce dentro de las restricciones divinamente sancionadas, no fue ni innecesario ni inútil. De haber sido así, no tendríamos una explicación o una justificación para el don de la interpretación.

El don de las lenguas fue el inicio de una nueva era y también desempeñó la importante función de autenticar y confirmar la palabra hablada inspirada cuando todavía no se había escrito el Nuevo Testamento. Dios proporcionó testimonio con sus predicadores por medio de “...señales y prodigios y diversos milagros y *repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad*” (He. 2:4). También podría ser la expresión genuina de devoción y como tal servir a un propósito benéfico. Debemos ser cuidadosos de no exagerar tanto su inferioridad respecto a los otros dones como para impugnar la sabiduría del Espíritu Santo al investirlos.

REGLAS QUE RIGEN EL DON

Al indicar que tal habla de éxtasis no debe ser alentada pero tampoco olvidada, Pablo rodea su ejercicio con reglamentaciones restrictivas. Él no cuestionó la realidad del don sino que estaba muy conciente de sus peligros, porque el éxtasis, la histeria y el hipnotismo propios son muy difíciles de distinguir. Si se concede que puede haber una genuina habla en lenguas hoy día, debe aceptarse como un corolario de que su calidad de genuina será confirmada por su cumplimiento de los requisitos de Las Escrituras. Se permitió en el entendimiento de que todo estaba por hacerse “...decentemente y con orden” (1 Co. 14:40). A partir de las instrucciones de Pablo, surgen los siguientes hechos:

El otorgamiento de todos los dones espirituales es la prerrogativa soberana del Espíritu Santo (1 Co. 12:11). Por ende, ningún don como ese puede exigirse como un derecho. No podemos dictaminarle al Espíritu qué don espiritual debemos tener.

Se nos insta a desear seriamente los dones más grandes, es decir, los que ayudan más a la edificación de la iglesia (1 Co. 14:12). La iglesia corintia no tomó este consejo y se especializó en lo espectacular, para su propia confusión y pérdida.

El objeto principal del otorgamiento de cualquier don es la edificación de la iglesia (1 Co. 14:12). Si cualquier manifestación profesada del don no logra esto, es falsa o se ha abusado de ella.

Si alguien desea hablar en “lengua” en público, primero debe asegurarse de si puede ser interpretado (1 Co. 14:28).

En la iglesia, hablar en “lenguas” estaba confinado a dos o tres, y a cada uno por vez. Deben hablar en sucesión y no todos a la vez. Si esto falla, la lengua debe ser suprimida (1 Co. 14:27).

Si el ejercicio del don produce confusión en lugar de orden, esa es una evidencia *a primera vista* de que es espurio, puesto que Dios no es el autor de la confusión (1 Co. 14:33).

MOTIVOS PARA SER CAUTELOSOS

Reconocemos a aquellos que sostienen estas opiniones como hermanos creyentes y a muchos de ellos como devotos cristianos. Pero debemos evaluar el movimiento a la luz de sus frutos y posibles peligros. Uno de sus grandes peligros reside en su tendencia a subordinar lo principal y lo fundamental a lo incidental y secundario. La exaltación de lo espectacular suele hacer que las verdades centrales del cristianismo se subordinen a manifestaciones espirituales subjetivas y a la experiencia que tales manifestaciones producen. Cualquier enseñanza que hace esto es en principio sospechosa.

Varios peligros enfrentan esta enseñanza:

Fariseísmo espiritual. Por supuesto que esto es posible en cualquier círculo cristiano, pero es un peligro especial en un movimiento que sostiene poseer una verdad especial o distintiva. Sostener que el don de las lenguas es la principal evidencia del bautismo o el llenado del Espíritu y que ese don es más grande en ejercicio en las reuniones pentecostales que en otras iglesias, tiende a generar una actitud de superioridad. Uno de ellos una vez le dijo al autor: “Por supuesto que vivimos en un plano más elevado que ustedes”. Esto bien puede ser cierto, pero hubiera sonado mejor dicho por otros labios. No obstante

en justicia, debe decirse que esta actitud sería deplorada por los más espirituales de sus miembros como lo deploraríamos nosotros.

Apertura a la falsedad. Es un hecho indispensable que de todos los dones espirituales, este sea el más abierto al abuso y a la falsedad. El hecho de que los movimientos heterodoxos y anticristianos también experimentan este fenómeno es un indicio claro de que la manifestación puede emanar del infierno así como del cielo. A Satanás le encanta degradar e imitar todo lo que es bueno y sagrado y pervertirlo para sus propios usos. Los reinos físicos y espirituales están muy estrechamente relacionados y es fácil confundir uno con el otro. El entusiasmo carnal y la excitación pueden fácilmente ser confundidos por ardor espiritual.

Tendencias divisivas. Para el que conoce algo de la historia del movimiento pentecostal, este punto no necesita demasiada explicación. Tanto en el campo de la misión como en las patrias ha habido una historia constante de división, dentro del movimiento mismo y en innumerables congregaciones evangélicas. Es triste que este movimiento que se considera el movimiento por excelencia del Espíritu Santo, en lugar de estar caracterizado por la unidad del Espíritu, resalte en cambio por sus tendencias divisivas. Viendo lo anterior, el consejo de Pablo a los creyentes de Roma es oportuno: “...os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos” (Ro. 16:17). No todos los grupos pentecostales causan divisiones, y este versículo no debe interpretarse como una generalidad para boicotear a estos creyentes.

Excesos emocionales. Si en nuestra religión convencional el elemento emocional suele ser suprimido indebidamente, exactamente lo opuesto es el peligro de este movimiento. F. W. Robertson comenta: “El Espíritu Santo puede mezclarse con el hombre de tres maneras: Con su cuerpo, y luego tienen lo que se llama un milagro; con su espíritu, y entonces tienen ese sentimiento exaltado que encuentra desahogo en lo que se llama “lenguas” o con su intelecto, y luego tienen la profecía. En el caso de las “lenguas” los hombres sintieron y no pudieron expresar lógicamente ese sentimiento...El claro entendimiento se desvaneció y apareció el éxtasis; el que habla, a no ser que los controle, se dejó llevar por sus sentimientos”.

Este estado de éxtasis era la admiración y la emulación de los demás; tan placentero y tan excitante era, que en la iglesia corintia, con su afición hacia lo espectacular, se convirtió en el objeto principal de búsqueda, como lo es hoy día en las reuniones pentecostales. En

lugar de una continuidad estable en las buenas obras, solían dedicar su tiempo a demostrar un sentimiento intenso, y esta emoción religiosa descontrolada vencía a la razón y al sentido. Un sentimiento puramente natural y animal se concretó como fervor espiritual. Las mismas tendencias han estado presentes en el pentecostalismo, acompañadas con bastante frecuencia por excesos dolorosos y notorios.

El difunto doctor Arthur T. Pierson, que condujo una investigación exhaustiva a nivel mundial sobre el progreso y las características del movimiento, resumió las consideraciones que deben regir el enfoque sobre el tema:

Las Escrituras infalibles y no únicamente la experiencia humana pueden ser la corte de apelación final.

Los dones que más deben buscarse son aquellos que más tienen que ver con la edificación.

Todos los dones espirituales que son genuinos promueven la paz y la armonía.

Todas las dotes verdaderas del Espíritu conducen a la humildad y a la docilidad del temperamento.

Cualquier don buscado por sí mismo o para la gloria personal es una ilusión y una artimaña.

Toda influencia humana indebida es incoherente con la supremacía del Espíritu de Dios.

Cualquier cosa que tenga una tendencia divisiva y centrífuga está abierta a la sospecha más grave.

Siempre debemos estar alertas para detectar ardidés y falsificaciones satánicas.

ENSEÑANZA POSITIVA SOBRE EL ESPÍRITU

Queda una pregunta por responder. *¿Cómo podemos ayudar mejor a los que están obsesionados por esta enseñanza y evitan que los demás la abracen?*

Debemos dar tempranamente a todos los cristianos, a quienes tenemos la responsabilidad de ministrar, una enseñanza plena y positiva respecto a la obra del Espíritu Santo, enseñarles la importancia de Pentecostés y cómo pueden apropiarse personalmente de la plenitud del Espíritu. Cuando las almas se vuelcan a Cristo, debemos aprovechar la primera oportunidad de conducirlos a dicha experiencia. El aspecto importante de la enseñanza no debe posponerse hasta que ellos obtengan una mayor madurez; es esta experiencia la que los conducirá a la misma.

Es sorprendente cuánta verdad espiritual puede absorber un nuevo converso. Es nuestra convicción que si este fuera un procedimiento común en nuestras iglesias, habría mucho menos descarriados y un avance más rápido en la santidad.

Si los creyentes se han sentido atraídos por el movimiento pentecostal, debe tenerse un especial cuidado para afrontar la situación de una manera espiritual y no con armas carnales. Un ataque frontal muy probablemente los haría permanecer en ese movimiento más que rescatarlos de él. En una ocasión, el autor fue invitado a dar una serie de discursos en una iglesia que estaba a punto de dividirse por este mismo tema. En toda la serie nunca mencionó el pentecostalismo ni atacó directa o indirectamente al movimiento. En cambio, se presentó una enseñanza clara y positiva sobre el Espíritu Santo y cómo Él podía satisfacer todas las necesidades de esa iglesia para una vida santa y un servicio efectivo. El Espíritu dio testimonio de la Palabra, y ningún miembro se fue para unirse a la iglesia pentecostal.

El método a adoptar cuando los demás están siendo atraídos por la promesa de una experiencia de éxtasis y poder es demostrar a partir de Las Escrituras y de la experiencia personal que cuando el Espíritu controla la vida hay santidad, gozo y poder en el testimonio. Si nosotros nunca gozamos de la plenitud del Espíritu, nuestro primer deber sería apropiarnos de esa plenitud. Entonces podremos demostrar en la práctica, así como también en el precepto, lo que Pablo denomina “aun más excelente”.

El gran himno de amor de Pablo no está ubicado por casualidad donde se encuentra en la epístola a los corintios. Su encumbrado tema se introdujo con un propósito fijo, y su objetivo se expresa claramente. “Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aun más excelente”; más que incluso los dones espirituales espectaculares, la manera del amor cristiano. El mayor don, salvo que esté motivado y ejercido en el espíritu del amor puro, es una espiritualidad totalmente sin valor. “Seguid el amor”, implora Pablo, “y procurad los dones espirituales”; pero no lo uno sin lo otro. Esto es “aun más excelente”.

EPÍLOGO

El Nuevo Testamento conoce tres tipos de cristianos: El espiritualmente maduro, el espiritualmente inmaduro y el espiritualmente decadente. Es trágicamente posible que al creyente le falte más madurez o que no la tenga del todo. Las Escrituras diagnostican la causa de dicha falla y prescriben su cura. Los capítulos anteriores están calculados para satisfacer en parte la necesidad de cada clase y para demostrar que la satisfacción para cada aspiración luego de un camino estrecho con Dios puede encontrarse en la correcta adaptación a los tres miembros de la Santa Trinidad.

El inmaduro espiritualmente debe avanzar desde un interés elemental en la verdad divina a una experiencia plena y profunda de Dios en Cristo. La panacea de la degeneración espiritual se encuentra al volver a trazar los pasos que condujeron al fracaso y en una nueva apropiación de su gracia más que suficiente. La verdadera madurez espiritual produce no tanto un sentido de haber logrado algo como un propósito apasionado para “avanzar hacia la madurez”.

Desde las páginas de su Palabra hemos sentido respeto y temor por la santidad de Dios y su antipatía respecto al pecado. Nos hemos dado cuenta de nuevo de la bendición de su providencia y del discernimiento de sus disciplinas. Hemos sido humillados por su infinita paciencia para perfeccionar el carácter cristiano y la promesa de su presencia fortalecedora en medio de las pruebas. Tal visión de Dios se estima que engendra una reverencia santa, una confianza sosegada, y una seguridad consoladora de que Él está ordenando nuestras vidas con infinito cuidado y habilidad.

Hemos puesto nuestros ojos en Jesús, hemos visto su gloria y majestad, la sublimidad de su vida y los triunfos de su muerte. Lo hemos visto empalado en una cruz y sentado alto en un trono. Hemos oído sus restrictivas condiciones de discipulado y hemos visualizado la

posibilidad de una vida de reinado a través de Él. Nos postramos a sus pies en adoración y entrega.

Algunos de los ministerios supremamente importantes del Espíritu Santo han pasado delante de nosotros para revisarlos. Su poder que inspira y transforma, Su actividad de purificación y limpieza, Su pasión irresistible misionera y dinámica nos han garantizado que Él es uno con el Padre y el Hijo en su propósito por conducirnos “a la madurez”. Esa vida solo es madura espiritualmente si se rinde sin reservas a las influencias santificadoras de los Benditos Tres.

PREGUNTAS DE ESTUDIO

Madurez espiritual es un libro útil para casi todas las personas que deseen “avanzar en la madurez” de su fe. Pero el estudio y la discusión del libro con un grupo pequeño de amigos cercanos pueden ser aún más beneficioso. Esta guía de estudio ha sido desarrollada para permitir que los grupos pequeños discutan los conceptos de este libro en seis sesiones. Cada sesión está dividida en tres partes.

Prepararse para comenzar empieza con experiencias de la vida común y ayuda a todos los miembros del grupo a involucrarse en la discusión. Para una sesión de una hora, no dedique más de cinco minutos a estas preguntas.

Llegar al tema puntual se concentra en el tema principal de tres o cuatro capítulos del libro y proporciona una discusión más detallada sobre pasajes bíblicos clave. Estas preguntas típicamente llevarán de 40 a 45 minutos de tiempo de discusión.

Avanzar hace que los miembros del grupo pasen a la fase de acción con sugerencias para aplicar a la vida. Reserve aproximadamente de 10 a 15 minutos para tratar estas preguntas.

Haga que cada miembro del grupo lea los capítulos y prepare respuestas antes de la reunión del grupo pequeño. Asegúrese de abrir y cerrar su discusión con una oración.

ESTUDIO UNO

Lea los capítulos 1 al 3 de *Madurez espiritual*, luego prepare las respuestas para las siguientes preguntas que serán tratadas en el grupo.

Prepararse para comenzar

1. ¿Qué experiencia negativa le ocurrió, que Dios la revertió y usó para sus propósitos?

Llegar al tema puntual

2. ¿Por qué es difícil para algunos de nosotros creer que “todas las cosas les ayudan a bien?” (capítulo 1).
3. Mirando hacia atrás en su vida, ¿qué quisieron hacer los demás por maldad que Dios permitió para bien? (capítulo 1)
4. ¿Cuándo está bien o mal agradecer a Dios por el mal que aparece en nuestra vida? (capítulo 1)
5. ¿Con la respuesta de qué persona se identifica usted más: Moisés, Job, Jacob, Elías, Isaías, Ezequiel, Daniel, Pedro, Saulo o Juan?
6. ¿Qué resulta importante en el patrón de respuestas que surge de estos ejemplos? (capítulo 2)

7. ¿Por qué las personas oran por tener una visión de Dios? (capítulo 2)
8. ¿Qué experiencia ha tenido del “Sabueso del Efecto” persiguiéndolo? (capítulo 3)
9. ¿Cómo puede el fracaso en la vida cristiana ser una bendición para nosotros? (capítulo 3)
10. ¿De qué manera el conocimiento de la soberanía, la santidad y la perseverancia de Dios afecta nuestra madurez espiritual?

Avanzar

11. ¿Qué circunstancias adversas o personas difíciles está usando Dios para desarrollar la madurez espiritual en su vida?

ESTUDIO DOS

Lea los capítulos 4 al 7 de *Madurez espiritual*, luego prepare las respuestas a las siguientes preguntas para la discusión en grupo.

Prepararse para empezar

1. Describa un momento memorable en que usted hizo crecer o plantó algo: Vegetales, flores, árboles, un jardín o una cosecha. ¿Qué hizo que la experiencia fuera positiva o negativa?

Llegar al tema puntual

2. ¿Cómo podemos obtener una mejor actitud hacia las experiencias que Dios utiliza para disciplinarnos? (capítulo 4)
3. ¿Por qué golpearse es un precio necesario para un ministerio espiritual? (capítulo 4)
4. ¿Por qué los creyentes con frecuencia consideran sus puntos fuertes y sus puntos débiles de manera tan diferente a como los considera Dios? (capítulo 5)
5. ¿En qué momentos Dios ha usado una debilidad suya?
6. ¿Por qué el orgullo es un pecado tan fatal para el cristiano? (capítulo 6)

7. ¿Por qué los creyentes actuales no reconocen que el orgullo es una abominación hacia Dios? (capítulo 6)

8. ¿Qué prueba de orgullo es el indicador más confiable para usted? (capítulo 6)

9. ¿Por qué una vida de fe pocas veces es una vida sencilla? (capítulo 7)

10. En su opinión, ¿de qué manera las dificultades de la vida afectan la madurez espiritual?

Avanzar

11. ¿Qué pasos necesita tomar para luchar contra el orgullo?

12. ¿Qué dificultades de la vida debe ver con una perspectiva nueva?

ESTUDIO TRES

Lea los capítulos 8 al 10 de *Madurez espiritual*, luego prepare las respuestas a las siguientes preguntas para su discusión en grupo.

Prepararse para comenzar

1. ¿Cuál es una de sus historias favoritas sobre Jesús? ¿Por qué le gusta?

2. Piense en algún servicio de adoración memorable al que haya asistido. ¿Qué hizo que fuera tan personalmente significativo?

Llegar al tema puntual

3. ¿Qué aspectos de la representación de Cristo en siete factores son más impresionantes para usted? (capítulo 8)

4. ¿Qué emociones se agitan dentro de usted cuando lee acerca de esta visión de Cristo? (capítulo 8)

5. De las siete cualidades que el Cordero es digno de recibir, ¿cuáles lo dejan algo perplejo? (capítulo 9)

6. ¿Cuáles son las implicaciones de que Cristo comparta esas siete cualidades con nosotros? (capítulo 9)

7. ¿De qué manera la adoración a Dios y la disposición a alabar es un barómetro de la madurez espiritual? (capítulo 9).
8. ¿Por qué Cristo debe interceder por nosotros? (capítulo 10)
9. ¿De qué manera nos ayuda recordar que tenemos a Cristo como nuestro Sumo Sacerdote? (capítulo 10)

Avanzar

10. ¿Qué pasos puede dar para renovar o mejorar su adoración a Cristo?

ESTUDIO CUATRO

Lea los capítulos 11 al 14 de *Madurez espiritual*. Luego prepare las respuestas a las siguientes preguntas para su discusión en grupo.

Preparándose para empezar

1. ¿Qué hace que los fuegos del amor ardan en una relación romántica?

Llegar al tema puntual

2. ¿Cómo podría describir brevemente la palabra “bendecido” a un nuevo creyente? (capítulo 11)
3. ¿Cuáles de estas cualidades le presenta el mayor desafío en este momento de su vida? (capítulo 11)
4. ¿Cómo podría responder al argumento de que estas guías fijan una norma demasiado elevada para el carácter cristiano, y perjudican potencialmente la autoestima más que mejorar la conducta? (capítulo 11)
5. ¿Lucha más con amar a la familia, amar las posesiones o desear una vida fácil? (capítulo 12)
6. ¿Cuál es el resultado probable de ignorar cada una de estas exigencias difíciles de discipulado? (capítulo 12)

7. ¿Qué condiciones en su vida sirven para deteriorar su devoción al Señor? (capítulo 13)
8. ¿Cómo una persona puede renovar su amor por Cristo? (capítulo 13)
9. ¿Por qué los creyentes viven en una escala muy por debajo de los recursos espirituales que están disponibles para ellos? (capítulo 14)

Avanzar

10. ¿Qué podría eliminar de su vida que aumentaría su amor por Cristo?
11. ¿De qué manera puede asemejarse más a Cristo en su rutina periódica de esta semana?

ESTUDIO CINCO

Lea los capítulos 15 al 18 de *Madurez espiritual*, luego prepare las respuestas a las siguientes preguntas para su discusión en grupo.

Preparándose para empezar

1. ¿Cuál es el fuego mayor o más ardiente del que ha estado más cerca? (incendio de un bosque, incendio de un edificio, hoguera, alto horno, etc.). ¿Cómo describiría su poder?

Llegar al tema puntual

2. ¿De qué maneras especiales los discípulos fueron transformados por la llegada del Espíritu Santo? (capítulo 15)
3. En su viaje espiritual, ¿cómo descubrió el poder ofrecido a los creyentes a través del Espíritu Santo? (capítulo 15)
4. ¿Qué podemos hacer para avanzar o facilitar el poder transformador del Espíritu en nuestras vidas? (capítulo 16)
5. ¿Cuáles son nuestras responsabilidades y límites en este proceso de transformación? (capítulo 16)
6. ¿De qué forma es la obra del Espíritu en nuestras vidas dolorosísima y regocijante a la vez? (capítulo 16)

7. ¿Qué le sucede al pueblo de Dios y a su iglesia cuando se apaga el fuego divino? (capítulo 17)
8. ¿Qué aspecto respecto al carácter o a los actos de Elías en esta situación lo inspiran más? (capítulo 17)
9. ¿Cuál es la diferencia entre ser “consumido” para el ministerio y “quemar el interior” para el ministerio? (capítulo 18)
10. ¿Por qué es importante que una iglesia funcione “no con ejército, ni con fuerza”? ¿Qué hace que esto sea tan difícil? (capítulo 18)

Avanzar

11. ¿En qué área o actividad de esta semana descansará más plenamente en el poder del Espíritu?

ESTUDIO SEIS

Lea los capítulos 19 al 21 y el epílogo de *Madurez Espiritual*, luego prepare las respuestas a las siguientes preguntas para su discusión en grupo.

Prepararse para comenzar

1. ¿Qué fuentes de poder usted usa a diario? (electricidad, gas, nuclear, agua, viento, diesel, etc.) ¿Cuál es la mejor fuente de poder?

Llegar al tema puntual

2. ¿Cuál es el papel del Espíritu Santo en las misiones? (capítulo 19)
3. ¿Cuál es su opinión sobre el movimiento pentecostal o carismático? (capítulo 20)
4. ¿Cree usted que han cesado algunos dones o que todavía funcionan actualmente? ¿Por qué? (capítulo 20)
5. De los cuatro peligros mencionados, ¿cuál le ocasiona más preocupación? (capítulo 21)
6. ¿Por qué la división es una amenaza tan seria para la iglesia? (capítulo 21)

7. ¿Cómo puede alguien restaurar su deseo de “avanzar en la madurez”? (Epílogo)

8. ¿Cuál fue para usted la parte más útil del libro: Los capítulos sobre el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo? (Epílogo)

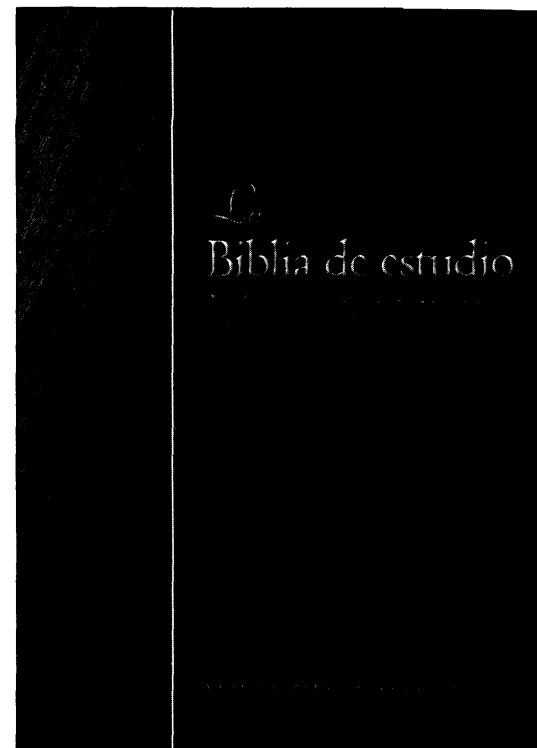
9. ¿En qué área de su vida necesita entregarse a las influencias santificadoras de los “Benditos Tres”? (Epílogo)

Avanzar

10. ¿Cómo puede recordar el aprovechar el poder del Espíritu más periódica o frecuentemente?

11. ¿Cuál es el paso más importante que puede dar en respuesta a la lectura de este libro que haga avanzar su madurez espiritual?

P PORTAVOZ
También disponible de Portavoz



Cada vez que abra esta Biblia tendrá en sus manos una incalculable fuente de información para entender pasajes difíciles. Explica las doctrinas complejas, la cultura, la geografía, la historia y las variantes idiomáticas en los tiempos bíblicos. Esta exhaustiva biblioteca espiritual emplea la versión Reina-Valera 1960 e incluye las notas de estudio personales del pastor MacArthur junto al texto bíblico en cada página.

ISBN: 978-0-8254-1532-6 | tapa dura